

A woman with curly hair and a tiara stands on a cobblestone street in Buenos Aires. She is wearing a teal Victorian-style dress with a corset, off-the-shoulder sleeves, and a long train. The background shows historic buildings and a clear sky.

CAFÉ *de* Hansen

BUENOS AIRES Y SUS TIEMPOS VIEJOS

LUJÁN FRAIX

LUJÁN FRAIX

Café de
HANSEN

Buenos Aires
y sus tiempos viejos

Contenido

[GUÍA DEL LECTOR](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[1-CONRADO IRIARTE](#)

[2-ELENA ALDAO](#)

[3-ANDRÉS ROSAS](#)

[4-ÁGUEDA](#)

[5-FERMÍN OLIVERA](#)

[6-TOMASA](#)

[7-BLAS ALDAO](#)

[8-GENOVEVA DEL CAMPO](#)

[9-NIEVES IRIARTE](#)

[10-CARLOS, el chofer](#)

[11-MARIE ÉMILIE TAVERNIER](#)

[12-ANTIGUO HANSEN](#)

[13-RUFINA CAMBACÉRES](#)

[14-EMILIA PAZ Y BUSTOS](#)

[15-AMADEO IRIARTE](#)

[16-ADA, la cuidadora](#)

[17-HOSPITAL RIVADAVIA](#)

[18-LA DAMA DISTINGUIDA](#)

[19-PARQUE LEZAMA](#)

[20-DOÑA JUANA](#)

[21-LA COCINERA](#)

[22-EL AMOR](#)

[23-MARGOT](#)

[24-CATALINA Y DALMIRO](#)

[25-JULIA](#)

[26-CEMENTERIO DE LA RECOLETA](#)

[27-EL HOMBRE ARROGANTE](#)

[28-LOS POLÍTICOS](#)

[29-MATUSALÉN](#)

[30-RÍO NEGRO](#)

[31-“LA TERTULIA DE DAMITAS”](#)

[32-LOS VARONES SON LIBRES...](#)

[33-“LA NIÑA BONITA”](#)

[34-BENICIO](#)

[35-ALBERTINA](#)

[36-EL MIEDO](#)

[37-LA CRIADA](#)

[38-NO ME IMPORTA LA VIDA...](#)

[39-VIEJO MUNDO](#)

[40-LICORES Y PASTILLAS](#)

[41-¡UN IRIARTE!](#)

[42-LA NAVIDAD](#)

[43-¡NIÑO!](#)

[44-INMORAL](#)

[45-LA TORMENTA](#)

[46-TODO LLEGA Y TODO PASA...](#)

[CONSULTAS](#)

CAFÉ DE HANSEN
Buenos Aires y sus tiempos viejos.

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida
sin permiso previo del autor.
Copyright ©2024 LUJAN FRAIX
Edición Mayo 2024

A mis padres, siempre

*“No estoy en la vida para cumplir las expectativas
de otras personas,
ni siento que el mundo deba cumplir las mías”.*

Fritz Perls

*“La vida entera es una búsqueda de la belleza,
pero cuando la belleza se encuentra dentro,
la búsqueda termina
y un viaje hermoso comienza”.*

Harshit Walia

GUÍA DEL LECTOR

*A continuación se relacionan en orden de relevancia
los principales personajes que intervienen en esta obra.*

PERSONAJES HISTÓRICOS:

RUFINA CAMBACÉRES: Joven de diecinueve años de la sociedad porteña que, según las leyendas, fallece de catalepsia y que es sepultada viva en el cementerio de “La Recoleta” (Buenos Aires)

LUISA BACICHI: madre de Rufina Cambacéres

EUGENIO CAMBACÉRES: escritor y padre de Rufina.

RUBIA MIREYA: personaje de leyenda de los arrabales porteños. Existen distintas hipótesis sobre su identidad, y si existió realmente.

HIPÓLITO IRIGOYEN: Jefe de la Unión Cívica Radical que se une a Luisa, madre de Rufina, y tienen un hijo.

PERSONAJES DE FICCIÓN:

CONRADO IRIARTE: Joven estudiante de médico que frecuenta a diario los suburbios de Buenos Aires en busca de aventuras.

AMADEO IRIARTE: padre de Conrado. Médico formal y autoritario que sólo le importan las apariencias.

ELENA ALDAO: novia de Conrado, apodada “la niña bonita” por su amigo Fermín. Espera muchos años casarse con su único amor.

EMILIA PAZ Y BUSTOS: madre de Conrado. Mujer sufrida y severa que obedece a su marido porque se siente obligada por las leyes impuestas.

TOMASA: criada de los Iriarte, una madre para Conrado y Nieves.

NIEVES IRIARTE: hermana de Conrado. Joven de alta sociedad que se divierte en la ópera y espera el amor prohibido de Andrés Rosas.

ANDRÉS ROSAS: el enamorado de Nieves, joven que aspira a ser intendente de un pueblo del sur argentino, en Río Negro.

FERMÍN OLIVERA: amigo incondicional de Conrado, mayor que él.

MARGOT: la mujer oscura, la de los arrabales, por la que se pelean los hombres.

PERSONAJES SECUNDARIOS DE FICCIÓN: Águeda (abuela de Conrado), Genoveva del Campo (amiga de Nieves), Juana (madre de Fermín), Belia y Blas (padres de Elena), Carlos (chofer de los Iriarte), Ada (cuidadora de Águeda), Julia (mujer con doble personalidad), Catalina y Dalmiro (padres de Andrés), Albertina (criada de los Rosas)

INTRODUCCIÓN

El periodismo nacional, nacido durante el siglo XIX, último siglo colonial, estimuló el desarrollo de la crónica costumbrista influida por la pluma española, en especial por Mariano José de Larra (Fígaro).

Los costumbristas argentinos se adentran con frecuencia en el realismo documental, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, con el aporte del positivismo.

A pesar de su carácter aparentemente realista, el costumbrismo es un fenómeno romántico. El autor descubre lo que su país o región tiene de original, da expresión a lo individual. La nota pintoresca, el color local, la peculiaridad de los ambientes, lo típico de los personajes, son características románticas.

Este tema influyó en la realidad de una Argentina cambiante, orientando sus dispersas inquietudes intelectuales y vitalizándolas. El romanticismo, luego de lograda la independencia, estimuló la ambición literaria y le señaló el camino.

Entre otros, cultivaron el costumbrismo en sus obras autores como E. Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Lucio López, Lucio V. Mansilla, P. Groussac y Vicente Quesada.

Jaime H. Echenique

1-CONRADO IRIARTE

La mujer anciana inclinada sobre la mesa del bar parecía dormida, pero estaba muerta.

En la madrugada unos jóvenes, dentro del lugar, la habían maltratado, se habían burlado de ella... Por su debilidad y por los tantos golpes recibidos, cayó al piso y se dio la cabeza con el filo del zócalo.

Uno de los muchachos que se hallaban en el lugar la quiso proteger, pero no pudo. Luego se fueron, entre risas...

El dueño del bar, que la conocía demasiado, la levantó y la sentó en una silla apartada, con el cuerpo reclinado sobre la mesa, cerró las persianas y apagó las luces.

“Mañana será otro día”, pensó.

Argentina 1901.

Conrado Iriarte estudiaba medicina en la facultad de Ciencias Médicas-Universidad de Buenos Aires-. La seriedad y su estampa de galán le daban más años, pero tenía veintidós. Su padre, médico también, no soportaba las ínfulas de su hijo mayor y, a menudo, se enfrentaban. Conrado traía huesos humanos desde la facultad para estudiarlos y los dejaba sobre la mesa del comedor mientras preparaba los exámenes.

—¿Es necesario?

—Por supuesto, padre.

—Sabes que no me gusta. ¿Y si los ve tu madre? No quiero ni pensarlo...

—Los verá, los verá... —respondía Conrado con ese aire de soberbia que enojaba tanto, y que llegaba a molestar.

La casona de Recoleta era demasiado grande y el escritorio quedaba en el primer piso, pero él necesitaba estudiar en el comedor familiar. Parecía querer incomodar a su padre, molestarlo, cansarlo...

¿Sería que no era su vocación la medicina y se lo imponía?

Muchas veces, los padres obligaban a los hijos a seguir las mismas carreras que ellos

porque argumentaban que tenían el camino más fácil; otros, en cambio, no habían podido cumplir sus sueños y también, de alguna forma obligaban a alguno de sus hijos a continuar los pasos que ellos hubieran querido dar para no sentirse frustrados.

Era la Argentina del 1900 con sus tranvías que iban desde la Plaza de Mayo hasta Belgrano y los inmigrantes que llegaban de Italia y de España: hombres y mujeres con deseos de hacer de este país un próspero escenario con futuro, de la mano de Julio Argentino Roca como presidente de la Nación.

–La política es sucia –solía decir Amadeo Iriarte, el padre de Conrado.

–Sí, pero no hay uno que no quiera alcanzar el poder para acomodarse.

–¡Qué tiempos! El que tiene poder tiende a abusar del mismo.

–Así es –respondió Conrado vestido con su mejor traje.

Conrado salía de noche y su padre no sabía dónde iba, pero le molestaba bastante. Su hijo era un hombre que pronto se recibiría de médico y debía guardar las formas, más teniendo una novia como Elena Aldao, de excelente familia, con la que se iba a casar cuando terminara la carrera de medicina.

La madre, que había escuchado la conversación, subió rápidamente al balcón donde se veía un infinito con las farolas encendidas que salpicaban con su luz los techos rojos. En la noche cerrada, acostada en la bruma, Conrado se subió a una galera y partió velozmente.

Emilia Paz y Bustos como se aburría mucho se puso a bordar un mantel con flores amarillas y rosadas. El rojizo resplandor de la llama le daba en el rostro. La hora de la cena se retrasaba. Tendría que ir a la cocina a preguntarle a Tomasa. Por una extraña razón, las salidas de Conrado la tenían preocupada e inquieta; sabía que no debía hacerse problemas. Su corazón era débil y estaba demasiado cansado. Se había vuelto grande y hablador porque lo sentía palpar por las noches cuando se recostaba. Cualquier ruido la asustaba; a veces, se oían tiros a la distancia y entonces el temblor de su cuerpo era mayor. Se levantaba y, entre las sombras del pasillo, con una vela, iba a mirar si Conrado se hallaba durmiendo. Abría la puerta despacio y si lo veía la cerraba con el mismo sigilo. Lo que la aturdí era todo lo contrario; si no estaba el corazón le galopaba en el pecho como un corcel atrevido y huraño.

Eran los males de la época.

Se recostó antes de ir a hablar con Tomasa y soñó con un hecho pasado en la tapera de los puesteros en el campo de su padre hacía muchos años, cuando ella era pequeña:

Sobre el mantel donde reposaba la yerba y el mate, dormía la cabeza de Roque sobre un manto de sangre... La mirada del hombre se apagaba mientras contemplaba por la ventana la bandada de teros. Lina yacía sobre la mesada de ladrillos centenarios que Roque había construido. Todavía sostenía la cuchara de madera con la que revolvía la sopa de zapallo unos minutos antes. En medio de ambos, rígido, un hombre vestido de gaucho, con la cabeza envuelta en un gorro de lana y un pañuelo azul al cuello, los miraba. Llevaba una rastra llena de monedas que le había robado al padre de Emilia y botas de potro.

Ese mal recuerdo la despertó sobresaltada. Eran los miedos que acudían a la cita. La calle de noche era insegura, aunque su hijo fuera un hombre. Lo mejor sería que se casara pronto y que hiciera vida de hogar. Elena Aldao era una mujercita perfecta, demasiado callada para el gusto de Conrado, pero no podía dejar de enamorarse de su docilidad, belleza y excelente

conducta.

Emilia bajó las escaleras medio mareada por la pesadilla que tuvo. No eran horas de dormir. Tomasa se hallaba con el copón de sopa parada en la puerta del comedor y don Amadeo y Nieves sentados a la mesa.

–¿Está bien, madre? –preguntó la joven.

–Sí, me quedé dormida con el bordado.

–¿Y Conrado?

–Se fue a la calle, como siempre –respondió de mala gana Amadeo porque esa vida para su hijo no le gustaba.

–¿Dónde va? –preguntó Nieves con inocencia–. Tiene que recordar que nos debe una salida a la ópera a mamá, a Elena y a mí.

–¡Qué ópera! Ni se acuerda de eso. Tendré que llevarlas yo mismo. Me crispa los nervios ese hijo mío.

–¡Por favor, estamos cenando! –agregó doña Emilia a quien no le gustaban los reproches a la hora de comer porque después tendría que ir por su agua de limón y las píldoras para el dolor de cabeza.

El ambiente se tornaba tenso cada vez que, por las noches, debían sentarse a la mesa los tres solos porque siempre surgía el mismo tema de conversación: la calle, los peligros, las malas influencias, los arrabales, el enemigo que podía cargar cualquier rostro y que acechaba para atacar a jóvenes de alta sociedad o a orilleros que se peleaban por una mujer.

–¿Traigo el postre? –preguntó Tomasa con miedo.

–¡Para mí no! Me voy al despacho a leer el diario –respondió Amadeo de mala gana. Nadie le quitaba el malhumor que le causaba la impotencia de no poder corregir la conducta de su hijo. A la mañana, debía ir al hospital por las consultas que tenía pendientes, y le hubiera gustado que Conrado fuera para que comenzara de a poco a interesarse por las distintas patologías, pero el “señorito” tenía que dormir porque llegaba casi de mañana de las juergas. A la tarde, iba a la facultad y se las ingeniaba para estudiar por el camino a la Universidad. En eso tenía talento. Amadeo no lo entendía, pero no podía recriminarlo porque siempre aprobaba los exámenes con altas calificaciones.

Emilia no le decía nada, pero sabía de la incomodidad de su esposo y en eso acompañaba. No le gustaba la oscuridad de los barrios, porque esas sombras callejeras se transformaban en enemigas con el alcohol, el cigarrillo, la policía que con sus rondas atrapaba a los “rateros”. Un universo impensado que Conrado traía a la preocupaciones de los padres y que, con eso, ellos lo consideraban un ingrato.

Creo en las negras nubes que amenazan...

Felipe Aldana.

2-ELENA ALDAO

Tomasa regresaba de la panadería, a las siete y media de la mañana, y alguien la tomó de la cintura por la espalda. Se sobresaltó, pero al instante se dio cuenta de quién se trataba.

–¡Niño, Conrado! Mire si son horas de llegar.

–Silencio. Ahora me quitaré los zapatos y subiré al cuarto. Tú callada como siempre.

–¡Qué feo, niño! Engañar a su madre me duele mucho, sabe.

–Silencio.

Conrado se quitó los zapatos y se fue rápidamente por la escalera; entró a la habitación y cerró con llave. Al rato, oyó unos pasos y se hizo el dormido.

Él estaba enamorado de la vida y cada hoja de ese otoño-invierno era un aniversario. Lo veía así, lo palpitaba, lo soñaba... Y sus padres, gente grande y aburrida, pensaban en casarlo para aburrirlo más. Elena Aldao era como un río blanco de azahares recostado sobre las néveas túnicas en los pórticos de las iglesias: la novia, la que vestía siempre el mismo traje. Lo tenía

guardado desde tiempos inmemoriales para usarlo lo más pronto posible, y él se quedaba mudo cada vez que la veía porque la falta de voluntad lo desmotivaba. Elena bella e ingenua lo miraba intentando que Conrado tomara una decisión, pero él sacaba el reloj con cadera de oro del bolsillo y decía:

–Me disculpan, me esperan...

La joven se quedaba con las manos enguantadas sobre la falda y el corazón sin cortejo, entre dos mundos: la realidad y lo que esperaba de esa realidad. A veces, hubiera querido insultarlo.

Una fina calleja pasaba por detrás de la imponente hilera de casas. Elena se estaba preparando para ir a la “tertulia de damitas”, por la tarde. Ésa era una de sus salidas, las otras ir a misa los jueves con su madre y los sábados a cenar a la casa de Conrado. Ella, como toda hija única, tenía sus propios códigos, ideas y pensamientos, y no se dejaba manejar demasiado por sus padres. El casamiento con Conrado aparentaba ser toda una imposición, pero él era tan guapo que no podía dejarlo en brazos de otra mujer.

–Quiero ir a esa tertulia –dijo su primo Andrés que acababa de entrar por la puerta que daba al jardín.

–No es para hombres. Es solamente de mujeres.

–Cuando la organicen en la casa de los Iriarte iré por sorpresa.

–Ah... y se puede saber para qué –se rio Elena.

–No, mi querida. No.

La madre de Elena parecía sufrida y hablaba bajito. Lo cierto, era que se enojaba con facilidad por todo, y solía decir:

–Bueno... bueno...

Como queriendo callar a quien tenía enfrente o simplemente poniendo sus límites a la que consideraba la soberbia del otro lado. Sabía que Conrado era un tanto frívolo y despreocupado, pero lo importante era que Elena se casara con alguien de buena familia porque podía enamorarse de cualquier “pobre diablo” y eso era mucho peor.

–Tía, la política me tiene demasiado ocupado, pero tú no crees que debo ir pensando en buscar novia.

–Sí, sobre todo si te quieres ir al sur. Un intendente de un pueblo de Río Negro tiene que llevar esposa. Eso da otra categoría. Incluso me parece que deberías estar casado antes de las votaciones porque eso muestra una imagen positiva.

–Usted va demasiado rápido.

–La vida te empuja, Andrecito.

Él, con cierta actitud cómplice, se puso el sombrero, se ató el pañuelo al cuello y se fue para el comité. Debía ultimar detalles, con sus correligionarios. Tener vocación de servicio no lo hacía ni mejor ni peor, pero le daba más energía y valor. Consideraba una buena cualidad para dedicarse a la política. Sabía que estaba lleno de oportunistas.

Emilia entró a la cocina donde Tomasa se hallaba preparando el desayuno.

Dio un paso en falso y perdió el equilibrio.

La criada no se dio cuenta y Emilia intentó disimularlo.

–¿Pasa algo?

–No, nada. ¿Mi esposo se fue al hospital? ¿Y Conrado? ¿Lo viste?

–El señor Amadeo se fue tempranito y al niño no lo vi –contestó Tomasa observando, con disimulo, por la ventana que le mostraba un día gris y casi lluvioso. Miró el granero de piedra de la casa vecina y lo vio nebuloso, acoplado de bruma; dos perritos jugaban bajo las gotas igual que niños con sus deseos de ser feliz sin importarle el frío del paisaje o las hierbas secas castigadas por las heladas del invierno.

–¡Qué melancólico que es el frío! ¿No? –le comentó a doña Emilia.

–Para mí todos los días son iguales.

–No, el verano tiene más vida.

–La vida está dentro de uno y no tiene nada que ver con las estaciones, porque se siente latir con el entusiasmo, la sabiduría de las cosas simples, el deseo de llegar a alguna parte: un logro cercano, una meta por alcanzar por más sencilla que sea.

–Me gustaría encontrar eso que usted dice...

–Ay, Tomasa. Se siente no se busca.

Es que la criada tenía una sensación de vacío porque carecía de familia propia, en cambio doña Emilia debía ocuparse de Conrado y de Nieves. Aunque eso la sacaba de su eje, sabía que debía estar bien para orientarlos por el buen camino. Sólo que el varón le estaba dando más trabajo que la niña.

Las mujeres, ayudadas por sus madres, iban a la modista y a reunirse con amigas de vez en cuando, a algún baile o a la ópera. Siempre acompañadas. Eso a Emilia le daba paz, aunque los adolescentes no tenían sosiego y deliraban hasta cuando tocaban el piano.

–Ajusta las agujas del reloj –le dijo Emilia a Tomasa.

–¿Qué?

–Digo, que ordenes tus pensamientos y prioridades porque puedes caer en una depresión y de allí es difícil salir.

“¿Depresión? Eso es solamente tristeza y se pasa tomando un licor”, pensó Tomasa sin darle importancia a la recomendación de doña Emilia.

Nieves se hallaba leyendo junto a la ventana donde daba el sol porque le gustaba la luz natural. Aunque ese día había aparecido de a ratos porque las nubes encaprichadas lo dejaban a oscuras. Las mismas sombras que veía Tomasa y que le traían descontento.

Los vendedores ambulantes recorrían las calles con sus carros pobres y llevaban desde velas a plumeros, desde cacharros de cocina hasta candelabros de latón.

–Pobre gente –dijo Nieves por lo bajo.

–Sí, querida –respondió Emilia quien pasaba para el zaguán con unas cartas–. Tendría que ir a ver a la abuela Águeda. Ya hace tiempo que no voy y me dijo que le dolían demasiado

los huesos.

–Yo te acompañaría, pero esta tarde tengo la “tertulia de las damitas”.

–¿Y dónde se reúnen?

–En la casa de Genoveva del Campo.

–No me gusta esa chica, es algo liberal para la época. Los padres no le ponen límites. Me extraña tratándose de una gran familia. Dicen que ha tenido varios novios. Uno no se puede enamorar tantas veces.

Doña Emilia la tenía sentenciada a Genoveva del Campo porque una vez que había venido a la casa por unas partituras de piano le había preguntado por su esposo de una manera poco confiable y atrevida para su gusto. Era una niña y se fijaba, al parecer, en hombre maduros.

–¿Es su esposo? ¡Qué interesante!

Ese comentario tan fuera de lugar hizo que doña Emilia la mirara con recelo y que nunca más la invitara a alguna reunión. Quizá, el comentario no tenía nada de malicioso, pero viniendo de una muchacha parecía un despropósito.

“La juventud está perdida”, pensó Emilia sin decirlo en voz alta. No quería que nadie supiera el vergonzoso momento que tuvo que pasar por culpa de Genoveva.

La verdad depende de quien cuenta la historia.

Kate Morton

3-ANDRÉS ROSAS

Al otro día, por la noche, asistieron a la ópera como quería doña Emilia, porque Conrado les había prometido que las iba a llevar. Fueron en dos coches: Nieves y su madre; Elena con Conrado y don Amadeo. Antes de entrar, apareció Andrés Rosas, el primo de Elena Aldao, la prometida de Conrado, pero ellos no lo vieron...

En la alta sociedad prevalecía el gusto por las óperas, la música italiana pura. Gran número de mujeres tuvieron afición por el canto como Micaela Darragueira, Carmen Madero, Feliciano Agüero y Enriqueta Molina. Los instrumentos favoritos eran el arpa y el piano, pero también la flauta, el violín y la guitarra.

Para *haute société* cada ocasión requería pautas específicas de vestido y de comportamiento. La asistencia a las grandes fiestas exigía el uso de smoking o frac; en las reuniones, en los salones privados o en el Jockey Club iban, a menudo, con levita.

En Buenos Aires se respiraba un halo europeo. La aristocracia se rendía a la ópera, el género preferido de sus familias. “La Pacini” como se la conocía a la soprano ligera portuguesa Regina Pacini del elenco “El barbero de Sevilla” que se ofrecía en los teatros, era un hallazgo para esos años.

En el centro de los palcos altos, frente al proscenio, estaba el que le correspondía al gobierno, de doble dimensión que los otros y decorado con cenefas de seda celestes y blancas. La familia Iriarte ocupó su palco para presenciar una obra de Arturo Toscanini. Las damas de excelencia con sus joyas y abanicos, no dejaban de mirar a los demás de su condición. Conrado se mantenía de pie, impaciente. No le gustaba el ambiente, la gente, la obra... Para él era un hartazgo estar allí conformando a las mujeres y los caprichos de la familia. Consideraba una actitud egoísta de parte de su madre, pero la comprendía. Había que hacer lo que para todo el mundo era correcto.

–Buenas noches –dijo, de repente, Andrés Rosas, quien apareció tras los invitados y Elena, su prima, se sorprendió por esa presencia que la dejaba al descubierto.

–¿Quién es el caballero? –preguntó don Amadeo.

–Mi primo –agregó Elena con rapidez, y avergonzada.

Luego de ser presentado, Andrés Rosas se instaló para presenciar la obra como uno más, y los otros presentes no dejaron de mirarse. La peor parte la llevaba Elena que no lo había

invitado y que sentía culpa por incomodar a la familia de su novio.

Nieves, la hermana de Conrado, en cambio, lo observaba con atención; un juicio sobre él era poco. Ya le había sacado el color de ojos, la ropa de marca, el sombrero de alta calidad y hasta el reloj de bolsillo con cadena de oro. Un balance demasiado frívolo de su estampa de caballero refinado y a la altura de las circunstancias. Él la miraba y no dejaba de inclinar la cabeza; ya le dolía el cuello de tantos saludos. La obra había pasado sin pena ni gloria. Nieves y Andrés no sabían de qué se trataba...

Conrado tampoco escuchaba nada porque una dama demasiado hermosa ocupaba un palco que quedaba enfrente. Ella ostentaba un sombrero enorme con plumas de faisán y se ocultaba un poco el rostro con un abanico español. Al lado, un hombre parecía escoltarla o cuidarla. La gente, sobre todo las mujeres, la observaban con atención y hablaban entre ellas, comentaban y hasta parecían molestas y asombradas. Es que habían descubierto un traspie, la transgresión de algún necio, el hallazgo menos pensado. Y eso las desarmaba, no la entendían y hasta querían tomar medidas sin pedir permiso. Conrado se distrajo un momento y cuando volvió la vista para contemplar a aquella mujer tan bella y llamativa, ya se había retirado. Miró a un lado y a otro y no pudo localizarla.

–Permiso –dijo.

–¿Dónde vas?

Salió desesperado a la calle porque la dama hipnótica había desaparecido, pero alcanzó a verla subir radiante en un coche-galera con el hombre que la seguía... Se quedó absorto con la imagen que se perdía en la soledad de la calle. Aquel ser lo había hechizado por una magia desconocida que ni él mismo podía explicar.

¿Qué le pasaba?

La dama misteriosa y bellísima iba en el carruaje con lágrimas en los ojos. El hombre miraba para otro lado. No le importaba la angustia que veía en su mirada.

La desolación de las calles de Buenos Aires a esa hora de la noche traía más sosiego al alma de la desconocida que parecía desprotegida y completamente disconforme.

–¿Vamos para el bar? –le preguntó él.

–No. Me quiero ir a casa.

–Te acompaño.

–No, necesito estar sola.

El caballero parecía ofuscado con la conducta de ella y su inoportuno sentimentalismo. Se suponía que debía ser fuerte y fría, que no tenía que importarle nada de esa sociedad de gente rica que sólo miraba por encima de los hombros a quien era diferente. Ella resultaba ser única en todo, pero llevaba una carga pesada, una cruz, y le costaba. Eso a su compañero, por momentos, lo quebraba.

–Me das bronca, mujer. Qué te importan a ti esos “nariz para arriba”. Si no recibes nada de ellos, sólo te buscan cuando quieren porque saben que siempre estás dispuesta. ¿Acaso te sientes arrepentida de algo?

–No –dijo, pero le tembló la voz.

Cuando llegaron a su vivienda, ella se bajó y no lo saludó. El hombre hizo un gesto de fastidio y le indicó al cochero que siguiera su camino.

La casa modesta tenía una reja que apenas cerraba y un alero pequeño con un farol de gas. Se internó en los cuartos helados buscando respuestas a una realidad fragmentada y herida. Sola había caído en ese pozo de risas, cuando las miradas le devolvían juicios y reproches. No debía quejarse, de allí no podía volver aunque quisiera... Ir a la ópera no había sido una buena idea; el lugar de ella era otro y lo sabía. Hubiera querido desaparecer para siempre, pero cuando se hallaba bajo las luces de aquel santuario, donde la música la llevaba y la traía se sentía otra, como en las nubes, y eso le devolvía la confianza y los deseos de vivir.

La función había terminado y Andrés Rosas no se quería retirar. Se hallaba conversando entusiasmado con Nieves Iriarte quien lo miraba fascinada. Era tan joven, nunca había estado enamorada.

–¡Vamos, hija! –reclamó don Amadeo.

Conrado ya se había ido con Elena Aldao en otro coche.

–Disculpe, me llama mi padre.

–¿Cuándo la puedo ver otra vez?

–Disculpe –volvió a decir Nieves y corrió al carruaje porque don Amadeo ya estaba dispuesto a ir a buscar de un brazo. Se había distraído con Andrés más de lo permitido y eso a don Amadeo le sacaba su peor perfil. Era un padre muy celoso de su hija mujer.

–Niña, es que no piensas. ¿Qué te ocurre? –le preguntó doña Emilia cuando subió al coche y emprendieron el regreso a paso lento.

–No me rete, madre. Fue sólo una charla inocente.

–¿Inocente? –reaccionó don Amadeo–. ¿Viste Emilia como él la miraba? Parecía que se la quería devorar...

–Ay, no seas grosero. ¡Por favor!

–No me gustan esos hombres tan demostrativos y con poco tacto. Sin diplomacia. ¿De dónde salió? ¿Quién lo invitó? ¡Qué fiasco!

Los tres llegaron a la residencia con los ánimos caldeados. Don Amadeo seguía rezongando solo y ya nadie le respondía. Se fue al cuarto sin saludar a las mujeres que fueron a la cocina a tomar un té. Nieves parecía en las nubes y su madre lo notó al instante. Nunca la había visto así, con esa luz en los ojos, con esa belleza interna que se transmitía en los gestos y a sus palabras. Nieves quería disimular, pero no podía. Su madre la conocía demasiado. Se sentaron a tomar la infusión que preparó Emilia porque Tomasa seguramente estaría en su cuarta pesadilla.

–¿Necesitan algo? –se escuchó una voz detrás de la puerta y apareció la criada con una cofia hasta los ojos que se le caía para un costado. Bostezaba como un gato y parpadeaba todo el tiempo como si la luz la dejara ciega.

–Ve a dormir, ¿quieres?

–Perdón, doña. Me dio sueño y no las pude esperar...

“Nacer no es poca cosa”

María R. Lojo

4-ÁGUEDA

Conrado, después de dejar en su casa a Elena Aldao, a quien despidió con un beso en la mejilla, pensó en irse como siempre a recorrer la ciudad nocturna. Todavía era demasiado temprano y aquella mujer enigmática lo había dejado impresionado. A tal punto que decidió ir a la casa de su amigo Fermín Olivera. Seguramente, estaría leyendo en la planta alta de su mansión de Belgrano y Sarmiento. Con él salía todas las noches, pero esta vez le había comentado que tenía que llevar a su familia a la ópera. Lo invitó para deshacerse un poco de Elena, pero no quiso. No le gustaba mucho ir al teatro rodeado de mujeres que hablaban mal de otras. Es que así eran; a los hombres no les importaban las cosas triviales.

Llegó a la mansión, pero la luz estaba apagada. Entonces, le dijo al cochero que volviera para su casa. Se iría a dormir temprano pensando en una cabellera rubia y en unos ojos oceánicos.

Se paró en seco al presentir que no estaba solo en el comedor. Había alguien en la cocina. ¿Tomasita? Quizá, estuviera preparándole algún brebaje a su madre. Tal vez, la criada estuviera enferma. Conrado irrumpió en la estancia, ansioso por saber si algo marchaba mal.

Al débil resplandor de una vela y del fuego escaso de la chimenea, vio a Nieves. Se encontraba abrigada con su chal y con una taza de té en las manos.

—Soy yo, no te asustes.

Conrado avanzó hasta que el resplandor dio de lleno en su rostro.

—¿Qué haces acá sola?

—Estuve tomando un té con mamá, pero ella se fue a descansar. Yo me quedé pensando, es bueno estar sola con el silencio. A veces, se encuentran las respuestas. ¿Quieres té o café?

—Café.

–Qué bueno que regresaste temprano, hermanito. A mamá le hace mal que estés de fiesta todas las noches por esas “calles de Dios”.

–Me divierto un poco. La vida es corta y soy muy joven. Ya va a llegar el día que tenga que quedarme dentro de casa con hijos chillones y una mujer obesa.

–¡Oh, qué feo! ¡El matrimonio no es eso!

–¿Tú sabes? ¿Y qué es?

–El amor que se desborda...

–¡Qué romanticismo que me empalaga, propio de las mujeres-niñas como tú! ¿Qué me dices de ese tal Andrés?

–Nada. Es el primo de Elena.

–¿Y te parece guapo? –le preguntó tomando el café que acababa de servirle.

–No sé. A mí me enamora otra cosa: el carisma, la conversación, la seriedad, la cultura... Si lee libros y si le gusta poco salir. Tú no serías novio mío, seguro –le dijo con una sonrisa.

–No sé a quién te pareces. A nuestro padre. Él siempre fue de una sola novia. Por eso es tan severo.

–Ve a dormir, hermanito. Hasta mañana.

Conrado se quedó solo en la cocina mirando la luna por un costado de la ventana, donde la cortina se hallaba corrida. Hizo millones de conjeturas sobre la mujer maravillosa que acababa de conocer. Tendría que buscarla y su amigo Fermín lo ayudaría. Pero, ¿cómo? Hasta ahora, en todas sus salidas no la había visto nunca. Quizá, estaba casada con ese hombre que parecía más un agente de seguridad que otra cosa. Como si ella fuera una actriz exitosa y tuviera demasiados hombres alrededor que la cuidaban para que nadie la atropellara. ¿Sería una famosa?

Conrado se fue para el cuarto y cerró con llave. Miró otra vez la luna por la ventana y el romanticismo de Nieves, tan cursi para él, le vino al alma y le apretó el corazón. ¿Eso era amor? Si lo era, en verdad no lo conocía y se parecía mucho a lo que su hermana le había contado. ¡Qué tonto! No sabía nada de aquella mujer fantasma; no podía amarla. Eso era un absurdo total.

–¿Conrado estás ahí?

–Sí, madre.

Al otro día Emilia Paz y Bustos se fue a ver a la abuela Águeda, su madre.

Águeda vivía del otro lado de la ciudad en una casa enorme de dos pisos con ventanas rectangulares y cerco de espinos. Solía sentarse frente a la ventana en lo alto para observar la calle, los carros, algún gato callejero. La señora Ada la cuidaba bien. Desde que habían venido del campo, junto a su padre, había salido solamente para ir a misa y luego, cuando murió el esposo, al cementerio.

–Qué gusto señora Emilia.

Ada la llevó por un pasillo en penumbras, por dos salones y junto a una escalera para llegar a la sala-biblioteca. En el centro del lugar se destacaba un sofá de terciopelo verde y dos sillones más pequeños con tapizados y arabescos. Los estantes estaban cargados de libros. Por la

ventana, donde Águeda solía sentarse, se veía un castaño.

–¿Le sirvo un café, señora Emilia?

–Sí, gracias. ¿Y mi madre?

–Está arreglándose. Usted sabe lo coqueta que es...

La abuela se acostaba con un camisón distinto todos los días, se ponía perfume y se pintaba los labios. Decía que lo hacía porque podía morir dormida y entonces quién la encontrara no tenía mucho trabajo por hacer. Ya estaba lista para el velatorio. Excentricidades de la abuela diría Conrado.

Aquella casona le traía demasiados recuerdos a Emilia: la adolescencia, la juventud, los gritos de su padre cuando no le gustaban los pretendientes, muchas peleas por dinero y herencias.

“La plata divide...”

–Hola, nena.

–Mamá, espere que la ayudo.

–¡Yo puedo sola! –gritó la abuela Águeda con su carácter difícil y se acomodó, después de muchas vueltas, en el sofá más grande. La miró a su hija por encima de las gafas y le dijo:

–Tú no estás bien.

–Bueno, mamá, acá yo vine a verte a ti, a saber sobre tu salud, no a que me juzgues y a que me reproches mi aspecto o mi cara de cansada.

Emilia sintió una sensación de soledad parecida al del abandono infantil. Tal vez, eso se reflejaba en sus ojos y su madre reaccionaba de esa forma, tratándola como una niña.

–¿Y mis nietos? ¡Son tan ingratos! No vienen nunca. Así abandonan a los viejos. Yo tendría que estar viviendo en la casa de ustedes. No acá sola con extraños.

–Bueno, nunca quisiste ir a casa cuando murió papá.

–¡Porque era joven! –gritó enojada.

–Ay... siempre me haces difícil las visitas. ¿Por qué eres así conmigo? Yo no estoy bien, tú lo dijiste, pero siempre trato de complacer a todos. Es imposible conformar a los demás cuando uno mismo se siente débil y desprotegido. Perdona que te diga esto, pero tú me obligas.

–¿Y el tonto de tu esposo? Es él el que te tiene que cuidar.

–Lo hace, mamá, lo hace...

–No parece...

Emilia se puso de pie. El egoísmo de Águeda le daba palpitaciones. Pensó que no hubiera podido, en esas condiciones, vivir bajo el mismo techo. No, ahora.

–¡Ya te vas!

–Tengo mucho que hacer, mamá.

–Siempre igual –se quejó.

Es que no se daba cuenta que, con su actitud, alejaba más a su hija y a sus nietos que casi nunca la iban a visitar. No lo hacían porque al verlos comenzaban los reproches, uno tras otro, y si bien tenía razón, la abuela carecía de filtro y dejaba a la luz ciertas miserias humanas que

resultaban abrumadoras.

–No se preocupe, señora Emilia –dijo Ada–. Vaya tranquila, ya la conocemos a la abuela. Hay que estar en su lugar. El paso del tiempo también nos arruga por dentro.

“El porvenir me inquieta...”

Gustave Flaubert

5-FERMÍN OLIVERA

–No lo puedo creer, Fermín. Es algo que no se puede describir con palabras porque no alcanzan. Las busco y no las encuentro.

–Cuéntame mejor –le dijo Fermín Olivera a su amigo Conrado al otro día en el mismo lugar donde se encontraban para tomar unas copas. Las salidas nocturnas de siempre, las que tanto molestaban a sus padres.

–Ella estaba allí, rubia, llamativa y deslumbrante. Jamás había visto a una mujer así. ¿Te das cuenta, Fermín?

–Bueno, amigo, en todo Buenos Aires debe haber miles. No tiene por qué ser tan única. Capaz que es casada y mayor. Ahora las mujeres se cuidan y parecen de treinta.

–Un hombre la acompañaba, eso es verdad. Lo raro es que en mitad de la obra se levantó y se fue. Me llamó la atención. Es que con mi madre, Elena, y toda la familia tuve que disimular y hasta me alejé del palco en un momento para ver dónde estaba. ¡Qué loco! Lo pienso y no lo creo, es que no me reconozco.

–Calma, amigo, calma. ¿Tú no amas a Elena Aldao? ¿Me equivoco?

–No, Fermín. Pero... ¿qué voy hacer? Es una buena muchacha, ideal para casarme y para formar una familia.

–Es que sino la amas serás infeliz toda tu vida.

–No creo, me acostumbraré.

–Y entonces, ¿por qué buscas a la rubia?

–No sé.

Conrado estaba tan confundido que se había olvidado que era viernes y que al otro día tenía la cena en su casa con Elena y los suegros. Fermín intentaba normalizar la situación porque

los arrebatos de su amigo, que desconocía, lo dejaban al margen de todo razonamiento lógico. Iba a casarse porque era su obligación ante una sociedad que “exigía” cumplir con la vida: esposa, hijos, hogar... Pero luego iba en sentido contrario: diversión, mujeres, amores. Fermín no entendía, es que él ya tenía treinta y cinco años, nunca había estado enamorado y debía atender a una madre en silla de ruedas que le reclamaba su presencia todo el tiempo. Él podía estar en la casa porque había heredado los campos de su padre que tenía alquilados, eso le daba un respiro y se quedaba horas cerca de ella para complacerla. Pero doña Juana lo trataba como un niño.

–No salgas que hace frío y te puedes enfermar. ¡No quiero ver gente enferma! ¿Qué hacemos después?

–Soy grande, mamá, me sé cuidar...

–¡Nada! Acá yo necesito atención y si no estás tú ¿quién?

Así Fermín prefería quedarse antes de escuchar tantos reproches y ver malas caras. El egoísmo de su madre era inmenso. Sólo podía salir de noche cuando ella se iba a dormir, asistida por una de sus tantas cuidadoras. Como tenía mal carácter, Fermín había buscado una señora para cada día de la semana. De esa forma no se cansaban y podían hacer mejor el trabajo. No contenta con eso, doña Juana las retaba porque se comían el dulce o las tortas de fresas que ellas mismas horneaban... Sus limitaciones la tenían mal; había sido una mujer que frecuentaba lo mejor de la alta sociedad, pero una caída la había dejado postrada. Fermín era su único hijo, y parecía que iba por el camino de la soltería.

–No te quejes, mira como vivo yo.

–Sí, lo siento. Yo estoy enredado entre mis padres, el estudio y un matrimonio que les conviene a ellos, pero tú estás solo. Sabes que me tienes a mí para lo que necesites. Somos hermanos. La vida así lo quiso y yo confío en tus criterios y consejos. Mañana ven a cenar a casa.

–Tengo que esperar que se duerma mi madre.

–Bueno, no es problema. Retrasaremos un poco el reloj.

–De todas formas, ella se va a descansar temprano.

Los amigos se despidieron por esa noche. Habían hablado demasiado sobre la familia y la soledad, el egoísmo y la pasión. Tener en quien confiar valía la pena. Fermín era más grande y tenía otra visión de la vida, más seria, más segura.

Tomasa se abrigaba del frío junto a la chimenea; había estado preparando el desayuno con lo poco que encontró porque no tenía voluntad para salir a comprar. Es que notaba que se estaba quedando quieta, demasiado, y eso no era bueno para una sirvienta. Doña Emilia ya lo había notado. Se tomó un sorbo de licor o de coñac, no sabía bien. Se acomodó el moño azul que llevaba en el pelo y se fue a la cocina a lavar las tazas.

–Recuerda que esta noche tenemos la cena con los Aldao –le dijo doña Emilia abriendo apenas la puerta–. Piensa en lo que vas a cocinar.

–No sé todavía, después le consulto.

Tomasa había perdido las ganas de hacer cosas, las mismas de toda una vida. Quizá por eso la rutina le reafirmaba su opacidad, su vejez y el tic tac del reloj Muchos años consagrada a los otros. ¿Y ella? No era otra cosa que una mujer de servicio y así como estaba, con el horizonte que tenía enfrente, el futuro no aparecía ante sus ojos.

–¿Me preparas un café, Tomasa? –le dijo Conrado, quien acababa de levantarse.

–Claro, niño.

–¿Qué te pasa? ¿Estuviste llorando?

–No. ¿Cómo se le ocurre?

–Eres humana, mujer. Si estás cansada de preparar comidas y más comidas yo voy a ir por ahí y voy a traer algo para esta noche. ¿Qué te parece?

–¿Sí? No, su madre se enojará conmigo. ¿Y si me echa a la calle?

–Nada. Voy a decir que es un regalo mío. Cuando mi madre te pregunte, tú le dices que hable conmigo. Hoy me quedo en casa porque tengo que estudiar, y más tarde busco la cena.

–Usted es un ángel.

–Bah, me criaste de chiquito... ¿no?

–Claro –exclamó Tomasa con un suspiro y lo abrazó con inmenso cariño.

–Y además va a venir Fermín.

–Oh, adoro a ese muchachito, aunque ya está un poco mayor. ¿Viene con la novia?

–No tiene amor, ni esposa ni nada, Tomasa.

–¿Por qué?

–Porque dejó pasar los años y cuando se acordó que tenía una vida, su madre se enfermó y tuvo que quedarse a su lado a cuidarla. Eso les pasa a los hijos únicos. Ahora Juana depende de él y lo absorbe demasiado, es muy demandante y también egoísta. “Cuando llegues a los sesenta te buscas una viejecita y te arrimas”, le dice siempre. Lo maneja a su antojo, y él para no escuchar palabras hirientes se queda a su lado y se olvida de sí mismo. Solamente puede salir cuando ella se duerme, por la noche. Por eso nos juntamos. Ahora, hoy va a venir a cenar.

–Lástima que le ha tocado ese triste destino. ¡Tan buen chico que es!

–Viste, Tomasa, que a todos nos toca cargar piedras. Ése es un claro mensaje de que con plata o sin ella no te escapabas de alguna pena. Nadie puede comprar la felicidad así nomás. No es el dinero ni la fama, no es el poder porque siempre existirá algo, por pequeño que sea, que traerá una sombra, una medianoche a tu entorno. Y despertarás con esa medianoche ante tus ojos intentando borrar su bruma, pero ella te seguirá los pasos donde vayas. Así te escapes al Congo.

–Oh... ¿de dónde aprende todo eso?

–De la vida; soy muy observador, de ti, de mí...

–Me gusta como habla, mi niño Conrado. Un poco “picaflor”, pero de gran corazón. Lo quiero mucho, sabe.

–Yo también, querida. Ahora ve a hacer tus cosas y por la comida no te preocupes.

–Está bien, gracias.

Tomasa se quedó sola y sonrió. Conrado era un joven tan positivo que le levantaba el

ánimo. Pensó en la gente. Si toda fuera así, con ese lado esperanzador y alegre, sería un gozo para quienes están en la penumbra y se sienten ahogados por la medianoche de los años.

*“Mujeres que ha perdido su sombra,
Mujeres que harán sombra en otro sitio.”*

Gloria Casañas.

6-TOMASA

Elena vestía con una chaqueta de seda y cuello alto. Llevaba un broche. La falda azul tenía varios pliegues y usaba guantes blancos. Su madre se veía elegante con un vestido de satén color marfil y un chal de seda. Hacía frío entonces se colocaron estolas sobre los hombros.

Los encuentros de los sábados en la casa de los Iriarte ya eran una costumbre, pero los padres de Elena esperaban ansiosos la fecha de la boda. El noviazgo se hacía interminable y, si bien la velada resultaba ser agradable, los padres de la novia aguardaban de Conrado una decisión que no llegaba nunca.

Fermín se encontraba parado, con el sombrero en las manos, en la puerta del comedor. No se atrevía a entrar porque, en definitiva, era algo retraído y solitario.

–Les presento a Fermín Olivera, mi amigo de toda la vida. Nos llevamos diez años, pero eso es un detalle. Él es mi hermano.

–De las juergas –agregó don Amadeo.

–Padre.

–Perdón, señores. No debí hablar así. Pase Fermín, si sabe que ésta es su casa. ¿Cómo está su santa madre?

–Siempre igual, don Amadeo. Se cayó y se quebró y ya después no quiso seguir con la rehabilitación; se quedó en el sillón de ruedas.

–Es que no puso voluntad. A esa edad hay que insistir.

–Sí, pero si llora y suplica. Es mi madre.

–Tiene razón.

Todos se sentaron a la mesa y Tomasa se acercó con la cena que había comprado el niño Conrado en “El Imparcial”, ubicado en el barrio de Montserrat, unos minutos antes de que llegaran todos: aves asadas, perdiz, pato y pollo, algunas verduras y vino. Doña Emilia y su esposo se miraron consternados; Tomasa con lo cansada que estaba siempre no podía haber preparado esa cena. Emilia se levantó de la mesa y pidió permiso a los invitados.

–Acompáñame... ¡Yo no te pedí ni perdiz, ni pato! ¡Sabes que no me gusta comer esos animalitos indefensos!

–¿Y el pollo?

–Bueno... ¡Tampoco! ¡Cómo pudiste, Tomasa! Confío en ti ciegamente, pero me has defraudado. Parece que no me conoces.

–Es que yo no hice la cena, señora. Fue el “señorito” que la buscó por ahí.

–¿Conrado?

–No lo regañe, lo hizo para que yo descansara porque me vio triste y desganada. Él es tan buen chico, me trata como una madre y eso a mí me emociona, me levanta el ánimo y me da ganas de vivir. Sabe cómo me siento; la desesperanza me aprieta el pecho y me dan ganas de llorar todo el día.

–Está bien, cálmate. Debiste decírmelo antes.

–Es que yo no sabía lo que iba a traer para cenar. Dijo que se iba a ocupar y que no me hiciera problemas.

–Ah... ¡Dios santo! ¡Los hombres! ¡No saben nada del hogar!

Doña Emilia volvió al comedor un poco avergonzada por el menú, pero nadie se dio cuenta, solamente su esposo que conocía bien los gustos de su mujer y las habilidades culinarias de Tomasa. No era momento de reproches, debían disimular lo más posible para que los invitados no notaran nada.

Conrado parecía disfrutar con aquella situación y sonreía todo el tiempo con una risa burlona. Le encantaba sacar a los padres de su eje: tan estructurados y serios. Elena, su prometida, casi no comía y miraba el plato con deseos de saber o de no saber, estaba incómoda como nunca antes y Fermín y la niña Nieves se entretenían conversando sobre bailes y libros. Conrado levantaba la copa sobre las cabezas dos por tres para brindar por cualquier tontería y doña Emilia sentía que les estaba *tomando el pelo*. ¿Qué le pasaba?

Cuando terminaron de tomar la última taza de café, todos se retiraron menos Fermín.

–Amigo, hoy no hay salidas. Mi madre está enojada.

–Entiendo. Tenemos mucho tiempo por delante. Una vida.

–Yo no, Fermín. Mi padre quiere que me case lo antes posible porque necesita asegurarse de que voy a ser un buen médico y un padre de familia.

–¿La amas a Elena?

–Eso no importa.

Fermín se quedó mirándolo con el sombrero en las manos dispuesto a marcharse. ¡Qué pobre se sentía! Conrado lo tenía todo: dinero, familia, hermanos y hasta una novia bella y de excelente familia. Él, en cambio, debía acurrucarse en los silencios de una casa inmensa, oír las

voces fantasmales de los padres jóvenes y sus peleas por dinero, los reclamos vacíos de doña Juana quien se sentía más sola que él al estar rígida en aquel aparato rabioso que le provocaba furias atemporales.

Así era su vida, dinero le sobraba y también años. Ya estaba grande y se había olvidado de vivir. Su madre había sido muy absorbente. Era su único hijo y lo manejaba como quería. Él, para no oír sus quejas, obedecía.

–No vayas al campo porque hace frío y después te pescas un resfriado. No traigas amigos a casa porque me duele la cabeza. No vayas a la playa porque vuelves enfermo.

De grande, tuvo la oportunidad de conocer Buenos Aires nocturna porque doña Juana quedó postrada por una quebradura, entonces Fermín, a escondidas y con la ayuda de las enfermeras, salía y su madre no se enteraba de nada.

Iba en la calesa mirando las calles solitarias. Se oían risas lejanas y eso le trajo nostalgia. Pensó en un futuro gris con más sombras que el presente y la reflexión lo devolvió a la realidad. Debía buscar una compañía. Su amigo Conrado se casaba sin amor, él podría hacer lo mismo. Aunque alguna mujer lo quisiera por dinero, ya no le importaba.

–Buenas noches, señor –lo saludó la enfermera de turno vestida toda de blanco con una cofia que le tapaba los ojos.

–¿Mi madre?

–Hace dos horas que está dormida. Lloró un poco y la conformé con unos dulces. Usted sabe cómo es la gente grande cuando no se puede valer por sí misma. Se transforman en pacientes sufridos y ausentes. A veces, lloran y otras gritan de impotencia. Quisieran volver el tiempo atrás para ser los mismos y para detener el tiempo. Hay que estar en su lugar.

–Lo sé. Pero no crea que desde este lado no se sufre. Cada hora es una prisión que se va haciendo más chica; los barrotes de hierro cercan, aprietan y quitan el aire.

–Usted no se preocupe tanto que para eso estamos nosotras. Salga y diviértase una vez en la vida.

–Gracias, ahora me voy a dormir.

–Hasta mañana.

La enfermera de la cofia no podía entender que una persona con tanto dinero no fuera feliz. Le parecía que los billetes llenaban no sólo los bolsillos sino también el alma.

Se fue a la cocina, se preparó un café y abrió el aparador donde había una torta de chocolate con dulce de leche que había preparado la cocinera y se puso a comer con placer. Eran las doce de la noche. Se oían coches pasar apurados y corridas.

“Seguramente, algún ladrón de gallinas andará por el barrio, porque los cafetines donde se pelean los cuchilleros están al fondo de la ciudad”, pensó despreocupada mientras saboreaba el pastel.

–¡Mujer! –se escuchó un grito.

Era doña Juana que, desde la distancia, la llamaba. El cuarto en el primer piso quedaba a kilómetros, por decirlo así, de la cocina y la enfermera tuvo que tragarse rápido el postre para acudir al llamado de la anciana.

–¿Qué sucede? –le preguntó asustada.

–¿Dónde está mi nene?

–¿Nene?

–¡Fermín! ¡Quién va ser!

–Ah, perdone. Durmiendo como siempre. ¿Qué necesita?

–Nada. Quería saber eso. Gracias –dijo doña Juana y cerró los ojos.

“La paciencia es una llama”.

Felipe Aldana.

7-BLAS ALDAO

–Hola Genoveva. Qué bueno que viniste temprano –exclamó Nieves al ver a su amiga entrar con arrogancia a la casa detrás de Tomasa quien le había abierto la puerta.

–Vengo de misa con mi madre que me está esperando en el coche. Simplemente, pasé a saludar y a confirmar la hora de la tertulia de mañana. Toca acá en tu casa, ¿verdad?

–Sí, amiga. Yo estoy encargando los dulces. Escribe Tomasa: tarta de frutillas, budín de almendras y dulce de leche, flan con nueces...

Tomasa, con los ojos entrecerrados, no tenía voluntad de nada y Genoveva, mientras hablaba, miraba las escaleras.

–¿Te ocurre algo? –le preguntó Nieves observando los gestos extraños de su amiga.

–No. Me voy. Nos encontramos mañana a las cinco.

Conrado la vio salir y ella le dirigió una sonrisa, pero no se detuvo. Nieves quien observó aquella mirada inquisidora le reprochó a su hermano la falta de decoro. Él era un hombre comprometido con una joven preciosa, no debía despertar sospechas y caer en la vulgaridad de parecer un don nadie. Genoveva era una mujer joven de alta sociedad, inteligente y honesta.

Nieves le entregó la lista con los postres que Tomasa debía hacer en un día y se fue al cuarto de costura.

–Mire niño Conrado.

–¿Qué es?

–Una lista de comidas. Yo no voy a poder.

–Qué te pasa, negrita. Le contaré a mi padre sobre ti para que te revise. Tal vez, con una

pastillita te sientas mejor. Yo todavía no puedo recetarte nada, no tengo matrícula.

–¡No! ¡Doctores no! ¡No me gustan!

–Es mi padre. Lo conoces hace muchos años.

–¡No quiero que me toque!

–¿Quién te va a manosear? –gritó doña Emilia que venía de la habitación a tomar el desayuno–. ¡Por favor, Tomasa! ¡Tú, sí, que eres ingenua! ¡Tantas veces te di consejos!

–No, madre. No confunda las cosas. Ella no está bien de salud y yo le di el consejo de que papá la revise para ver si le puede dar alguna medicación. ¿Usted es siempre así de impulsiva para interpretar lo que escucha? –agregó Conrado algo enfadado con doña Emilia, quien juzgaba a la gente por la primera apariencia.

–Bueno, es que Tomasa tiene ese vozarrón. ¡Yo también estoy enferma y a mí nadie me mira!

–¡Oh, Dios!

Conrado se fue al escritorio a estudiar para ir a la tarde a la facultad y Tomasa y doña Emilia se quedaron solas en la cocina tomando el té. Algo en la atmósfera perturbaba a la señora de la casa. Era el vicio, el aire turbio, el que sospechaba y conocía. El que no quería ver. Se levantó y abrió una ventana que daba al patio de invierno. Tomasa se arropó con un mantón y se ubicó lejos junto a la puerta que daba al comedor.

–Si abre ahí se va el calor de la leña –dijo.

–Es que hay un vaho extraño, algo que me aturde y me inquieta. Creo que puedo reconocerlo, pero no lo tolero. Levantarme y sentir esta bruma que me ciega es como estar en el infierno. Tú no me lo cuentas, pero yo lo percibo, lo escucho, lo palpo... Ay, amiga, crees que puedes engañarme con conversaciones inocentes de medicinas y de malestares transitorios.

–No la entiendo. ¿Por qué no cierra la ventana que entra frío? No me hable con palabras difíciles que yo no tengo estudio. Lo sabe bien.

–No se trata de escuela, Tomasa.

–¿Y de qué?

–Acá estuvo Genoveva del Campo. ¿Sí o no?

Andrés Rosas, primo de Elena, llegó a la casa de los Aldao con un coche nuevo que había adquirido el día anterior. Blas Aldao corrió a recibirlo; era el hijo de su cuñado y lo quería demasiado. No compartía sus ideas políticas, pero debía respetarlo. A veces, se enfrentaban y discutían acaloradamente, pero al rato se miraban y cada uno expresaba sus disculpas. Era de necios pelearse por ideas que al otro día cambiaban porque las diferencias existían desde tiempos inmemoriales, desde 1810.

Andrés con saco gris de franela largo y sombrero de copa parecía un caudillo.

–Hola, primita–le dijo a Elena con una cofia que retenía sus rulos. Se estaba preparando para la tertulia y Andrés se dio cuenta rápido.

–Estás de fiestas.

–Sí, en lo de Nieves.

–¡Qué interesante!

Blas no entendía y lo invitó con un café. Llegó Belia, la mamá de Elena, que casi no hablaba pero que podía reaccionar mal cuando veía una amenaza y se sentó al lado de Andrés.

Ese ambiente no era tan rígido como en la casa de Conrado; sin embargo, parecía ocultar alguna sombra que se desdibujaba en la mirada de Belia. Ella se mostraba lejana y extraña, como si guardara años y como si temiera. Se sobresaltaba por los ruidos, sobre todo por la campana de la puerta. No le gustaba que Elena saliera mucho sino era acompañada, aunque sabía que debía dejarla volar. Un vuelo que tenía que reposar en la casa de su enamorado Conrado Iriarte lo antes posible. Eso la protegía, no sólo a la niña sino a ella misma.

A Andrés aquellos tíos lo contenían. Es que muchas veces se sentía solo; sus padres eran demasiado ancianos y sólo pensaban en levantarse sin dolores. Él también era hijo único igual que Elena. El hecho de no tener hermanos cuando era un niño le traía felicidad y paz porque el amor era solamente para él y también los juguetes y las horas que su madre le dedicaba... De grande, tuvo que salir a buscar el remiendo para los minutos de silencio y lo hizo en casa de Blas y en la política. Tenía vocación de servicio y eso le llenaba el alma triste, lo completaba. Sentía que la felicidad era momentos y que podían ser fugaces como irrepetibles. Debía pisar suelo firme y buscar algo concreto que le diera la paz que necesitaba. La política desde ya no era sosiego para nadie, pero él la veía con otros ojos: una misión, el servicio.

–¿Cómo andan las reuniones en el comité? –preguntó Blas desganado, mientras Andrés leía el diario que estaba sobre la mesa.

–Debatiendo, buscando soluciones a corto plazo para la gente.

–Eso me parece bien. El político es un empleado y no debe abusar del poder sino entregarlo a La República y a la gente que lo votó.

–Ellos nos dan su confianza.

–No deben defraudar, es su deber.

Belia parecía no entender demasiado y su mirada se dispersaba en el contorno de la ventana mirando las nubes grises. Agosto traía vientos y perfumes, alergias. Belia no veía más allá de sus pensamientos alarmistas.

–¿Dónde vas que te estás arreglando tanto? –le preguntó a Elena que iba y venía con media docena de vestidos.

–Ay mamá... ¡Todo lo olvidas! A la “tertulia de damitas”. Es una de las pocas salidas que tengo. ¿Me la vas a prohibir?

–No.

–Pareciera que tienes ganas porque estás de malhumor cuando me ves feliz.

–¡No trate así a su madre! –dijo Blas-. ¡Más respeto! Y dígame de usted.

–¡Qué antigüedad!

–Déjela, tío. No sea tan severo. En esas reuniones sólo conversan tonterías y se ríen como adolescentes. No tienen nada de malo y todas son niñas buenas y educadas.

–No estaría tan seguro.

El tiempo con su tejido de red buscaba espacio entre las discordias para acomodar el goce que parecía esfumarse.

“Uno deja de oír, pero el ruido sigue presente como un fantasma que arrastra cadenas”.

Osvaldo Soriano

8-GENOVEVA DEL CAMPO

Conrado no dejaba de pensar en aquella mujer.

Miraba los libros y trataba de retener los conceptos, pero la memoria se dispersaba e imaginaba secuencias, abrazos a escondidas, romanticismo y sexo: un mundo soñado que no conocía. Siempre al lado de aquella dama enigmática. No le importaba el hombre que la acompañaba, ése era un detalle sin importancia porque él era Conrado Iriarte, futuro médico, caballero del mejor rango social y millonario. Superior en todo.

Esos pensamientos, a los ojos de muchos, lo transformaban en soberbio y frívolo, en un ser carente de sentimientos auténticos y verdaderos. De hecho, se comportaba mal con Elena, su prometida, la olvidada niña triste. A él no le importaba qué sentía Elena; sus padres se la habían impuesto, allí de frente, como un regalo que no podía rechazar y Conrado no tuvo coraje para decir que no. Es más la consideró apropiada para el matrimonio: bella, honesta, inteligente y callada.

Conrado Iriarte sabía que el amor era otra cosa. No podía buscar ejemplos; sus padres no lo demostraban. Nunca los vio abrazarse, tampoco vio gestos amorosos de cariño. Sin embargo, parecían ser el uno para el otro.

—¿Ya te vas a la Universidad?

—Sí, madre —respondió frente a la mesa rectangular cubierta por un mantel rosado y tazas de té Royal Albert Pompadour propiedad de la abuela Águeda. Las niñas ya estaban por llegar a la velada y Conrado deseaba escapar para no verse atosigado por aquella bandada de cotorras. ¡Qué malo! Elena estaba allí y era su novia. Antes de alejarse, vio a Tomasa con un uniforme azul recostada contra la pared y abanicándose con un diario. Calor no hacía, pero la criada se hallaba extenuada. Pensó que tendría que actuar porque su madre, ocupada con sus males del

corazón, la ignoraba.

Los coches se acercaban y Conrado escapó por una arteria lateral. No quería cruzarse con Elena. Sus pensamientos confusos lo llevaban a un atolladero, a un callejón sin salida. De lejos, vio que regresaba su padre de las consultas, y pensó en el hastío que seguramente le causaría soportar la reunión bulliciosa y absurda de las muchachas.

Doña Emilia, en la puerta, le tomó el abrigo y el sombrero para ubicarlos en un armario en la entrada del zaguán. Don Amadeo miró con indiferencia la mesa servida porque sabía que ese día debía ocultarse hasta tarde en su despacho o en el cuarto. El bullicio lo dejaba sin raciocinio. Demasiadas tonterías juntas lo transformaban en un viejo agrio, pero no podía disimular. Doña Emilia se adaptaba y prefería que Nieves estuviera en la casa antes de que fuera a la de otra familia y menos a la de Genoveva del Campo. De todas maneras, conservaba la ilusión, casi remota, de que aquella niña no apareciera por la residencia.

—Madre, ¿cómo me veo?

—Preciosa. Una reina. Me gustan esos bucles y el lazo.

—Es que Tomasa sabe cómo hacer estos cañoncitos.

Pobre criada, hasta de peluquera tenía que hacer. Ella al servicio de todos y cada uno, con el corazón en un hilo y el vacío dentro del cuerpo. Ya no podía más y no se animaba a confesar nada porque la enviarían al médico o a que don Amadeo la revisara y no quería. Se negaba a ser asistida porque le temía a los facultativos.

Alguna vez comentó que alguien de la familia había muerto por un medicamento mal administrado. ¿Sería por eso que le huía a los médicos? Pero los malestares la cercaban y la tristeza le ponía la soga al cuello.

¿Cómo manejar ese hueco que no se llenaba con nada?

¿Antes no se sentía así?

El futuro inexistente en ese horizonte negro, le decía que el presente era lo único que le quedaba a mano y que debía exprimirlo antes de la noche porque con cada sombra se moría un poco. Estaba agotada de la rutina, de los problemas de los otros y de sus egoísmos, de cada amanecer y de “la tertulia de las damitas”.

Ese universo ajeno era otra mortaja de condenado.

Genoveva del Campo se había sentado en el otro extremo de la mesa, frente a Nieves, y en dirección a la escalera que conducía a las habitaciones. No dejaba de mirar, con curiosidad aberrante, todos los vértices de la casa y los ventanales que dejaban al descubierto los jardines. Aunque era invierno y estaban algo desnudos. Ese día llovía mansamente sobre la ciudad y el calor de las bujías hacía el ambiente más acogedor.

Tomasa, con sus pocas fuerzas, servía la mesa y los pasteles. Doña Emilia, para colaborar, le acercaba los platos. De paso, vigilaba a Genoveva que parecía alborotada y fuera de control. Ella no era igual que las otras jovencitas. Por lo menos así lo veía Emilia.

Después de tomar el té, Nieves se puso a tocar el piano. Las demás cantaron canciones vienesas y hablaron de admiradores cercanos.

–¿Y Conrado? –preguntó Elena.

–Está en la Universidad.

–Ah... claro.

Genoveva, al verlas distraídas, se ocultó detrás de una columna y con la vista fija en las niñas que parecían entretenidas, subió la escalera. En el primer piso buscó la luz de un farol porque el pasillo alfombrado se hallaba oscuro. Los cuartos eran muchos y temía ser descubierta. No conocía la casa; tal vez, debería volver en otra oportunidad, cuando alguien le diera una visión más clara de cómo estaban ocupadas las habitaciones.

“Demasiados cuadros y farolitos con tulipas rojas. ¡Qué mal gusto! Parece un antro de mujeres fáciles”, pensó temblando.

–¡Qué busca en el primer piso! –escuchó una voz y se quedó inmóvil, de espaldas –. ¿Perdió algo?

–El toilette –respondió con debilidad.

–El de las visitas está abajo, por el pasillo que va al living. ¿Cómo se le ocurrió que podría estar acá? –la reprendió Tomasa, quien venía a ofrecerle un coñac a don Amadeo–. ¡Baje rápido antes de que la vea doña Emilia! –la retó con desconfianza.

–Tomasa... –alguien llamó.

La criada se quedó petrificada ante la evidente presencia de doña Emilia y empujó a Genoveva dentro de un armario donde guardaban los trastos.

–Señora –respondió acomodándose el pelo y la ropa.

–Qué haces acá, está llegando la gente que viene a buscar a las niñas: padres y hermanos. No puedo sola.

–Es que vine a ofrecerle un coñac a don Amadeo. No se preocupe. Ya bajo. Usted descanse. ¿Por qué no se recuesta un poco que yo me ocupo de las visitas?

–Diez minutos, nada más. Me duele la cabeza.

Emilia se fue a su cuarto porque dormían en habitaciones separadas. Para descansar nunca se ponían de acuerdo: uno tenía frío y el otro calor, a él le gustaba leer hasta tarde y doña Emilia quería permanecer a oscuras, en silencio, para escuchar cuando regresaba Conrado de las salidas nocturnas. Eso la preocupaba demasiado y el corazón le latía fuerte, con intensidad y desbocado.

Tomasa agarró de un brazo, con brutalidad, a Genoveva y la arrastró por el pasillo espejado rumbo a las escaleras.

–¡Despacio! ¿Quién se cree que es? ¡Me lastima!

–¡No me hable! ¡Impertinente! Mocosa atrevida. ¿Quién la educó a usted?

–¡Más respeto! ¡Usted es una sirvienta! –le gritó con soberbia.

–Sí, pero honesta y fiel a mis patrones.

–Bah... –exclamó Genoveva con cinismo y se arregló el vestido. Nadie vio la escena porque las jóvenes se hallaban en el zaguán recibiendo a las familias.

Genoveva del Campo miraba de lejos; a ella nadie la había venido a buscar. El lugar se

despejó pronto y sólo quedaron Andrés Rosas y Nieves, más atrás Elena intentando colocarse la capa de piel. Su primo, por orden de los padres, la había pasado a recoger. Mucho no le creía, pero debía obedecer. Ya lo conocía. Llegar a la casa de Nieves de improviso era su propósito.

“En la tristeza todo se vuelve alma”.

Ernesto Sábato.

9-NIEVES IRIARTE

Conrado después de la Universidad corrió hacia la casa de Fermín. Era la noche de las salidas. Volver a la mansión y esperar que las señoritas se fueran le resultaba tedioso. Elena estaba allí y era su novia, pero a él parecía no importarle. Prefería internarse por un par de horas entre las sombras de la casa de dos pisos de Fermín Olivera, donde cada muro olía a alcohol y a cloro igual que los hospitales. Es que a pesar de ser millonario en aquel lugar vivía también una anciana, doña Juana, que se hallaba postrada y eso le daba al sitio un aspecto doliente y frío. Sin embargo, Fermín habitaba el ala derecha, la que daba a la calle; un lugar espacioso, con desniveles, luces y mobiliario más moderno.

—Casi no puedo retener lo que debo estudiar. Pronto vendrán los exámenes y mi padre me vigila de cerca.

—¿Qué te ocurre?

—Es ella, amigo.

—¿Todavía no has podido dejar de lado esos pensamientos? ¿Sabes la cantidad de mujeres así que debe haber por la ciudad? Me extraña, pareciera que no tienes “calle”. Tú, un hombre tan experimentado.

—La tengo que encontrar, después no sé... Supongo que la olvidaré, pero debo quitarme

de encima esta molestia, esta incertidumbre, que no me deja vivir.

–¿Y dónde la vamos a buscar?

–No sé. Supongo que en la ópera. Capaz que va siempre.

–Ay, amigo. ¡Qué ganas de complicarte la vida! –respondió Fermín que consideraba a Conrado un privilegiado, un ser rico por donde se lo mire, rodeado de afecto y de presencias, de auténtico amor y de privilegios. No le tenía envidia, ése era un sentimiento desconocido para él que consideraba tóxico y destructivo para quien se hallaba preso de sus furias.

–¿Salimos hoy?

–Sí, claro –respondió Conrado con el mismo entusiasmo de siempre y el deseo de aturdirse y de olvidar las quejas de su madre y los mandatos rígidos de don Amadeo, quien no lo dejaba respirar.

Después de que doña Juana se durmió, se desplazaron sin hacer ruido por las escaleras rumbo a la sala y de allí a la calle para buscar una calesa. Lejos, se oían melodías de pianos, canciones italianas y candombes de negros.

–Dicen que por las noches sólo andan los perros y los médicos.

–Y nosotros... –se rio Fermín-. Hoy vamos a ir a un lugar nuevo que me dijeron que “va tomando color” con el transcurso de las horas. ¿Qué te parece? No es un sitio refinado, sino más bien áspero, de compadritos y de gente que busca el roce, la pelea, cuando algo le molesta. Es diferente.

–¿Por dónde queda?

–Por Palermo; Parque Tres de Febrero. De día es un bar-restaurant y a partir de las once de la noche empieza a llegar la gente en carruajes, mateos o caballos. Van de todo nivel social y buscan divertirse.

A Conrado le atraían las aventuras y los desafíos. Era joven y necesitaba salir de esa jaula dorada y aburrida donde don Amadeo y especialmente su madre, cargada de miedos, querían guardarlo para que empezara a caminar otro estado: el del matrimonio. El “sí quiero” estaba lejos en el sendero de Conrado a quien le molestaba todo aquello que fuera una obligación.

Tienes que ir...

Ése “tienes” lo obligaba a dar la contraria, a decir “no” automáticamente. Se consideraba un hombre que podía decidir su destino sin verse obligado a cumplir con los deseos de los otros, o con las frustraciones de quienes no pudieron rebelarse en la vida. Los tiempos eran diferentes y había que seguir esos códigos, vivir un poco.

Atrás quedaba la niña rica y triste, rubia como el sol, tan bella.

Elena parecía olvidada entre los cendales, no valorada y desprotegida. Cualquier hombre la hubiera amado como una reina, pero ella quería a Conrado Iriarte. Bueno, no sabía bien si lo quería porque la indiferencia de él la hacía dudar más de una vez.

–Le entregué una carta a Nieves. Se la coloqué en el bolsillo del vestido –le contó Andrés a Elena cuando iban en el carruaje rumbo a la casa.

–¿Qué? No tienes compostura. ¿Te gusta de verdad? No quiero que la hagas sufrir, ella es casi de mi familia.

–Primita querida, mira si voy a tomarla a broma. Me conoces demasiado. Soy un hombre serio, ¿o no?

–Sí, perdona. Me gustaría que Conrado se pareciera a ti.

–A él le falta...

–Amor –respondió Elena con cierto dolor–. No me quiere, Andrés. ¿Crees que no me doy cuenta?, pero yo sí y no estoy dispuesta a que se lo lleve otra. Lucharé hasta las últimas consecuencias, aunque me humille y me haga a un lado.

–Vas a sufrir. Tal vez, podrías encontrar el amor de verdad en otro hombre más humilde y menos arrogante. A mí me cae mal, pero es el hermano de Nieves y voy a tener que cerrar los ojos y darle para adelante. Si Nieves me acepta.

–Otra cosa... ¿Mis padres te mandaron a buscarme o fuiste tú el de la idea?

–Las dos cosas –comentó Andrés y se rio con complicidad–. Quería ver a Nieves y darle la carta. Ella casi no sale, ¿dónde la iba a encontrar?

–Tienes razón.

–Bueno, baja que yo te miro hasta que entres a la casa. Chau, primita. Hasta mañana.

–Chau, loquito lindo.

Andrés Rosas se fue con el cochero para su residencia. Las calles se hallaban casi desiertas y oscuras entre las discretas luminarias. Iba mirando las veredas con sus viviendas residenciales y jardines abrigados por la bruma y el rocío. Luces pequeñas, como de velas, alumbraban otros ojos y el cariño que sentía por Nieves se agigantaba con los minutos y los sueños. Él era un hombre de un solo amor, de esos que mueren viejecitos al lado de la mujer elegida para compartir la vida. Esperaba que Nieves fuera igual; la veía cercana en esa mirada celestial, pero lejana cuando un batallón de gente se colocaba delante. ¡Qué difícil era todo! La lucha debía ser con paso seguro y sin tregua porque en un instante de descuido el padre le buscaría esposo y la obligaría a casarse sin decir una palabra, sin rebelarse, sin opinar siquiera...

El coche se deslizaba por aquellas arterias empedradas con un andar rítmico y colocaba a Andrés frente a las nostalgias. No sabía por qué no era feliz, si lo tenía todo. Sus padres le habían dado la vida y más: estudio, posibilidades, consejos, respeto y valores. ¿Qué más podía pedir? Hasta tenía vocación de ayudar y lo iba hacer con la convicción de ser la persona indicada para estar cerca de los necesitados.

La política era sucia, lo sabía, pero él le iba a dar otra impronta. La gente debía votar personas y no partidos políticos, convencido de sus ideales más altruistas y del deseo de superación.

Mientras analizaba su porvenir al que veía con buenos ojos pero distante, observó un grupo de gente que estaba por entrar al Antiguo Hansen. Él conocía bien ese lugar de poca reputación, con peleas de reos y de gente culta, con desubicados que iban a tomar y a buscar mujeres fáciles. Entre los tantos que empujaban por entrar alcanzó a ver a Conrado con el amigo.

“¡No puede ser! ¡Qué hace ahí! ¡Qué va a buscar a ese sitio! Pobre prima. Yo no iría ni que me paguen a ese tugurio maloliente. Dicen que es muy popular y que hay música para todos

los gustos. También mujeres que cobran... Qué vergüenza. Mejor será que me calle y no diga nada, pero podré ocultar semejante ofensa a las buenas costumbres y a la confianza”, pensó Andrés antes de llegar a su domicilio.

La noche estaba fría e invitaba a tomar café caliente y a dormir pensando en el amor enorme que sentía como el regalo más bello que alguien le había dejado sólo para él.

“Nubes de tormentas -¿Qué importáis vosotras a nosotros espíritus libres, espíritus aéreos, espíritus alegres?”

Friedrich Nietzsche

10-CARLOS, el chofer

Genoveva del Campo y Nieves todavía seguían sentadas a la mesa. Solas. Todas las niñas se habían ido porque ya era tarde y a Genoveva nadie la venía a buscar.

–¿Te das cuenta, Tomasa? Allí está la hipócrita.

–¿Cómo, señora?

–¡Nada! No soporto a esa jovencita.

–Nunca me va a contar el porqué. Si parece una muchacha buena e inocente –comentó Tomasa para no despertar sospechas. Por el momento no le contaría que la vio revisando los cuartos. Por algo doña Emilia no la quería.

–No es el día apropiado. Ya lo sabrás –dijo mirando por la puerta de la cocina los gestos falsos de Genoveva.

En ese preciso instante, bajó de la habitación, pensando que la velada ya había concluido, don Amadeo y se encontró con las dos muchachas conversando. Genoveva le clavó la mirada con insistencia y doña Emilia salió rápidamente desde la cocina a su encuentro.

–¡La fiesta se terminó! –dijo con resolución.

–Madre, todavía no han venido a buscar a Genoveva.

–¡Qué se tome un coche!

–No puede andar sola a esta hora con un chofer desconocido por la calle. Usted sabe los peligros que corre, si siempre me lo dice. Qué pasa se le olvidó –agregó Nieves defendiendo a su amiga.

Don Amadeo, quien se encontraba allí parado, demasiado callado, dijo de repente:

–Le diré a Carlos que saque la galera para llevar a Genoveva.

–No, padre. Mejor que se quede a dormir acá y por la mañana se va bien temprano.

–¡No! –gritó doña Emilia–. Su familia se va a preocupar. No es correcto. Qué se vaya con Carlos entonces...

–¿Irse con Carlos está bien? Si es un hombre como todos. No sé, madre. Usted se contradice.

–Basta de tantas vueltas. Yo iré en el carruaje con Carlos y la joven. No se discute más – agregó don Amadeo y Genoveva rápidamente se colocó el saco, el sombrero y tomó el bolso de terciopelo que tenía sobre la silla.

–Así sí –reaccionó Nieves–. Con papá, sí.

Doña Emilia, a punto de llorar, se fue para su habitación y los demás se quedaron mirándola porque no entendían la conducta intempestiva de la dueña de la casa. A don Amadeo nadie lo contradecía, y si él había tomado esa decisión así debía ser.

Emilia, desgarrada por dentro, impotente ante la sonrisa de satisfacción de Genoveva del Campo, optó por esconderse del oprobio y de la falta de vergüenza. Era demasiado para su pobre corazón. Tal vez, eran sólo sospechas. No tenía certezas, pero el rostro de Genoveva demostraba sarcasmo. Todo lo que una buena dama no debía ser, pero no se daban cuenta. ¡Eran tan ilusos!

“Odio a esa mujer porque no es ninguna niña inocente. Tiene más edad que todas, y se le nota en lo desenvuelta que es y en lo rápida para contestar y para opinar. No sé de dónde salió y cómo vino a parar a esta casa. Ahora ya es tarde. No dejaré que pise más este lugar que es sagrado; somos una familia decente y de lo mejor de la sociedad y no debemos vernos manchados por señoritas sin decoro y sin escrúpulos”, pensó doña Emilia tomándose el pulso que tenía acelerado.

–¿Está bien, señora? –exclamó Tomasa del otro lado.

–Pasa, por favor.

La criada la vio recostada con dos almohadones y abanicándose con el frío que hacía afuera.

–¿Le falta el aire? Llamo a emergencias.

–No, mujer. Es esa loca que me hace mal.

–Ya lo sabe, entonces...

–¿Qué tengo que saber?

Tomasa, sin querer, había cometido un error y ahora no sabía cómo arreglarlo. Doña Emilia se hallaba cerca del colapso.

Genoveva se subió al coche conducido por Carlos, el chofer de la familia Iriarte que siempre estaba dispuesto a salir rápidamente si así se lo pedían. Al lado se sentó don Amadeo dispuesto a colaborar con la familia del Campo, a quienes mucho no conocía.

–¿Dónde vives? Te pregunto porque le tengo que decir a Carlos la dirección de tu casa.

–Suipacha esquina Laprida.

–Ah... no conozco a tus padres. ¿A qué se dedican?

–Tienen campo y hacienda, pero ahora están en Europa –exclamó Genoveva mirando con insistencia a don Amadeo, quien parecía no notar nada en los gestos extraños y en las miradas provocadoras de Genoveva.

–¿Ama a su esposa? –le dijo, de repente, y esa pregunta lo descolocó por completo–. Se nota que su mujer, con todo respeto, es medio histérica. ¿No?

–Es una dama.

–Sí, fría y... ¿Usted es médico? Muy apuesto y desaprovechado –exclamó Genoveva con imprudencia. Parecía estar dispuesta a todo, y don Amadeo en la penumbra de la diligencia se sentía un estúpido veinteañero.

–No entiendo qué insinúa, es una joven que podría ser mi hija.

–Sí –le respondió Genoveva como en susurros y se acercó más.

–¡Suipacha y Laprida! –gritó el chofer.

–Baje que esperamos acá hasta que entre a la casa.

–¿No quiere pasar a tomar algo?

–¡Por favor!

Ella, cuando se bajó, le tomó la mano y él la quitó rápidamente. Carlos emprendió el viaje de regreso y don Amadeo, quien no era tan mayor porque tenía cincuenta y cinco años, se quedó como si le hubieran encendido una cerilla en el medio del pecho: desconcertado, ardiente, confundido y sordo. No quería verla más, ni escuchar su voz que le retumbaba como un eco. Él era un hombre serio y formal. ¿Por qué? ¿Esa mujer estaba loca? ¿Qué quería? ¿Buscaba dinero?

Entró a la mansión y comprobó que no había nadie levantado. Conrado andaría por los suburbios mezclándose con todo tipo de gente, con la sola finalidad de molestarlo. ¿Pero, quién era él ahora? ¿Tenía derecho a recriminar o a juzgar las conductas ajenas? Bueno, no había hecho nada, todavía...

Emilia, en su cuarto, tenía la luz encendida. Parecía llorar; lo asoció, de inmediato, con las salidas de Conrado y con sus miedos. Don Amadeo se encerró en la habitación dispuesto a dormir. Al otro día, debía estar temprano en la consulta. Necesitaba relajarse para poder descansar, pero no hacía otra cosa más que dar vueltas en la cama, contar ovejas, abrir y cerrar un libro y mirar la hora. Los minutos corrían a paso de gigante y pronto sería de mañana. Genoveva del Campo le había alterado su existencia entera, y no paraba de hacer conjeturas.

Oyó una puerta y pensó en Conrado. Eran las cinco de la mañana. Ya no podía opinar; él era un joven soltero y tenía derecho a divertirse. Amadeo, como padre, parecía un aprendiz y se comportaba peor que su hijo. “Olvidar” era una palabra excelente que debía sumarla a las tantas que conocía. Aquella niña, atrevida y fantasiosa, no era más que eso: una simple muchacha que soñaba con príncipes azules. Debía verla así, muy joven, igual que Nieves. Tal vez, buscaba protección de padre. Se notaba que la dejaban sola y desprotegida, y eso en la época estaba mal visto.

¿Para qué pensar tanto? ¿Para recrear escenas no vividas, pero deseadas?

Amadeo, todavía guapo, era un hombre serio y casado, con una vida hecha y demasiado maduro para entablar una conversación con aquella jovencita frívola. ¿Conversación? Quizá, la “doncella” buscaba otra cosa, enredarlo con sus hilos y redes para tenerlo a sus pies, gozar de las

mieles del dinero, más todavía, y sentir la satisfacción de que le había arrebatado el compañero a una señora intocable y refinada. Seguro se reiría de él más tarde cuando se cansara de jugar a ser “la otra” y quisiera ocupar el primer lugar. Allí volarían por los aires las composturas y don Amadeo sería una marioneta de las circunstancias adversas: uno más en la multitud.

“... y aunque
la noche pase y yo te tenga
y no”.

Mario Benedetti

11-MARIE ÉMILIE TAVERNIER

Tomasa seguía llorando por los rincones. No sabía qué le pasaba. Era un sentimiento que no podía dominar por más esfuerzo que pusiera cada mañana. El día se le iba en un soplo y cuando reaccionaba ya era de noche y se tenía que ir a dormir. La rutina le resultaba pesada.

–Pronto será primavera –le decían y le causaba más llanto. Es que cumplía los años y no le gustaba.

Doña Emilia entró a la cocina donde Tomasa preparaba el desayuno.

–Necesito las explicaciones que no me diste anoche porque pusiste un millón de excusas. Vamos, Tomasa, que te conozco mucho.

–Yo no sé nada, no me mortifique.

–¡Sabes! ¿Qué viste? ¡Mi esposo se fue con esa loca!

–Sí.

–¿Y qué? ¡Contesta por el amor de Dios! Me va a dar un ataque sino me dices la verdad. ¿Acaso defiendes a esa intrusa?

–No. Bueno... la vi en el primer piso buscando algo.

–¡A mi esposo!

–Eso lo dice usted, yo no sé. La saqué rápido y le grité de todo.

–Muy bien. Sólo que mi esposo luego se fue con ella y yo no pude impedirlo. ¿Te das cuenta?

–No piense mal. Si regresó rápido, yo lo oí...

–Yo también.

Doña Emilia se debatía frente a los acontecimientos y sus sospechas. Genoveva del Campo era una amenaza para cualquier mujer y ahora le tocaba a ella. Jamás lo pensó. A veces, veía que sucedían situaciones similares en otras familias y se lamentaba por eso. Repudiaba a las mujeres como Genoveva que intentaban destruir hogares por diversión. ¿Quién iba a creer que una joven se iba a enamorar de un viejo de cincuenta? Por dinero, sí. En realidad no era amor

sino la búsqueda de otra escala social, más dinero y más poder.

–Qué desgracia, uno es una buena mujer y tienen que aparecer estas entrometidas que arruinan hogares, que buscan cualquier cosa menos la armonía de la familia. Si lo tienen todo: juventud, oportunidades, y en este caso hasta posición social y los hombre jóvenes que quiera. Inescrupulosa, malnacida... ¡Dios mío! Me voy a enfermar. Ahora seguro que va al hospital a buscarlo allá –comentó doña Emilia atosigada de tantas conjeturas y suposiciones.

–No se atormente tanto y deje que pase el tiempo. Anoche solamente la acompañó como lo haría un caballero. El señor Amadeo siempre fue un hombre severo con las conductas ajenas. No creo que ahora piense diferente –agregó Tomasa sirviendo la taza de café para Conrado que acababa de levantarse.

–¿Pasa algo? Estoy medio dormido todavía –se rio–, no me gusta mucho hablar cuando recién me levanto, pero si hay novedades cuenten que yo puedo dar soluciones.

–Nada. ¿Y Nieves?

–Fue a misa –dijo Tomasa.

–¿Sola?

–No, con Rufina Cambacéres, la hija del doctor Eugenio Cambacéres, quien falleció hace un tiempo.

–No sabía que eran amigas –dijo doña Emilia dudando y miró a Conrado, quien parecía estar al margen de los comentarios bostezando cada dos minutos.

Doña Emilia se levantó y se fue. La sacaba de su eje verlo tan despreocupado mientras ella se retorció entre millones de problemas. La edad le daba todas las libertades para que las usara a su gusto, eso su madre tenía que entenderlo y ser más flexible. Su educación quedaba antigua frente al tiempo que se llevaba las leyes obsoletas. Lo peor para ella eran la infamias que iban de la mano de Genoveva, y su hijo con esa frivolidad no hacía más que alimentar las miradas nefastas de esa clase de “señoritas”, aunque no lo dijera y aunque no supiera nada de los deslices de la intrusa.

–¿Cómo te sientes, Tomasa?

–Mal, niño, pero no me moleste con médicos. Se lo pido, por favor.

–Está bien, ya hablaremos. Te quiero mucho. No lo olvides.

La abuela Águeda, madre de Emilia, le pidió a Ada, la mujer que la cuidaba, ese día que la acompañara al cementerio porque era el cumpleaños de su difunto esposo.

–Bueno, pero tengo que comprar las flores.

–No te preocupes –dijo la abuela–. Yo tengo algo mejor para llevarle a mi querido.

–¿Y qué puede ser mejor que un ramo de claveles o de rosas? ¿Qué le parece?

–No.

La abuela se fue al cuarto apoyada en sus dos bastones a arreglarse: un vestido nuevo color malva, sombrero con pluma de pavo real, joyas de oro y labios color rojo. Ella desde niña había sido muy coqueta y esa cualidad no la perdió nunca. Ni siquiera cuando dio a luz a su hija

Emilia. En aquella oportunidad, se llevó como diez camisones para cambiarlos a lo largo del día y espejos, pinturas y polvos faciales. La cuna de la niña llevaba sábanas de seda bordadas con galones de terciopelo rosa, moños y cintas de raso. La habitación del Hospital de Mujeres olía a rosas que inundaban, con su perfume, los rincones porque su esposo le había traído tantos ramos que tuvieron que dejarlos en la puerta.

–¡Dentro no! –gritaban las monjitas –. Le pueden hacer mal a la criatura.

–¡Dentro sí! –ordenaba Águeda.

Esas excentricidades a ella la hacían feliz y el esposo quería tenerla alegre a su lado porque la amaba y le daba los gustos, por más que fueran rarezas.

–¿No es una princesa? –decía Águeda–. La llamaremos Emilia en honor a Marie Émilie Tavernier, una mujer caritativa que cuidó a miles de pobres por compasión.

–Me gusta, cariño –dijo el esposo sin contradecirla en lo más mínimo.

Así se llevaron toda la vida y eso doña Águeda lo extrañaba muchísimo. El vacío que le había dejado su esposo no lo llenaba con nada, ni su hija ni sus nietos.

–Los hijos siempre se van. El esposo se queda –solía decir, pero él también había partido.

Antes de llamar al coche para que las llevara al bendito cementerio, a aquella tumba que parecía una casa más, Águeda fue al aparador y buscó un paquete.

–Recoge una silla –le dijo a Ada.

–¿Una silla?

–¡No me contradigas, niña!

El cochero al ver lo que traían, lo tomó y lo subió delante para que no molestara en la parte donde iban sentadas. Ada llevaba el paquete y pensaba dónde había conseguido Águeda aquello que estaba envuelto porque parecía ser de algún negocio. Tanto misterio y tanta astucia por parte de la anciana para confundirla y engañarla. No podía creerlo si ella no se movía de su lado y además caminaba con bastón. No podía ir muy lejos. Ir al cementerio le costaba toda una tarde.

El viento ululaba por aquellos caminos de tierra y el polvo se levantaba en tornaditos que parecían llevarse las almas. Los pájaros con sus trinos buscaban albergue entre los mausoleos añosos para alegrar un poco la eternidad no querida de quienes habían tenido que aceptar los designios de la vida con la muerte pisándole los atavíos. Era inaceptable tener que hablarle a los mármoles y a las fotografías que miraban desde su presente anclado a quienes habían seguido caminando por decisión de Dios.

Ada abrió el portón de hierro que no dejó de lamentarse ante los empujones. Estaba oxidado y parecía llorar su falta de atención, cuando los muros se hallaban pintados de blanco. El cochero tuvo la amabilidad de bajar la silla.

–Vaya y vuelva dentro de cuatro horas –le ordenó la abuela.

–¡No! –dijo Ada–. No –volvió a exclamar por lo bajo. Espere acá, es un rato. Yo la convenzo; mire si nos vamos a quedar cuatro horas en la soledad de este camposanto y con el frío que hace.

–Bueno, cualquier cosa que necesite me avisa.

La abuela Águeda, frente al panteón de su amado, puso la silla y se sentó a hablarle.

–Hoy cumples años... ¿verdad? Te traje este pastel de limón como te gustaba tanto. Lo compartiremos porque tú me has dado todo y ahora yo te lo debo. Te amo, sabes...

“La muerte es una vida vivida.

La vida es una muerte que viene.”

Jorge L. Borges

12-ANTIGUO HANSEN

Conrado había quedado fascinado con la salida de la noche anterior.

El Antiguo Hansen era un café que de día funcionaba como un restaurante al que acudían familias que paseaban por el parque y que iban a comer al patio de baldosas blancas y negras, bajo las pérgolas, envueltos en el aroma a glicinas y de las madreselvas que adornaban el sitio; también acudían visitantes que sólo querían tomar cerveza.

De noche, el mismo café se llenaba de malevos, gaviones y algún que otro “niño bien” que desafiaba a los padres y a su círculo social. A veces, se armaban peleas que terminaban en tiros y puñaladas. Se tocaba el tango, aunque decían que no se bailaba porque estaba prohibido. Sin embargo, algunos lo hacían en las glorietas.

En el escritorio-biblioteca Conrado se dispersaba de los estudios pensando en ese lugar diferente que le cambiaba la visión de la existencia acartonada que llevaba. Pensaba que era la hora de los cambios y que la sociedad debía evolucionar. No todos los sitios tenían que ser iguales sino que lo mejor era poder elegir.

“Si me viera papá no me dejaría salir más a la calle, creo que me pondría cadenas en los pies”, pensó con una sonrisa. Sabía que regresaría porque se había quedado con el asombro del primer día y la curiosidad del segundo.

“¿Y el tango? ¡Qué baile raro! Parece demasiado reo para mi gusto, áspero, poco sutil. No creo que se ponga de moda en los lugares elegantes. Permanecerá en las sombras como lo que es un retazo de un Buenos Aires para personas sin clase. Quedará en la marginalidad”.

El tango nació a orillas del Río de la Plata en las ciudades portuarias de Buenos Aires, Argentina y Montevideo, Uruguay a fines del 1800. El primero se llamó “Mi noche triste” y fue un tango-canción con letra argumental criolla y ciudadana que marcó una etapa trascendental de la música popular.

La palabra “tango” viene del latín “tangere” que significa tocar, que llega de una letra africana que quiere decir “lugar de encuentro”. Primeramente fue usada para designar lugares

donde se intercambiaban esclavos y después pasó a designar sitios donde se juntaban los negros a bailar. Que es el nombre de una tribu africana.

Es un género que se involucra con la danza, la música, la poesía y el canto. Expresa una manera de concebir el mundo, nutriendo el imaginario de los habitantes de las grandes capitales del Río de la Plata.

En el Antiguo Hansen comenzó la era del tango: el café que conocieron Conrado y Fermín. Fue fundado en 1870 por el alemán Juan Hansen en la avenida de Las Palmeras, en el barrio de Palermo, en Buenos Aires. En 1892 Hansen falleció y el bar continuó abierto, pasó a manos de Anselmo Tarana.

En las primeras horas se daba el desayuno a los niños, a media mañana leche y yema batida para jinetes y ciclistas. A la tarde merienda y aperitivo. Al anochecer se cenaba y más tarde los amantes del tango llegaban para disfrutar de esa música; sin embargo, no se bailaba porque estaba prohibido.

Un lugar que despertaba la atención de muchas personas, sobre todo de hombres que querían salir de la rutina aburrida y disfrutar de una velada relajada y divertida. Así lo vio Conrado que estaba ávido de aventuras, no tanto Fermín que era más serio y que a esa altura ya no podía cambiar. Le gustaba salir para olvidarse un poco del silencio y de los retos de doña Juana, de un futuro inexistente y de los días que se le escapaban sin sorpresas. Conrado tenía obligaciones que cumplir más las demandas de los padres, la novia solitaria que esperaba y hasta Tomasa que necesitaba abrazos. Buscar problemas en el Antiguo Hansen era lo último que se le podía ocurrir, pero él, movido por el ardiente deseo de experiencias nuevas, estaba dispuesto a correr por las noches en su busca. Quizá, podía encontrar a la mujer misteriosa, aunque era una dama intocable, de esas que aparecen sólo en sueños. Acaso no era real y la imaginaba entre espejos como la amante que venía a rescatarlo para que conociera lo que era en verdad el amor, la pasión, el encuentro, el roce, los latidos, un silencio que hablaba con las manos y las miradas.

Nieves Uriarte estaba guardando su vestido de la tertulia del día anterior cuando notó algo en el bolsillo. Un papel. Era la carta de Andrés Rosas, la que le había dejado cuando fue a buscar a Elena, su prima. Como era casi imposible entablar una conversación o decir dos palabras al menos, a él se le había ocurrido la idea de dejarle una esquila.

Nieves supuso que se trataba de un mensaje de Andrés y abrió la carta doblada como diez veces hasta quedar en un cuadrado pequeño:

Nieves quisiera hablarle, pero no tengo cómo hacerlo ya que la veo siempre acompañada. Disculpe mi atrevimiento, pero desde que la conocí no puedo dejar de pensar en usted. Si le pasa lo mismo la espero en el Parque Lezama el sábado a las cuatro de la tarde.

Andrés.

Nieves rompió el papel por temor a que lo encontrara su madre y se sentó absorta y desorientada en la cama, luego fue al espejo y se peinó. Tenía otro brillo en los ojos. Le gustaba Andrés Rosas; era un hombre demasiado educado, formal e inteligente. No lo conocía mucho, pero al ver sus gestos, la amabilidad, los saludos, la paz que transmitía... Todas esas cualidades eran suficientes para que quisiera darle una oportunidad. Lo conoció en la ópera como primo de

Elena y le pareció guapo. Sólo que en ese momento debía ser discreta porque don Amadeo era tan astuto que, ante cualquier desliz de su parte, podría darse cuenta. Igual la sospecha ya circulaba.

Le encantaba el Parque Lezama, lo había visitado en verano con sus amigas “las damitas”, pero ahora no podía ir sola. No la dejarían salir. ¿Qué excusa iba a poner? ¿A quién buscaría de cómplice?

“Ya sé, a Tomasa”, pensó.

Bajó rápidamente las escaleras para ir a comentarlo con la criada, pero se encontró con su madre.

—¿Y Tomasa?

—Fue a la panadería. ¿Para qué la buscas? —preguntó doña Emilia con un hilo de voz. Se la veía demacrada, temblorosa y triste.

—¿Le pasa algo, madre?

—No. ¿Qué me puede pasar a mí? Si estoy cada vez más vieja y arrugada, si no tengo más actividades solidarias y ya ni salgo a la ópera. ¡Qué me puede pasar! ¡Si no significo nada para nadie! —gritó y se sostuvo de la pared.

—¡Tomasa!

La criada acababa de entrar y dejó los paquetes en el piso porque doña Emilia se había desmayado. Trataron de reanimarla con alcohol y luego la sentaron junto a la ventana porque siempre le faltaba el aire. Los nervios la traicionaban; todo le tocaba emocionalmente el alma, el corazón que no quería andar como debía, y las frustraciones la doblegaban.

Tomasa no era buena compañía porque no podía con ella misma.

Hay que estar bien para ayudar a otro.

—Doñita, no se ponga así que me parte el corazón. Mire que yo soy blanda y me duelen demasiado las lágrimas de otro. Si lloran yo también lloro. Soy como los niños.

—Ay, negrita. Tú estás hecha de amor.

—No me diga así que me emociono.

La cocina parecía un velatorio y Nieves veía frustrada su salida con Andrés. Justo ahora. Sentía furia con doña Emilia porque desde sus egoísmos le estaba cortando las alas. Ella no sabía nada de la carta, pero ya intervenía para negarlo todo, de manera indirecta, con las armas que tenía y con sus propias carencias.

Doña Emilia siempre el centro; la mujer débil que reclamaba atención porque era débil de salud, porque tenía una madre anciana que dependía de ella, porque el esposo le hablaba poco y no se preocupaba por aquello que le faltaba: sus urgencias, sus desvelos, la rutina y el aburrimiento.

—¿La acompaño a recostarse? —le dijo Tomasa y la llevó a la habitación.

—Después tengo que hablar contigo.

—Sí, niña Nieves.

Don Amadeo volvió al mediodía para almorzar. Se lo veía serio y preocupado.

–Estoy atrasada con la comida –dijo Tomasa–. Es que la señora Emilia no está bien.

–¿Qué tiene?

–Se desmayó.

–Lo de siempre –agregó don Amadeo y se fue al escritorio.

*“Hoy, en mitad de su vida,
me he parado a meditar...
¡Juventud nunca vivida
quién te volverá a soñar!”*

Antonio Machado

13-RUFINA CAMBACÉRES

Blas y Belia Aldao conversaban en el patio de invierno que daba a la calleja estrecha; los vecinos humildes solían mirar por las ventanas para ver si llegaba algún benefactor de turno. Los perros ladraban a los vendedores de pescado buscando algo para comer.

Andrés Rosas venía caminando por la vereda, sabía que muchos ojos lo juzgaban desde sus ventanucos descoloridos. Antes de entrar, escuchó las voces de sus tíos. Él quería contarles que había invitado a dar un paseo a Nieves Uriarte porque necesitaba una palabra de estímulo, una opinión. Con los padres no podía hablar porque estaban muy ancianos y solamente pensaban en las pastillas que tomaban a diario y los castigos del frío, luego en la humedad y más tarde en las alergias.

–Hicimos mal en no decírselo en un primer momento.

–Sí, ahora ya es tarde.

–Pobre, hija.

Andrés Rosas se detuvo al escuchar la charla.

–Tu hermana se calló todos estos años. Es un gran mérito.

–Igual yo les tengo miedo –agregó Belia.

Los vendedores gritaban ofreciendo su mercadería y la gente iba detrás junto con los perros y los niños. Andrés aprovechó y se escondió entre la multitud para volver a su casa. Lo que había escuchado no le gustaba nada.

¿Cuántos secretos tenía que ocultar? La salida de Conrado, los misterios de Blas y Belia e inclusive la complicidad de sus padres. Estaba cansado de tanto guerrear con la política que si bien él la tomaba como un servicio, otros especulaban con los cargos reclamando más rédito económico. Andrés quería irse al sur, pero necesitaba hacerlo acompañado por Nieves. La amaba y no la dejaría por nada ni por nadie. Debía luchar por ese cariño aunque tuviera que enfrentarse a don Amadeo, quien era el más temible.

–Madre... ¿usted cree que debo seguir esperando a Conrado? Yo no quiero dejarlo

porque tiene demasiadas cualidades y seguro que le sobran mujeres, pero hasta cuándo voy a soportar tantas humillaciones.

–Vamos para adentro porque acá los vecinos “paran la oreja” –le respondió Belia que se hallaba en el patio de invierno sentada meditando. Don Blas se había ido a la cooperativa de cereales a ver los precios y las cotizaciones en el mercado.

–Yo, como madre, te diría que lo sigas esperando. Otro como él no vas a encontrar. Distráete con la ópera y con las costuras, el tiempo pasa rápido. Si Conrado te humilla, que no creo porque es un caballero, tú no reaccionas. Por el momento.

–Es que me ofende con sus silencios, con las salidas de noche, con la indiferencia cuando voy a la casa. El otro día cuando fui a la tertulia... ¿Por qué me fue a buscar Andrés? Conrado tendría que haberme traído a la casa. Él es mi novio. ¿Me entiende? ¿Dónde estaba Conrado? De fiesta por ahí, quién sabe dónde... ¿Acaso no podemos pensar que tiene otra mujer?

–No creo.

–Mire que hay mujeres que se prestan para que los hombres las usen...digamos. Son fáciles y ellos quedan envueltos en sus redes. No creo que se enamoren, pero es un riesgo.

–Don Amadeo jamás permitiría eso, mi querida.

–Sí, pero casarse con alguien que sólo piensa en otra debe ser muy triste. No sé si lo soportaría. Creo que moriría de dolor.

–¿Por qué te adelantas? No pensemos en esas posibilidades porque él es un joven inteligente y no se dejaría arrastrar por esas mujeres de “mal vivir”. Su familia no lo permitiría.

–El amor es más fuerte que las apariencias, que la mirada de los otros, porque se juega el futuro, la vida que es una sola –agregó Elena y se fue dejando a su madre Belia pensando en tantas cosas. Por la mirada de los otros ella se había callado y ahora estaba arrepentida, pero era tarde. Ése era un tema muy distinto que jamás debía salir a la luz porque sólo traería dolor y reproches, soledad y desconcierto.

–¡Sabes que Rufina Cambacéres nos invitó a la ópera! –gritó Elena desde el cuarto de costuras.

Eugenio Cambacéres murió de tuberculosis.

Rufina era hija de Eugenio y de Luisa Bacichi, bailarina italiana. La joven, muy refinada, acostumbraba a hablar en francés, se vestía con trajes color guinda, cuellos de Bruselas y tirabuzones dorados; era muy educada y discreta. Iba a reuniones con su padre donde reinaba el buen gusto en los salones; se servían chocolates y bizcochos en bandejas de plata. Cuando Rufina se aburría, salía a caminar por los parques donde descansaban perros tranquilos y viejos en medio de densas arboledas, fuentes y muros de hiedra. Las mujeres hablaban mal unas de otras, y sobre todo del padre de Rufina. Ella escuchaba y se estremecía. No podía creerlo. Se sentía acongojada y luego, por timidez, se ocultaba entre los jarrones chinos.

Aquellas damas despreciaban a su familia.

Cuando regresaban a la casa, el padre, don Eugenio, se daba cuenta de la tristeza de Rufina y se enojaba con la alta sociedad que frecuentaba porque sospechaba que sus amigos

pensaban igual que ellas. Eran unas brujas. Rufina nunca le diría nada, prefería guardar esos desplantes para no mortificar a su padre.

—Lástima que eres mujer; si fueras varón serías como yo fuerte: un hombre que sabe defenderse; en cambio tú eres débil de espíritu y de cuerpo más. Sólo conoces el amor y sus virtudes. Tendrás tus hijos que serán tu paz y tu bien. ¿Qué será de tu madre y de ti cuando yo me vaya?

—No digas más, papá. De eso no se habla.

Sin embargo, al poco tiempo don Eugenio falleció; se fue con su hermano Antonino a descansar para siempre en la bóveda familiar.

Tuvieron que ser fuertes y aprender a vivir sin él, tanto la madre como la hija. Les quedó la herencia: la quinta de la calle Montes de Oca, la estancia “El Quemado” y las cuentas bancarias, pero cuando iban a la iglesia vestidas de negro muchos de los fieles les negaban el saludo: los Somellera, los Llavallol, los Álzaga, los Elizalde...

A Rufina y a su madre le gustaba pasar los días enteros en “El Quemado” donde se entretenían en la soledad con los libros y los caballos.

—Tu padre fue un hombre bueno —siempre le decía, pero Rufina intuía que su madre era una mujer confiada, demasiado crédula y bondadosa.

Un día, por capricho del destino, Luisa conoció a un hombre que apareció de la nada a arrendarle los campos de “El Quemado”. Eran don Hipólito Yrigoyen quien llegaría a ser presidente de la nación.

Se enamoraron y permanecieron juntos hasta 1933: fallecimiento de Yrigoyen. Tuvieron un hijo Luis Hernán. Don Hipólito no se quiso casar; le gustaban demasiado todas las mujeres, tener hijos con ellas y sentir el placer de saber que su familia se agrandaba.

Rufina crecía en ese ambiente rodeada de hombres, de visitas y de aglomeraciones políticas, ya que don Hipólito pertenecía a la Unión Cívica Radical.

Luisa no quería que Rufina leyera los libros de su padre, pero ella los adoptó y se los llevó al medio del campo:

Las mujeres, querido señor Pablo, son el coche de los hombres. Vivir sin ellas es andar a pie... Las mujeres públicas, como los coches de plaza, tienen un movimiento infame...

Rufina no pudo seguir leyendo. Se estremeció en arrebatos de furia, se sentía impotente ante la palabra escrita de su padre. Ya no era una niña, había crecido y podía interpretar las líneas: quererlas o aborrecerlas.

En la casa, cuidaba a su hermano pequeño con dedicación y le reprochaba a su madre la falta de consideración, la indiferencia de don Hipólito. Rufina quería que se casaran, pero a él le gustaba la libertad.

—¡No necesito papeles! —gritaba Luisa ante su propia impotencia.

Sin embargo, Yrigoyen era generoso con la niña. Le hacía regalos como libros sobre la educación de las mujeres, la higiene y el progreso, y la trataba con amor paternal. Ella se ocultaba, tímida, vestida con sus faldas y zapatitos, cintas en el pelo y pechera de valencianas, porque se sentía observada por demasiada gente que parecía no conocer. Necesitaba ser libre de los corsé y de las ballenitas, vivir su propia existencia debajo del ombú con sus lecturas; no con

aquellas que pertenecían a su padre y que le producían rechazo sino con textos brillantes donde alguna magia le trajera los sueños por cumplir. Ya faltaba poco para su cumpleaños y debía vestirse de gala, como una reina, para ir al Teatro de la Ópera.

“¿Qué más le valemos a los hombres las mujeres como yo, un poco de cariño, de gratitud, de lástima? ¿Somos alguien por ventura?

Eugenio Cambacéres

14-EMILIA PAZ Y BUSTOS

Conrado y Fermín ya estaban listos para salir.

Se hallaban en el zaguán de la mansión de Fermín esperando que la enfermera llegara con la noticia de que doña Juana se había dormido, pero la buena señora la llamaba a cada rato por una cosa distinta y hasta lloraba.

Conrado se impacientaba y su amigo sentía culpa por dejarla sola; no podía oír su llanto. Sabía que eran caprichos de anciana, la soledad de los muros que la apretaban y ese vacío que sólo sienten los viejos cuando perciben que ya no le importan a nadie.

–Me voy solo –dijo Conrado ante las dudas de su compañero.

–No. Espera...

–Es que hace dos horas que estamos acá. Quizá, deberían darle una medicación para que se tranquilice. No sé, no quiero meterme con temas que son privados.

–Es que la toma. Creo...

–Otro día iremos juntos, hasta mañana –agregó Conrado y desapareció por la calle despoblada. Se sentía un poco incómodo, pero no le importaba ir solo. Ya era un hombre y no necesitaba compañía ni consejos de nadie. Algo extraño, parecido a la ansiedad corrosiva que intenta desestabilizar los cuerpos y las almas, lo estaba atropellando. Y él se entregaba cual discípulo a los abismos de las calles sucias y los pasillos negros, con gente bulliciosa y embriagada que buscaba placeres efímeros. Rostros con cicatrices de cuchillos y sombreros tapándole los ojos, hombres con códigos de arrabal y mujeres vulgares.

¿Para qué Conrado quería mezclarse con esa gente? ¿Tantos hubieran deseado la vida que él llevaba! Y Conrado la arrojaba a los desechos, no la valoraba y prefería la basura acumulada en palabras soeces. Quizá esas locas peleas de clases lo hicieran reaccionar. Estaba a tiempo de arrepentirse y de volver sobre sus pasos para reconocer que no valía la pena cruzar la reja, que de este lado se hallaba a salvo.

Demasiados coches iban y venían por la calle principal.

A Conrado le temblaban las piernas. Tal vez, le temía a algo o a alguien.

Ya la música se escuchaba de lejos entre el castañeteo de los cristales porque tomaban demasiado los concurrentes y había grupos de dos o de tres que se apoyaban en los ventanales que daban a los jardines de las estatuas.

La melodía principal era el tango, pero se escuchaban también polcas y milongas, y las mujeres y hombres se movían en las mesas, seguían el ritmo con los pies y los vasos. Estaba prohibido el baile.

Conrado se acercó y se colocó el sombrero de costado como un malevo más. Le gustaba interpretar ese papel y que nadie sospechara que se trataba de un joven de alta sociedad que pronto iba a recibirse de médico. Se acercó a un mostrador y pidió una caña que se tomó de un sorbo como hacían los valientes. Había algunos hombres de dudosa reputación que lo miraban raro y que hablaban entre ellos. Tal vez, notaban cierta anormalidad en su forma de ser que los confundía. Aquellos malevos se enojaban por nada y eran capaces de echarlo a empujones sino les agradaba la cara del “nuevo” como solían llamar a alguno que pisaba el café Hansen por primera vez.

Todo era humo; una niebla colosal que se colaba artera por los recodos de ese local y que nublaba hasta las ideas. Las mujeres miraban a Conrado con deseos de ir por él porque no lo conocían. Sin que se diera cuenta se vio rodeado de varias señoritas que intentaban seducirlo.

–Calma, señoras –dijo con cierto sarcasmo y queriendo mostrarse superior y lejano, sin intenciones de entablar amores clandestinos con aquellas damas prontas al deseo. Nunca había sentido esa sensación de acoso femenino en ningún lugar y eso le levantaba el ego, pero sabía bien que no quería enredos con ellas ni con algún caballero que se consideraba su dueño.

En un momento, mientras tomaba el último trago, vio entrar a la rubia de los sueños, la mujer fascinante que lo atormentaba con su recuerdo desde el día que la conoció en la ópera. Parecía altanera y se destacaba de las otras porque brillaba con aquel sombrero de plumas.

–Es ella. ¿Qué hace aquí?

La traía del brazo el mismo hombre que vio junto a ella en el teatro.

Doña Emilia estaba destrozada. Ya no vigilaba tanto a Conrado porque solamente le preocupaba su esposo, a quien notaba distante, y la culpa la tenía Genoveva del Campo.

–¿Mi hijo vino tarde anoche? –le preguntó a Tomasa que tenía un pañuelo en la mano–. ¿Estás resfriada?

–Es alergia –respondió la criada, pero había estado llorando–. Creo que volvió a las cinco.

–Como siempre.

–Sí, doña Emilia. ¿Cómo se siente después del desmayo?

–Mejor, pero débil. Sabes que cuando más problemas me hago peor me siento y aparece la arritmia nerviosa por cualquier contratiempo. Mejor me voy a la sala a tomar el té tranquila.

Nieves apareció rápidamente porque quería hablar con Tomasa por lo de la salida del sábado, pero siempre se hallaba con su madre interponiéndose de manera indirecta con sus propósitos. Es que parecía que el destino no quería ayudarla y le colocaba obstáculos todo el

tiempo.

–Niña, no me saludas. Buenos días –le dijo desde el sofá.

–Sí, madre, disculpe –respondió Nieves apurada porque quería aprovechar para sorprender a Tomasa y contarle un secreto–. Voy a tomar café.

En la cocina no había nadie.

La criada se hallaba por las glorietas del patio escondida para ocultar sus males, para que nadie la viera. El patio-jardín era tan grande que cualquiera podía perderse y hasta morir sin darse cuenta y sin ser hallado por días enteros.

–¡Tomasa! –gritó Nieves.

Ella no respondió. Quizá, había ido a hacer alguna compra. Los días le negaban la vida y la esperanza, el futuro y hasta el presente. No sabía cuál era su lugar y le dolía todo el cuerpo. ¿Estaba enferma? Era mejor morir a vivir así. Nieves no pensó que Tomasa estuviera oculta entre las madreselvas y entró a la casa. No sabía qué haría sino lograba ponerse de acuerdo con la criada. Las horas pasaban demasiado rápido.

Golpearon a la puerta. Doña Emilia, quien se encontraba tomando el té en la sala, llamó a la criada para que fuera a abrir la puerta.

–No está. Yo voy –dijo Nieves–. ¡Abuela Águeda!

La abuela estaba allí con una capota azul y blanca, un vestido de muselina y un abrigo de paño con botones dorados, dos valijas y los bastones. El chofer del coche la había ayudado con el peso de las maletas ya que ella, por la artrosis, mucho esfuerzo no podía hacer.

–¡Cómo no me vienen a ver, yo decidí tomarme esa molestia!

–¿Y esas valijas?

–Son mías porque vengo a quedarme.

–¿A vivir acá?

–Sí, ¿hay algún problema?

–¡No! ¡Por favor, abuela! ¡Pasa! –exclamó Nieves sin contradecirla–. ¡Madre, es la abuela Águeda que viene de vacaciones, digo de visita prolongada!

–¿Qué? – exclamó doña Emilia fuera de sí–. ¿Qué? ¡Ah, no! ¡Mamá, qué hace acá! ¿Y Ada no la vio salir? No, señora, no. Acá no se puede quedar. ¡Acá no!

–¡Qué mala eres, Emilia! ¡Con razón tu esposo no te quiere!

–¡Qué dice!

El ambiente tenso dejaba al descubierto las miserias humanas y colocaba a los viejos en el sitio de víctimas desprotegidas. Emilia no quería tener cerca la abuela Águeda, en un tiempo donde los ancianos eran respetados, arropados como niños y abrazados por todos sus nietos, pero Emilia la necesitaba lejos. No podía lidiar con sus berrinches ni con su forma arbitraria y, a veces, agresiva de decir las cosas.

–Esta mujer me va a matar –murmuró–. Voy a mandar a buscar a Ada para que te lleve a tu casa.

–No –exclamó la abuela y se puso a llorar.

—¡Cómo me manejas! ¡Eh! ¡Te gusta!

“Lo único que quería era entibiarme las manos y el corazón”

Ray Bradbury

15-AMADEO IRIARTE

Conrado bajó las escaleras al oír el alboroto.

–¡Abuela, qué gusto!

–Hijito. Acá tu madre me quiere echar. ¿Te das cuenta? Una pobre viejecita de “patitas” a la calle.

–Bueno, no exageres.

Conrado no tenía ganas de hablar con nadie después de haber estado en el Antiguo Hansen, y después de haber visto nada menos que a la mujer de sus sueños: la rubia inolvidable, la única, la mejor. Ella no lo conocía, tampoco lo vio porque él se ocultó entre la gente para estudiar el comportamiento del hombre que la acompañaba. Parecía el esposo, pero se comportaba de una manera posesiva, como si temiera que se la quitaran. Lo que no entendía Conrado era qué hacía en ese lugar aquella dama. Lo pensaba una y otra vez y no podía llegar a una conclusión veraz que le diera una señal. Estaba tan aturdido que la llegada de la abuela le parecía un detalle menor.

–¡Hijo! –gritó doña Emilia.

–Qué –respondió distraído.

–¿Qué te pasa que no oyes lo que tu madre te dice?

–Perdona, es que estaba pensando en los exámenes. Tengo tanto para estudiar. Deja a la abuela que yo después la acompaño a la casa.

–Tú no entiendes nada. Mamá se vino a vivir acá. ¿No ves las valijas o eres ciego?

–Ah, y bueno. ¿Qué problema hay? La casa es enorme.

–Gracias, hijito –dijo la abuela Águeda y se instaló en el sillón.

La residencia era un caos y todavía no había llegado don Amadeo de las consultas.

–Tu padre pondrá “el grito en el cielo”.

–Convéncelo –contestó Conrado y se fue a estudiar al escritorio.

Doña Emilia y la abuela Águeda se quedaron solas porque Nieves había desaparecido y Tomasa no daba señales de vida. Era inútil atender los reclamos de una anciana demandante cuando la hija, Emilia, tenía que pensar en la amante probable de su esposo, en sus problemas coronarios, en el hijo que no se recibía nunca de médico y que se escapaba por las noches a arriesgar la vida.

Llegó don Amadeo a almorzar y vio a la suegra instalada en el sillón.

–¿Cómo le va, doña? ¡Qué sorpresa por acá!

–No vine de visita. Tengo una familia y vivo sola y triste como un perro. Creo que no merezco, después de todo lo generosa que he sido, que me hagan a un lado. Si tuviera esposo sería otra cosa, pero el pobrecito falleció.

–No quisiste venir a la casa cuando murió papá.

–¡Era joven! Creo que ya te lo dije... ¡No recuerdas! ¡Eres sorda!

–Está bien. Basta de discusiones. Ya veremos qué haremos con la abuela.

–¡No soy un paquete! –gritó otra vez Águeda.

La hacían sentir una intrusa llena de culpas.

–Es la hora del almuerzo. Tengo que salir enseguida.

Doña Emilia le clavó la mirada al escuchar esas palabras “salir de nuevo” a la hora de la siesta. ¿Dónde? Lo raro era cómo lo dijo: por lo bajo y murmurando. Don Amadeo se mostraba disperso, aburrido con su familia, sin interés por preguntar sobre los estudios de Conrado o sobre los problemas de Emilia.

–¡Tomasa trae un vino! –gritó, pero nadie apareció. Fue a la cocina que se hallaba desierta y limpia. Nadie había preparado el almuerzo. Tomasa no se encontraba allí-. ¿Dónde está Tomasa?

–¿Y dónde va a estar? Cocinando o limpiando.

–No. Ha desaparecido –exclamó preocupado don Amadeo-. Lo que ocurre es que nadie la tiene en cuenta y tú eres parte de ese problema. Debiste ser más afectuosa con ella. Vamos a tener serios problemas sino aparece...

–Yo siempre tengo la culpa de todo –dijo doña Emilia agobiada por tantos reclamos -. Debe tener la comida en el horno.

–¡No, mujer, no!

Fermín no quería que su madre le arruinase la salida otra vez y fue a ver si en la mesa de noche tenía las pastillas para dormir. Doña Juana estaba descansando en su hora de siesta; a Fermín mucho no le gustaba que durmiera tanto porque después de noche permanecía despierta hasta tarde y se le hacía dificultosa la salida. Abrió el cajón y encontró varias cajas de medicinas. Una, la de los tranquilizantes, estaba abierta y comprobó que no había tomado ninguna; estaban las cien pastillas que decía la caja.

“Esto quiere decir que la enfermera de la noche no se la da, por eso llora y reclama. Justo

en el momento que Conrado y yo tenemos que salir, ella se transforma y me deja con la culpa y obligado a quedarme porque soy demasiado blando y no puedo escuchar sus lamentos, los reproches; me siento culpable del vacío que siente y de su soledad. Tendré que hablar seriamente con la enfermera de la noche”, pensó Fermín en el comedor después de haber revisado los cajones en el dormitorio de Juana.

Para Fermín la vida no significaba mucho.

Lo único que rescataba era la salida de la noche y eso también se lo querían quitar. El egoísmo más absurdo puede llegar a ser devastador. ¿Por qué? Él no merecía esa existencia estéril, pero debía caminar su destino como pudiera, con las energías que sumaba a la mañana y que repartía durante el día, sin sorpresas ni esperanzas.

¡Algunos tenían tanto y otros nada!

No quería ser un resentido; ese sentimiento era de una bajeza enorme. La humildad era su baluarte y pese a sus días grises, debía rescatar lo bueno de las jornadas cuando iba a casa de Conrado, cuando se juntaba con los hacendados en las reuniones de la rural o cuando salían de ronda con el amigo entrañable. Todavía no sabía nada sobre la rubia hechicera; en la noche Conrado seguramente se lo contaría para luego debatirse entre conjeturas sobre su origen, su identidad, y otras muchas preguntas sin respuestas. Le gustaban los enigmas porque le llenaban los huecos de intrigas. A la vida había que pelearla para sentirla. La apatía era la enemiga atroz y había que matarla a fuego lento.

Genoveva del Campo pasó en una calesa por delante de la mansión de don Amadeo y dio vuelta la cuadra. El cochero era su chofer y hacía lo que ella le pedía; estaba a su entera disposición. Se paró en una esquina, luego en otra, porque quería verlo salir para intentar un acercamiento. Ya se le había ocurrido en el hospital, pero era muy evidente que la verían llegar y no tendría excusas para justificar su desatino. Llevaba a Soki en los brazos: un perrito pequeño y peludo con un collar dorado. Ya habían dado varias vueltas; el sol trepaba los árboles y mostraba toda la calidez de un día hermoso casi primaveral. Entre plumas y cánticos, los sueños de Genoveva eran demasiado pretensiosos. Llegó a una calle angosta que daba por detrás del enorme patio donde había una puerta de hierro labrado.

–¡Para, por favor! –le gritó al cochero.

Allí, en el piso, se hallaba una mujer. Estaba dormida o desmayada. Tal vez, muerta. Dejó a Soki en el asiento y se bajó rápido. Era Tomasa que había salido por aquel portón a la calle y se hallaba sin conocimiento junto a los hierros.

Genoveva la reconoció enseguida; había tenido un crudo enfrentamiento con ella el día de la tertulia.

–¡Tomasa! –le gritó.

La criada apenas se movía, pero estaba viva.

Genoveva, aprovechando la situación que le venía bien, entró al patio y corrió hacia la casa. Abrió la puerta de la cocina y se encontró, de repente, con don Amadeo que intentaba almorzar algo de lo que había quedado de la noche anterior.

–Perdón –dijo Genoveva porque no esperaba verlo así de súbito.

–¡Qué es esto! –exclamó don Amadeo.

–Venga que Tomasa está muerta, venga –le ordenó y lo agarró del brazo. Alcanzó a ver la escena doña Emilia que abrió la puerta de la cocina imprevistamente.

–¡Dios!

“La tristeza es también un tipo de defensa”.

Ivo Andric

16-ADA, la cuidadora

Genoveva del campo llevaba de la mano, a las corridas, entre las plantas de naranjas y de pomelo a don Amadeo, aprovechando la situación, para auxiliar a Tomasa. Cuando llegaron al lugar, el chofer de Genoveva la había sentado y el perrito lanudo revoloteaba alrededor.

–¡Tomasa! –le gritó don Amadeo y la sacudió un poco para que reaccionara–. Hay que llevarla al hospital.

La subieron entre los tres al coche de Genoveva y fueron hacia el hospital donde trabajaba don Amadeo, era el director. La entraron por la guardia y la derivaron a una sala donde le darían los primeros auxilios.

–Puedes volver a tu casa.

–No. Me quedo con usted –exclamó ella y lo miró de una forma que Amadeo, casi rendido a sus pies, tuvo que bajar la vista. La joven podía ser su hija.

–Es que me tengo que ocupar de Tomasa; soy médico y ella es mi empleada. Regresa, por favor, y gracias por haberla encontrado. No sé qué hubiera pasado si tú no hubieras aparecido por la parte trasera de la casa.

–Gracias a usted –dijo por lo bajo Genoveva y le besó muy suavemente la mejilla cerca de los labios.

Don Amadeo sintió que un escalofrío lo dejaba paralizado y miró a su alrededor; temía que alguien hubiera visto la escena, pero los enfermeros y médicos pasaban de largo. Eso lo tranquilizó.

–Parece que hubiera tomado algo. Una sobredosis de algún relajante o unas pastillas para dormir. ¿No sabe si se quiso suicidar?

–No, por Dios. ¡Qué dice! Mire si Tomasa se va a querer suicidar –exclamó don Amadeo como retando al médico de guardia. En realidad, él no sabía nada sobre los sentimientos y las carencias afectivas de la criada. Le parecía que con tener trabajo ya debía ser feliz. ¿Qué sueños podría tener una sirvienta? Amadeo no podía ser más cruel. ¿Qué se podía esperar?

Doña Emilia seguía parada en la puerta de la cocina mirando el vacío con los ojos llenos de lágrimas. Había visto a Genoveva escapar con Amadeo y ella pensaba que era para siempre, que su esposo la había abandonado por una chiquilla maleducada. Era la hora del almuerzo y Conrado y Nieves se hallaban conversando con la abuela Águeda en el living. Esperaban que Tomasa los llamara a la mesa, pero las horas pasaban. Doña Emilia se asomó llorosa y dijo:

–No hay comida. Tomasa no está.

–¿Todavía no apareció? –preguntó Nieves–. Hay que avisarle a papá.

–¡No! –gritó Emilia–. Él ya fue a buscarla. Seguramente, traerá alguna noticia dentro de unas horas –comentó sin tener idea de lo que estaba diciendo como para salir del paso. Ella pensaba que Amadeo, en un raptó de amor, se había fugado con Genoveva, y del destino de Tomasa no le importaba.

–Prepararé café –comentó Nieves.

Al rato, volvió con una bandeja, tazas y dos platos con unos pastelitos de dulce y galletitas.

–No hay comida y ya es tarde para preparar. Podemos tomar algo mientras...

–Acá hay más problemas que en mi propia casa. ¡Esto parece un velatorio! ¡Es una simple criada! ¡No sé por qué están tan acongojados! Seguro que se fue con un hombre –agregó la abuela Águeda sin filtros, como todos los ancianos que dicen, sin tapujos, lo que piensan, sin preocuparse por si lastiman o no o si es correcto o un despropósito.

–Mamá, usted sólo empeora las cosas.

Golpearon a la puerta con el aldabón y todos se sobresaltaron. Nieves fue corriendo a atender. Era Ada, la empleada de la abuela, quien venía a contar que la anciana se había escapado y que no podía encontrarla.

–¿Qué hace acá? –dijo cuando la vio instalada tranquila tomando café.

–¿Acaso no puedo venir a ver a los míos?

–Sí, pero nunca sale sola. ¿Qué van a decir? ¿Qué la culpa es mía que la descuidé? Ay, doña. Usted me va a matar del disgusto.

–No se mortifique, Ada –agregó Conrado–. La conocemos mucho y también sabemos de lo que es capaz la abuela. No llore. Todo se va a arreglar.

–¡De lo que soy capaz! ¡Qué falta de respeto!

–No puedo creer que Rufina Cambacéres las haya invitado a la ópera.

–Sí, es para su cumpleaños, pero falta todavía. Dicen que se está confeccionando un vestido de gala, aunque ella es una chica humilde. No le importa el dinero.

–Le guste o no lo tiene y heredado. Eso no debe molestarle a nadie. Cada uno lleva sobre sí la carga de su destino –exclamó Belia justificando las leyes de la existencia y los mandatos de los antecesores–. Uno nace en una familia y debe ser fiel al amor que ha recibido devolviendo ese mismo cariño.

–Nunca me contaste cómo fueron los nueve meses de gestación y por qué no tuviste más

hijos.

–Normal. No tuve más hijos porque tú naciste con fórceps y yo sufrí mucho y jamás pude olvidar ese momento –agregó Belia incómoda y queriendo escapar de la conversación.

–¿Qué son los fórceps?

–Unas tijeras. Bueno basta de hablar de ese tema que me trae recuerdos tristes porque tú casi mueres asfixiada. No, no quiero recordar –exclamó Belia al borde del llanto, y se fue al cuarto mientras Elena se quedaba cosiendo unas piedritas en el vestido que iba a llevar el día del cumpleaños de Rufina.

Andrés apareció como siempre para buscar noticias sobre Nieves.

–Me asustas cuando vienes por atrás. ¿Por qué no golpeas adelante?

–¿Y ustedes por qué dejan las puertas abiertas? Algún día los va a sorprender un ladrón.

–No. Por favor. Ni lo digas.

A Andrés le gustaba hacer enojar a Elena; siempre le hacía bromas y le decía que Conrado no merecía tener una novia tan buena y hermosa, tanto por dentro como por fuera. Elena le parecía humilde, soñadora, bondadosa y paciente: un ángel. Conrado, por el contrario, la humillaba con sus silencios, con el abandono y con aquellas salidas comprometedoras a lugares indecentes. Él lo sabía.

–¿Cuándo te vas a buscar un novio de verdad? ¿Eh? ¡Prima! ¡Contesta!

–¡No te metas! ¡Primo! Y tú... ¿Por qué persigues amores imposibles?

–¿Lo dices por Nieves?

–¿Y por quién sino?

–No es imposible. Ya lo verás. ¿No sabes nada de ella? Vengo por si hay noticias. La política me absorbe demasiado, pero siempre guardo un lugar para mis queridos tíos. Me podrían invitar a cenar los sábados cuando van todos a la casa de los Iriarte.

–Eso no, mi querido. A Nieves le toca esa parte de la historia.

–El sábado te cuento... –exclamó Andrés entre risas y se fue por la puerta de atrás haciendo muecas graciosas.

La vida le sonreía al futuro intendente.

Quería irse al sur casado con Nieves Iriarte, pero no sabía si eso iba a ser posible. Lo veía lejano a pesar de que se tomaba la vida con humor. Estaba enamorado y esa circunstancia lo llevaba a vivir en una burbuja. No se reconocía, pero entendía que valía la pena la lucha porque Nieves era una mujer maravillosa. No podía dejarla ir. Debía apurarse antes de que su padre le buscara esposo.

El sábado por la tarde le hablaría sobre los sentimientos y sobre sus proyectos. La amaba y la respetaba. Quería lo mejor para ella y para eso debía esforzarse. Nieves estaba acostumbrada a vivir bien. Él, por el momento, no tenía dinero. La fortuna le pertenecía a sus padres que todavía la administraban; se enojaban cuando alguien quería tomar el mando de sus propiedades porque los consideraban ancianos.

–¡Mientras yo viva soy el dueño!

Eso Andrés lo tenía bien claro y jamás se le hubiera ocurrido pasar por encima de la

voluntad de sus progenitores. Los quería y los respetaba demasiado. Ellos eran medio fríos con él, pero Andrés sólo les daba amor y del bueno porque lo merecían. Tampoco tenía hermanos, igual que Elena, pero para él nunca había sido un problema. Le llenaba el alma su vida interior: proyectos, vocación y esperanza. Era juguetón y lo transmitía en esa chispa que alegraba tanto a su madre que parecía una niña cuando le hacía bromas.

–Loco –le decía y Andrés la abrazaba y la levantaba en el aire.

*“El corazón de una madre es un abismo profundo
en cuyo fondo siempre encontrarás el perdón”*

Honoré de Balzac

17-HOSPITAL RIVADAVIA

A las dos horas volvió don Amadeo del hospital Rivadavia.

No había nadie en la sala.

Doña Emilia, con el llanto ahogado en un grito, se había ido a recostar a la habitación, Nieves lo mismo, Conrado salió con los libros debajo del brazo y la abuela Águeda, después de tantas súplicas, la habían ubicado en un cuarto grande donde también tendría que acomodarse Ada, porque la anciana necesitaba cuidados que nadie estaba dispuesto a darle. Ceder la libertad, nunca.

Don Amadeo dio una vuelta por la cocina buscando una taza de té.

–¿Y Tomasa, papá? Dijo mamá que saliste a buscarla.

–¿Y ella cómo sabe eso?

–Porque te vio.

A don Amadeo le tembló la voz. No podía creer que Emilia hubiera visto cuando él iba, junto con Genoveva, en busca de Tomasa. Si fuera así, sería el fin. La ruina del matrimonio y de la familia. Él no podría soportarlo y Emilia moriría de dolor.

–Está recuperándose en el hospital, ya mañana estará acá de vuelta. Tomó algo que la dejó desvanecida al fondo del patio, entre las plantas frutales y la salida.

–¿Y quién la encontró?

–Yo. Fui a dar una vuelta para mirar la huerta y la encontré en el suelo casi inconsciente –mintió–. La subí a un carruaje y la llevé para que la vieran en el hospital. Era lo más seguro.

–Pobre Tomasa. Debe estar mal y no lo dice. Con el miedo que le tiene a los médicos.

–Eso es una tontería. Hay que buscar una cocinera.

–Está Ada, la asistente de la abuela, que se quedó con ella. Tal vez, pueda ayudar.

–Sí, claro. Háblale, así ya se va preparando para la noche.

Don Amadeo subió la escalera y pensó en golpear la puerta en el cuarto de Emilia, pero se contuvo. Sentía culpa. Si ella lo había visto no podría justificar la presencia de Genoveva en el patio y arrebatadora fuga. Contar la verdad no era tan verosímil como parecía. Y menos a los

ojos de Emilia que desconfiaba de su misma sombra. De todas maneras, tendría que enfrentarla en algún momento.

Se fue caminando despacio, lentamente para no hacer ruido.

–¡Volviste! –escuchó por la espalda–. Creí que te habías marchado para siempre. ¡No! Nada que digas justifica la escena que vi con mis propios ojos.

–No sé qué viste.

–Te haces el inocente. Los hombres son todos iguales y las mujeres de esta época debemos ser ciegas y mudas para conservar, frente a la mirada de la sociedad, un matrimonio que no existe, un amor que murió hace mucho, un respeto que desapareció por culpa de una mujer fácil que se entromete en lo más sagrado de la familia.

–No conozco ninguna mujer fácil.

–¡Sí! Genoveva del Campo. ¡No lo niegues! Los vi huir por detrás de la fuente rumbo a la calleja de tierra. ¡Los vi!

–Es cierto, pero me vino a decir que Tomasa se hallaba muerta frente al portón. Tuve que ir por ella. ¿Acaso sabes dónde está la criada?

–No.

–En el hospital Rivadavia. La rescatamos y la llevamos en un carruaje. Hablé con los médicos y aquí estoy de vuelta, mujer. ¿Algo más?

–¡Qué cínico eres! No me engañas más. Y Genoveva del Campo... ¿Qué hacía por la calle de tierra?

–Se fue enseguida... ¿Qué hacía? No sé. Menos mal que la vio, pobre Tomasa.

–Pobre Tomasa, pobre Tomasa. ¡Hipócrita!

Emilia bajó los escalones sin mirarlo y se encontró con Nieves que llevaba una nota a Ada para que comprara alimentos para la noche.

–¿Por qué gritaban tanto?

–Son cosas de adultos. Tomasa está internada y vendrá mañana.

Nieves, a punto de llorar, se fue a darle el recado a Ada. Se esfumaba el encuentro amoroso con Andrés el sábado por la tarde en el parque Lezama.

Tomasa miró el techo de aquel lugar desconocido.

Una cama de hierro dura con un colchón usado y viejo, una mesita de noche de latón pintada de celeste, otra cama similar al lado vacía. Le habían puesto una bata. ¿Quién? ¿Dónde estaba? ¿Y su ropa?

Por un pasillo algo sombrío circulaba gente que hablaba en voz alta. No conocía a nadie. Afuera se oía el viento y parecía ser de tarde porque entraba algo de luz por la ventana cuyo postigón se hallaba un poco abierto. Quiso mirar, pero sólo vio una pared pintada de blanco. Se oían ladridos y cantaban los teros. ¿Qué le había pasado? ¿Ésa no era su casa? Le dio frío.

“¿Y mi ropa? ¿Quién me trajo aquí? Esto parece una cárcel o un lugar para enfermos mentales. Nadie me acompaña. Ingratos. ¿Y mamá? Debe estar muerta. El día parece noche en este antro donde he caído o me han traído para castigarme. Quizá, hace años que vivo acá y es un orfanato. Soy una mujer sin familia que, de niña, nadie quiso adoptar”, pensó Tomasa confundida se despertó después de que le hicieran un lavaje de estómago porque había tomado demasiadas pastillas para olvidar.

–¿Quiere un té con galletitas? –le preguntó la enfermera.

–Bueno. ¿Quién soy? –le contestó con ansiedad.

–No sé. Acá la trajo el doctor Iriarte que es el director y dejó sólo su nombre: Tomasa.

–¡Qué feo nombre!

–No diga eso. Es bonito. Aparte el nombre es lindo o feo según quien lo lleve y usted parece ser una señora muy dulce.

–Gracias. ¿Señora? ¿Soy señora? –preguntó, pero la enfermera ya se había ido a la cocina.

Tomasa se levantó con la bata que parecía un chaleco de fuerza y fue hacia el ropero empotrado en la pared. Lo abrió y allí había ropa. Se la puso, le quedaba bien. Se calzó unas zapatillas con unos calcetines. Luego se asomó al pasillo. La gente iba y venía y ni la miraba. Al fondo donde entraban los enfermos o accidentados, en la guardia, la puerta se hallaba abierta. Tomasa, mirando para atrás, por si aparecía la enfermera, salió a la calle por la abertura de luz. Al encontrarse sola y a la intemperie, sintió una especie de liberación; como si hubiera estado guardada en una cueva diez años. Veía todo diferente; los carruajes con caballos, las residencias y sus balcones resucitando del invierno, las mujeres vestidas con trajes y sombreros lujosos, plumas y terciopelos, carteras con brillos y peinados armados. No sabía dónde estaba y cuál era su casa. Lo único que conservaba era su nombre, el que la mujer le dijo: Tomasa. Ella no iba vestida igual que aquellas damas; tal vez, era pobre. ¿Y su familia?

Acaso hubiera sido mejor que se quedara en aquella prisión hasta que apareciera el director que dijeron que la había llevado allí. No podía esperar, ese sitio la ahogaba. Si por lo menos le hubiera traído algún recuerdo, pero su cabeza parecía no tener nada dentro. No había rastros, no escuchaba voces, ni se acordaba de algún nombre. ¿Tendría hijos?

Caminaba como ebria por aquellas avenidas sin rumbo fijo. ¿Dónde iría a parar? Tal vez, alguien la reconociera. Tenía esa remota ilusión. Se acercó a la puerta de una tienda enorme donde un mendigo tapado con un diario pedía monedas y tenía unos panes que le habían dejado por caridad. Ella se sentó al lado del hombre y él le obsequió un pan.

–Gracias. Es muy amable. ¿Usted no tiene familiares? –le preguntó.

–Sí, pero no les importa nada de mí. Estoy viejo y soy un estorbo. ¿Y usted?

–Yo también soy un estorbo; me internaron en un lugar para locos, pero yo estoy bien. ¡Qué desgraciada que es la gente! Por eso me escapé. ¿Quién aguanta estar rodeada de locos?

–No, nadie. Es preferible estar durmiendo en la calle.

–Sí, claro.

–¿Y ahora que va hacer? Porque la soledad es dura. No es fácil sobrevivir, más si es mujer. Los hombres resistimos y no nos tienen en cuenta, pero la mujer es otra cosa.

–Yo soy tan fea, don. Soy invisible.

“No sólo las plumas bonitas hacen bello a un pájaro”.

Esopo

18-LA DAMA DISTINGUIDA

Conrado pensaba en la posibilidad de que Fermín, otra vez, no pudiera salir por culpa de la madre. No sabía qué hacer. Volver a su casa era lo mejor ya que Tomasa había desaparecido y debía ayudar, pero también necesitaba contarle a Fermín que había encontrado a la mujer de su vida. ¡Y era tan importante! El futuro se dibujaba de muchos colores ante ese espejo de luz. Desde esa perspectiva él parecía otro y no se reconocía, pero era feliz como nunca antes. El hombre que la acompañaba no significaba nada para Conrado.

–Hola, amigo.

–Qué suerte que viniste. No sabía qué hacer –dijo Fermín–. Mi madre al parecer no tomaba sus pastillas, o no se las daban, por eso no se dormía a la hora de nuestras salidas. Prometo que no va a pasar otra vez. ¿Quieres café?

–Sí, claro. Tengo algo alucinante para contarte. Encontré a la mujer hermosa, la de la ópera.

–¿Dónde?

–El otro día, cuando tú no pudiste salir, yo me fui solo al café Hansen y estaba allí. No sabes. Era la mujer más bella que conocí en mi vida. Yo creo que no es real.

–¿Y qué hacía esa dama en ese lugar? No creo que sea apropiado para una señora tan distinguida –agregó Fermín desconcertado.

–Yo también pensé lo mismo. Iba acompañada del mismo hombre con cara de fósil. ¿Cómo puede estar con un ser así, sin clase ni modales?

–Ella es extraña por lo que cuentas.

Bajo ese hermetismo de capilla se concentraban las dudas y los amigos parecían títeres de una realidad fantasma. ¿Podrían salir de ese laberinto o se embarrarían hasta los huesos? ¿La dama era real? ¿La conocían?

Cuando llegó la hora de salir, Fermín fue personalmente a ver si la enfermera de turno le

había dado la pastilla para dormir a doña Juana. Se asomó despacio y vio a su madre recostada de un lado en un sueño profundo.

–Me voy –le dijo a la empleada.

–Está bien.

Conrado y Fermín partieron en un carruaje que encontraron parado en una esquina esperando pasajeros. La fuerza del destino los empujaba hacia los hallazgos más impredecibles. Estar en la cuerda floja traía adrenalina y Conrado se sentía más vivo que nunca. El corazón le palpitaba, no sólo rápido sino dando golpes porque le sacudía el pecho y la garganta. Nunca antes había experimentado tal emoción y consideraba esa dicha como un regalo. Fermín era su complemento. Hasta en eso su amigo lo superaba. Lo de Fermín era ya no tener suerte.

De lejos, vieron las luces del bar y de algunos carruajes bajar gente y alejarse luego entre las sombras de aquellas calles poco iluminadas, pero rodeadas de misterios y de sorpresas. Los gatos callejeros se colaban en busca de comida para enredarse luego en peleas oportunas como las que sucedían dentro del local.

Conrado, en el fondo, pensaba que aquella mujer podría no asistir a la velada esa noche. Era una posibilidad. Tal vez, fue a conocer el ambiente porque, evidentemente, no era un sitio para ella. Bajo su débil pensamiento se amparaban los deseos antagónicos porque, por momentos, se dejaba llevar por la lógica y por otros por la aventura, el desvarío total, las ganas de vivir experiencias nuevas.

Conrado entró detrás de Fermín adaptando la postura de malevo extraviado por algún deseo de venganza. La gente se hallaba feliz escuchando la música y tomando bebidas alcohólicas; los hombres miraban con recelo a “los nuevos” con imperiosos deseos de echarlos por la fuerza. Parecían competir. Así eran los compadritos, no sabían reconocer el garbo y la caballerosidad. Quizá, envidiaban a aquellos que no pertenecían a su círculo y los menospreciaban con miradas austeras o dándoles la espalda, murmurando, o intentando buscar peleas de la nada misma.

Conrado y Fermín se sentaron junto a una mesita pequeña y pidieron una ginebra.

Al rato, apareció ella.

–¡Mira, Fermín, mira!

Ambos se quedaron obnubilados ante la belleza sublime de la dama que parecía triste, acongojada, pero majestuosa.

–Es un ángel o un demonio –agregó Fermín por lo bajo.

Sábado por la mañana.

Nieves, angustiada, iba de un lado a otro del cuarto. Sabía que se había frustrado su encuentro con Andrés porque Tomasa, quien ella suponía que iba a acompañarla, estaba internada. Y por más que le dieran el alta tendría que descansar ese día y hasta una semana entera. A Ada no le podía pedir nada porque se había hecho cargo de la cocina y tenía que atender también a la abuela Águeda.

Le quedaba Elena, pero... ¿cómo se comunicaba con ella? Si lo hacía a través de

Conrado él mismo no la dejaría ir. En eso se parecía a don Amadeo, era muy rígido al hablar de valores y de ética.

No sólo hay que ser bueno sino parecerlo.

Nieves se hallaba acorralada y sufría. Esa jaula de oro era peor que la esclavitud. Bajo ese techo no podría volar nunca porque varios ojos la estaban mirando día y noche. Era la “niña bien” y como tal debía comportarse. Desde esos conceptos hasta otros más rígidos, que la sepultaban, estaba destinada a casarse con algún amigo millonario que su padre le presentara. ¡Y era tan egoísta!

Se secó las lágrimas y fue a la sala.

La casa se hallaba silenciosa.

Don Amadeo los sábados también iba al hospital Rivadavia a ver a los internados que se hallaban bajo sus órdenes y Tomasa era una de ellas. Si hubiera estado de vuelta ya tendría las ventanas abiertas para ventilar desde temprano y los pisos relucientes con olor a cera de pino, los postigones corridos y las compras hechas, pero faltaba su andar melancólico, su risa débil y el abrazo de mamá buena. La extrañaba tanto.

–¿Y tú qué haces levantada tan temprano? –le preguntó doña Emilia, algo demacrada por los disgustos, que venía desde la cocina como siempre.

–No dormí bien y me desperté muchas veces.

–Igual que yo, pero bueno... Yo soy una mujer grande.

–¿Ada preparó algo?

–Sí. Tiene listo el desayuno, pero te lo debes servir tú porque ella está ocupada con mamá. Qué ocurrencia venir a complicarnos la vida. Menos mal que dentro de todo está Ada – exclamó doña Emilia dejando a Águeda como la “semilla de la discordia”.

Conrado los sábados se levantaba tarde porque la noche anterior había sido demasiado ajetreada y además en esa jornada venían a cenar los suegros. Debía juntar energía para fingir, colocarse la máscara de actor y derrochar sonrisas y alegría para que nadie se diera cuenta del esfuerzo que tenía que hacer sábado tras sábado, sin llegar a una conclusión.

Blas y Belia esperaban ansiosos la noticia que no llegaba nunca y ya se estaban cansado de esas veladas aburridas. Habían pensado, después de meditarlo mucho, que no irían más a cenar y que de ahora en más todo lo dejaban en manos de los enamorados. Estaban dispuestos a aceptar lo bueno y hasta lo malo porque el hilo se estaba por cortar: los encuentros eran silenciosos, no había entusiasmo de ninguna de las partes, Tomasa no quería cocinar, la parejita parecía distante y fría, obligada a un acuerdo de mayores que no miraban los sentimientos auténticos sino los arreglos que convenían a ambos sectores. Podría no haber estado tan mal e incorrecto, pero todo llegaba a un límite sospechado y evidente.

Don Amadeo entró a la casa preocupado y se sentó en el living.

–Viniste temprano, papá.

–Tomasa se escapó del hospital. Nadie la vio irse. Lo debe haber hecho por la puerta de la cocina o por la que está al fondo, en la guardia. Dicen las enfermeras que no sabía quién era, no recordaba su nombre, ni su casa, ni dónde ir. Evidentemente, esas pastillas para dormir mezcladas con los licores que solía tomar le afectaron la memoria. Quizá, pueda ser temporal o

no. ¿Dónde fue? No sé. Estará perdida por las calles. ¡Qué irresponsabilidad la nuestra! Tendremos que llamar a la policía para que la busquen. Es lo mínimo.

“No tememos a la muerte, tememos que nadie note nuestra ausencia; que desaparezcamos sin dejar rastro”.

Thomas S. Eliot

19-PARQUE LEZAMA

Tomasa había pasado la noche en el alero de una casa con dos panes y un diario que le había regalado el vagabundo con el que estuvo conversando la tarde anterior. Cuando vio la luz del sol, se levantó y comenzó a vagar por aquellas veredas cálidas, próximas a la primavera. Se sentía algo mareada; todavía no estaba en condiciones de andar sola, y haberse escapado del hospital había sido una mala idea. ¡Ella qué sabía! Ni siquiera se acordaba del nombre. Tomasa no le decía nada y el doctor Iriarte menos, aunque ya había olvidado el apellido.

—doctor, doctor... —murmuraba.

Caminaba a los tumbos; las losas levantadas de las aceras por las raíces de los árboles la hacían tropezar. ¿Dónde iba? A ningún lugar. Don Amadeo ya había avisado a la policía para que rastrearán la zona.

La depresión la había llevado a provocar ese desenlace.

El milagro era que estuviera viva porque la mezcla de alcohol con ciertos barbitúricos en ocasiones produce muerte cerebral. Nadie, salvo Conrado, había reparado en su falta de energía, en su desinterés por la vida. Era una criada y ya tenía demasiada suerte de tener trabajo. Eso era suficiente; sin embargo, ella era sensible y arrastraba un pasado como todos, un pasado que nadie conocía y que le dolía mucho o miraba, con desilusión, un futuro gris. ¿Quién podía saberlo? Sólo ella, pero ahora ya lo había borrado de un plumazo con varias copas de licor de fresas y una

caja de pastillas.

Se apoyó en un árbol cuando se sintió cansada y una señora se acercó.

–¿Se siente bien?

–¿Qué?

–Le pregunto si necesita algo. ¿Está perdida?

–Sí, no sé dónde queda mi casa y tengo sed.

–Venga que yo le voy a dar una taza de café para que tome un poco de fuerzas y galletitas saladas. Venga, no tenga temor.

–Gracias.

Nieves miraba el reloj de péndulo en la pared principal.

Sábado, tres de la tarde.

Faltaba una hora para encontrarse con Andrés y ella no podría ir porque Tomasa no estaba y porque nadie la iba a acompañar. Imaginaba la escena: Andrés caminando, mirando a un lado y a otro entre las barandas de los bancos de cemento, las escalinatas, los jarrones ornamentales de mármol de la familia Lezama y toda la magia de un sitio encantador, esperando una hora o dos. Y luego la desilusión y la tristeza. El abandono.

Y ella, Nieves, consumiendo sus ansias de poder ser libre con las alas justas y necesarias y el sol como bandera. ¡Qué injusticia! Sentía el corazón apretado, y más le negaban salir peor era porque tenía ganas de cometer cualquier locura.

–Te veo rara. Ya sé estás preocupada por Tomasa –le dijo don Amadeo, quien esperaba noticias de los agentes de policía.

–Sí, por supuesto, la extraño.

–Ya la traerán, no debe estar lejos. Le llevará un tiempo la rehabilitación.

–Lo importante es que esté bien. ¿Y Conrado?

–No sé. Esta noche vienen los suegros.

–Cierto. Ada tendrá que preparar la comida. Ve a la cocina a darle instrucciones. Ella debe estar al tanto de lo que se come en esta casa cuando hay visitantes, sobre todo los sábados.

–Es que yo... –exclamó Nieves perturbada.

–Nada. ¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

–No, papá.

Doña Emilia pasó delante de Amadeo y no lo miró. Desde el día que discutieron por Genoveva del Campo no se hablaban. Ante tal circunstancia él permanecía callado porque decía que tenía razón y que la equivocada era doña Emilia. Ella odiaba a Genoveva y no iba a declinar su actitud porque la había visto arrastrar a su esposo hacia el fondo del patio.

–Voy a ir a comprar unas botellas de champagne –dijo Nieves con intenciones de salir.

–¡No, mejor voy yo! –agregó Conrado–. Tú no sabes de bebidas.

–Es la última vez que vamos a cenar a la casa de los Iriarte.

–¿Por qué me dejan sola?

–Yo creo que es un asunto de pareja –exclamó don Blas, cansado de parecer un títere todos los sábados por la noche. Se sentía de sobra en esa mesa donde todos y cada uno hacían planes diferentes mientras cenaban–. Cuando te cases será otra cosa, ahora esto parece una obra de teatro mal actuada.

Belia no quería herir a Elena, pero ya le había dado demasiados consejos. Si bien, en otra oportunidad, le dijo que lo siguiera esperando, la paciencia tiene un límite y desde ese límite se ven los espacios vacíos, el desaliento, las horas aburridas, el tiempo desaprovechado.

–Mamá, tú dijiste que lo siga esperando. ¿Recuerdas? Yo tenía mis dudas y tú me aclaraste el panorama.

–No sé qué decirte, hija. De momento, nosotros no iremos más a las cenas de los sábados por la noche. Nos sentimos extraños. Además, en esa casa pasan cosas que todos ocultan y el ambiente parece forzado. No los veo relajados y disfrutando de una velada amena. Más bien quieren, o se nota, que busquen que se termine rápido el encuentro para irse cada uno a sus ocupaciones. Especialmente, Conrado que se ve que desea huir.

–Me vas a hacer llorar.

–No, mi querida. Tú eso ya lo sabes. No es nada nuevo.

Elena se quedó pensativa.

Sabía bien que la relación con su novio no prosperaba y que, bajo ese panorama oscuro, no podía hacer planes de un futuro compartido, pero se negaba a dejarle el camino fácil a otra porque seguramente él tendría una fila de mujeres interminable a la vuelta de la esquina, en la Universidad y hasta en las salidas a las que nunca faltaba. A Elena se le terminaba la vida si se alejaba de Conrado y de su familia. Ellos eran todo y más. A pesar de su juventud, el hueco sin esas voces se agigantaba y la hundía en un lugar sin retorno. Acostumbrarse a no esperar los sábados, a dejar de lado el sueño de matrimonio, a mendigar amor... ¡Sí a mendigar!

Se quedó mirando el bello vestido color rosado que iba a lucir a la noche. Lo acarició como si fuera un traje de boda. Se le cayó una lágrima ¡Qué injusto era Conrado! ¡Qué pocos sentimientos que tenía! Tampoco quería que fingiera un amor que no sentía. Ella no era tonta y se daba cuenta, pero prefería seguir amarrada a esa ilusión a no tener ninguna.

Alguien tocó el aldabón.

Apareció Andrés con una cara de frustración próxima al llanto. Se quitó el sombrero y se sentó frente a ella con una actitud desolada. Estaba anocheciendo y las sombras, que se colaban por las ventanas, traían un arco iris de colores. Era la calidez del tiempo en contraposición al hielo de las almas. Desde esos ojos Elena pudo ver los interrogantes y siempre el amor no correspondido que golpeaba otras puertas y no las esperadas.

–¿Hablaste con Nieves?

–No fue. La esperé una hora, pero no apareció.

–Bueno, sabes que salir de esa casa es difícil. Tal vez le pasó algo –respondió Elena para darle ánimo a su primo a quien quería mucho. No estaba segura, pero creía que Nieves también sentía algo por él–. No te desespere. Tengo una idea.

A Andrés se le iluminaron los ojos. Volver a creer en menos de un minuto le devolvía los latidos a su pobre corazón. Entre tanto desasosiego, una luz podía rescatar algo de ilusión y Elena era más que una prima. No conocía otra persona más bondadosa que ella.

Andrés se fue para su casa con las primeras sombras.

Podía hilvanar frases, juntar retazos de un futuro en el sur, recibir esquelas amorosas, mirar a los ojos, creer en el amor: el único. Sabía que nunca tendría otro. El amor para toda la vida es uno solo. Su madre lo repetía hasta el cansancio pensando en su padre, aunque los tiempos habían cambiado y las parejas seguían unidas por compromiso, por los hijos, por tolerancia o acostumbamiento.

Él era un buen alumno y atesoraba para después aquellos consejos de unos seres que habían andado demasiados caminos.

“Un padre no es el que te da la vida, eso sería demasiado fácil, un padre es el que te da el amor.”

Denis Lord.

20-DOÑA JUANA

Buenos Aires alcanzaba en 1900 el millón de habitantes; en su periferia se distinguían algunas industrias rodeadas de núcleos urbanos obreros, así como poblaciones que habían surgido alrededor de antiguas estancias o pueblos coloniales.

Por esos años todavía no había autos, los turfmenaristocráticos concurrían a las carreras a la moda inglesa: galera y levita gris, gemelos de larga vista, dirigiendo un mail-coach tirado por soberbios juntas de caballos de raza. Iban en los mismos, bellas niñas y damas luciendo elegantes vestidos primaverales.

Tomasa se fue con aquella mujer, que no conocía, a tomar algo caliente. La casa era modesta y estaba protegida por una reja. Entraron por la puerta trasera a una pequeña cocina. Hacía frío. Ella le ofreció una silla y Tomasa se quedó mirando la vivienda pobre. Se sentía extraña como si recordara, muy remotamente, que hubiera vivido en otro lugar más confortable y cálido.

Le sirvió el café con unas galletitas saladas para levantar la energía y recobrar las fuerzas perdidas. Tomasa sentía el estómago vacío y eso le producía cierta inestabilidad.

—Tranquila, tómate tu tiempo. ¿Dónde vives?

—No sé. Me escapé de un lugar para enfermos mentales. Alguien me llevó allí.

—No parece que estuvieras loca, y perdona la franqueza.

—Por eso me escapé. Sólo que no recuerdo mi vida anterior.

La mujer la miró con detenimiento.

—Por la ropa que llevas parece que hubieras sido la criada de una familia rica. Digo... por el uniforme.

—¿Es un uniforme?

—Así parece.

Ada se había encargado de preparar una comida para esa noche de sábado que estuviera a la altura de las circunstancias. Tuvo que acudir a las viejas recetas de su abuela porque en la casa de doña Águeda siempre se comía cosas simples; estaban solas y no había mucho entusiasmo por sentarse a la mesa. Lo que más le gustaban a la abuela eran los dulces. Por eso Ada le preparaba la torta de tres colores: blanca, amarilla y chocolate, con coco rallado.

Águeda salió de la habitación arreglada como lo hacía siempre: collar de perlas, labios

rojos, rizos blancos marcados, sombrerito de terciopelo y guantes. Doña Elena, acongojada por la pelea con Amadeo, se había vestido como al descuido. No tenía ganas. Ahora podía comprender a Tomasa y su tristeza.

La depresión se vuelve una enemiga dentro del cuerpo y te empuja a no ser tú misma, te oscurece, te quita el futuro y la esperanza, te deja sin nadie...

—¿Cómo es que llevas un zapato de cada color? —le preguntó a Águeda cuando la vio sentada en el living esperando a las visitas.

—¿Qué zapato?

—¿Cómo qué zapato, mamá, por favor?

—Son iguales, los colores peltre que tanto me gustan...

—¡Uno es peltre, el otro marrón!

—¡No! ¡Siempre contradices a tu madre! ¡Qué difícil me haces la vida!

Doña Emilia no dijo nada. Otra preocupación se sumaba a su vida. Su madre empezaba a descender un peldaño más y la dejaba sola y grande.

Miró la mesa servida y le pareció una farsa.

Ada se hallaba melancólica. Ser sirvienta le traía tristeza, servir a los otros era una misión, y eso le provocaba una sensación de esclavitud. A Emilia le dio pena verla tan ajena. Nunca había mirado bien a Tomasa y sentía culpa. La extrañaba.

—Ada —se acercó y le preguntó —: ¿Alguna vez mi madre se puso un zapato de cada color?

—No. Siempre impecable. ¿Por qué?

—Mira...

La criada observó a Águeda, con las piernas cruzadas, y se dio cuenta de las manchas de la niebla: las que cubren la memoria.

Fermín comprobó que la enfermera de la noche lo había estado engañando.

La vio en la sala cuando llegó para cambiar el turno.

—Hoy doña Juana me tuvo a “las corridas” —dijo la de la tarde—. Me puse a hacer un postre y no paraba de llamarme; la tuve que traer a la cocina para que mirara cómo preparaba todo. Tú estás mejor porque a la noche le das una pastilla y se duerme.

—A veces no se la doy.

—¿Por qué? Es mejor así te puedes recostar tú también...

—Cosas mías. Algún día te contaré.

—Bueno, hasta mañana. ¡Qué trabajo espantoso! ¡Ni los domingos nos salvamos!

—Es la vida del pobre.

Fermín, desde el pasillo, escuchó la conversación. Les estaba pagando una fortuna a esas dos mujeres y no hacían bien el trabajo. Mejor hubiera sido que fueran monjas, pero estas principiantes no sabían nada.

“Así son. Después se quejan: qué los gobiernos, qué esto, qué lo otro... Desagradecidas, quieren vivir de arriba y tener todo servido. Mi abuelo luchó tanto para dejarme lo que tengo y murió joven, con las manos curtidas y la piel ajada por el sol. El trabajo era un sacerdocio y a él se debía todos los días, y hasta los domingos. Ahora se rebelan, se burlan de la mano tendida, de la solidaridad y de quien les da de comer”, pensó Fermín oculto entre las sombras, con el corazón apretado y el desconsuelo de ver la soledad como una injusticia, como el dolor hecho presencia. Le parecía que los otros eran felices y él era el único que padecía; sin embargo, muchos llevaban cruces demasiado pesadas, las cargaban sin una queja porque la resignación era el camino. Fermín se resistía a aceptar las reglas de un destino injusto.

“la vida te da y te quita”.

No quería ser un resentido, debía acostumbrarse a vivir sin esperar nada de la gente. Si llegaba algo bueno sería por añadidura. Esas mujeres, para él, eran traidoras.

–Buenas noches –lo saludó la enfermera cuando lo vio aparecer tras las cortinas. ¿Va a salir hoy?

–¿Por qué lo pregunta?

–Por nada. Simplemente quería saber. Cuando usted está en la casa me siento más segura. Hay tantos ladrones sueltos. Si entran acá no me voy a dar cuenta porque la casa es tan grande.

–Y si no se va a enterar, ¿por qué tiene miedo?

–Bueno, es una manera de decir. Puedo no darme cuenta o sufrir como una condenada. No sé, es inseguridad. ¿Me comprende?

–No es la primera vez que usted hace este trabajo. Creo...

–En una mansión así es la primera vez. Hay tantas cosas valiosas acá que si entra un ladrón se hace una fiesta.

–No hable así. Buenos Aires es segura de noche. A usted le gusta fantasear. Me retiro al escritorio. Hoy no voy a salir.

Fermín se fue y ella se sintió más tranquila. Le dio la pastilla a doña Juana y se puso a leer en el living.

De repente, comenzó a soplar un poco de viento que, con el paso de los minutos, se hizo más intenso. Los árboles chocaban endiablados contra el techo de tejas. Ella levantó la vista porque comenzó a oír ruidos que parecían venir desde dentro de la casa. Tembló. Se levantó y fue hacia la ventana. Las ramas se inclinaban con arrebato sobre las tapias. Nadie circulaba por las calles por temor a que volaran chapas o algún otro objeto, pero ella escuchó ruidos por las galerías.

De repente, una vela.

–¡Quién es! –gritó y extrajo de la chaqueta una faca.

–¡Soy yo! ¡No sea tonta! –exclamó Fermín–. ¿Y eso qué es?

–Nada –y escondió el cuchillo en el bolsillo del delantal.

Fermín alcanzó a ver lo que ocultaba...

–No me gusta que lleve eso encima. Qué no la vuelva a ver, se lo advierto.

–Usted no sabe nada.

–¡Si no le gusta se va!

“Quien vive temeroso nunca será libre”

Horacio

21-LA COCINERA

Conrado bajó con toda su elegancia como siempre.

Doña Emilia, sin paciencia, ya se hallaba sentada a la mesa y Águeda también. Don Amadeo salía comiendo desde la cocina. Estaban todos dispersos y ya no le quedaban modales ni seguían el protocolo. Tenía razón Belia y Blas. Era inútil seguir fingiendo.

La única que todavía no había aparecido era Nieves. Doña Emilia la fue a buscar porque se acercaba la hora de la cena y estaban por llegar los invitados.

—¿Qué ocurre?

—Nada. No quiero bajar, ni estar presente. Me pueden disculpar.

—Ah no, niña. Acá todos lo hacemos por tu hermano. Es un sacrificio que nos impone la sociedad y los principios. ¿Crees que yo quiero ver la cara de vinagre de Belia? Pues, no. Lo hago por Conrado y su futuro.

—¿Y el mío?

—Será con alguien que te merezca. ¡Vamos!

—No bajaré, madre.

Nieves, después del frustrado encuentro con Andrés, se hallaba demasiado castigada e impotente. Ya no le importaban los modales y las apariencias. Quería rebelarse ante las imposiciones pero, por momentos, se debilitaba y volvía a caer en la rutinaria escena de la risa.

—Tu padre te castigará.

—¡No me importa!

Nieves parecía otra: enojada, melancólica y aburrida. Los sábados a la noche habían llegado a su fin y eso ya lo sabían todos. Incluso Conrado, quien seguía con la farsa por Elena, su novia, que le daba lástima. Sin embargo, ella ya estaba de vuelta. Era demasiado madura, no la chiquilla tonta que imaginaba su novio.

Doña Emilia se hizo presente en el comedor sin haber podido convencer a Nieves. Es que estaba enojada con la vida. Todo era tan injusto, especialmente para las mujeres que debían someterse a la decisión de los padres. Ante esas leyes arbitrarias nadie se imponía, pero Nieves quería ser otra y transformarse. No sólo por ella misma sino también por sus amigas y las otras jóvenes que padecían iguales atropellos. Notaba que Conrado no quería a Elena y eran más que obvios los desplantes que le hacía; ella, por educación, lo soportaba sin decir una palabra, pero Nieves estaba segura de que la situación pronto se iba a terminar.

Llegaron los invitados rígidos como de yeso igual que los dueños de casa. Parecían haberse puesto de acuerdo. El hilo estaba por cortarse; sin embargo, Conrado mostraba su mejor

cara. Elena, vestida de color marfil, parecía una princesa, tan sutil y elegante, tan fina y educada. Enamorarse de ella resultaba fácil, pero no lo era para Conrado. Tampoco podía decir que no la quería. Era la más virtuosa de las damas para contraer matrimonio.

–Pasen... Les presento a mi señora madre, Águeda.

–Encantada –exclamó Belia observando los zapatos de dos colores que le llamaron la atención–. ¿Y Tomasa? –preguntó.

–Se está recuperando en el hospital. Tuvo una indisposición pasajera–agregó doña Emilia antes de que Amadeo dijera una verdad que era mejor ocultar.

–Parece que se levantó viento –dijo Blas–. Nos costó llegar.

–Esperemos que no llueva. ¿Por qué dejaron la puerta abierta?

–Es que la niña Elena me dijo que hay un joven afuera que quiere hablar con Nieves.

–¿Y quién es? –exclamó celoso don Amadeo que no soportaba jovencitos osados cerca de su hija.

–Mi primo Andrés Rosas. Yo lo invité, disculpen el atrevimiento.

–¡Qué pase! –gritó Conrado y lo fue a buscar sin el consentimiento de los padres.

Andrés se hallaba bajo el alero temblando de frío y de miedo.

Las ráfagas de viento le volaban el pelo y tuvo que quitarse el sombrero para no perderlo. Se encontraba en la antesala del infierno al que quería entrar de porfiado que era...

–¡Vamos, hombre!

Mientras Tomasa tomaba el café, la mujer fue encendiendo las farolas de la entrada y del alero que daba al patio. El cierzo había volado ramas y arrancado de raíz algunas plantas. Sonaba la reja delantera igual que un portón de camposanto. Parecían estar en medio del desierto, pero ya era de noche y con las sombras los huracanes de media tarde se iban escondiendo. De todas maneras, Tomasa en esas condiciones ¿dónde iba a ir?

–Me voy, doña –le dijo a la dueña de la casa.

–¿Dónde?

–No sé. No tengo lugar. Tal vez a una iglesia o en algún orfanato me quieran dar refugio.

–¿Tú no recuerdas quién te llevó a ese hospital?

–No, para nada.

–Mira, vamos a hacer una cosa. Esta noche te quedas acá y mañana yo te acompaño donde quieras ir. Sola no puedes andar por esas calles. Es como estar ciega. No tener rumbo debe parecerse a la nada misma: sin recuerdos, sin rostros queridos y sin nombre.

–Nombre sí. Me llamo Tomasa, parece...

–Quiero decir sin la identidad con todo lo que eso implica: casa, hijos, esposo, padres, una dirección donde ir, amigos, hermanos...

–No tengo nada de eso.

–Sí lo tienes, sólo que no lo recuerdas. Quizá de a poco vayan apareciendo imágenes en tu cabeza que le den luz al entendimiento.

Tomasa se quedó melancólica sentada a la mesa, mientras la mujer iba y venía cerrando las ventanas y puertas con doble llave. Se notaba que vivía sola en una casa humilde, pero con todo lo necesario para ser cómoda.

–¿Usted tiene esposo?

–Más o menos.

Tomasa se rio. El “más o menos” no le convencía demasiado.

–A veces, viene alguien y muchas otras estoy sola. No me mires así. La realidad de muchas mujeres, hoy en día, es distinta. No soy una dama distinguida. Quizá tú por esa ropa que llevas puesta servías en una mansión de aristocráticos porteños. Ellos mismos tal vez te busquen para que regreses. Si te llevaron a ese hospital debe haber sido por alguna dolencia, porque te sentiste mal y no porque estabas loca. ¿Por qué dices que ese lugar era para enfermos mentales?

–Porque me pusieron una bata blanca y me vigilaban todo el tiempo. Además yo no estaba lastimada ni me dolía el cuerpo.

–Pero habías perdido la memoria.

–Por eso me llevaron allí. Sin recuerdos habré dicho tonterías, y puede que haya sido agresiva. Sin saberlo, claro.

–No creo. Bueno, voy a preparar algo para cenar así después te vas a descansar. ¿Sí?

Tomasa se levantó de la silla, se acercó a aquella mujer y la abrazó con lágrimas en los ojos. Sentía afecto, algo que estaba segura que nunca había recibido. Desde la calidez del abrazo le llegó un sentimiento de protección y de ternura. Le dio paz. Bajo ese techo humilde, con alguien desconocido, pudo percibir que se podía creer todavía y que la solidaridad era un valor que muy poca gente conservaba. Los más ricos menos.

–No llores. Me da alegría ayudarte.

–Gracias.

La mujer se puso un delantal y comenzó a freír unos huevos.

–¿Le ayudo? –preguntó Tomasa y comenzó a utilizar los utensilios de cocina como si los conociera de toda la vida, y tanto fue que hizo y deshizo que la mujer la dejó sola y se sentó a contemplarla.

–¿Me dejas que te diga algo? Tú debes haber sido cocinera. No te ofendas, pero me parece que de eso no te has olvidado. El delantal dice muchas cosas y tus habilidades otras. ¿No te parece?

–Capaz.

–Yo creo que poco a poco vas a recordar quién eres y dónde está tu familia, si ellos no te encuentran antes porque te deben estar buscando como locos.

–No me recuerde esa palabra.

“Ríete hasta llorar.

Abraza sin preguntar por qué.”

Terri Guillemets

22-EL AMOR

Sentados a la mesa todos estaban tensos.

La abuela Águeda de vez en cuando soltaba una risa ingenua, de niña. Se hallaba feliz en familia como lo soñó siempre. Nieves, al enterarse por su madre que había llegado Andrés, se cambió y bajó del cuarto. Antes revolvió el ropero en busca de su mejor vestido, se arregló el pelo como pudo y con timidez, casi con culpa, se asomó cuando todos la esperaban en la sala. Faltaba ella, la que no quería venir a la reunión y la que daba por finalizada la tertulia de los sábados porque la consideraba una obra de teatro mal actuada.

—Perdón —dijo y se sentó en un hueco de la mesa mientras los demás la miraban en silencio. Eran realmente patéticos. Ya no se sabía para qué estaban allí y qué festejaban. Nieves, avergonzada, no comía y Andrés la miraba buscando respuestas a las tantas preguntas que se había hecho en la tarde.

¿Por qué había faltado a la cita?

¿No quería tener nada con él?

Le destrozaba el corazón pensar que podría rechazarlo; se había hecho demasiadas ilusiones. En la soledad de su cuarto, en ese universo tan suyo, había imaginado secuencias inmortales con la certeza de que llegarían, en algún momento, a cumplirse con la ayuda de Dios.

Mientras algunos hablaban y Nieves miraba el plato, Andrés, después de pensarlo mucho, se levantó de la mesa.

—Disculpen, buenas noches —dijo y se fue rumbo al zaguán a buscar el sombrero y el abrigo. Se sentía un intruso. No estaba bien que él hubiera aceptado la idea de Elena. Ella no era la esposa de Conrado.

—¡No! —exclamó Nieves y fue tras él.

—¡Niña! —gritó don Amadeo—. ¡Compostura!

–Por favor, Andrés. No se vaya. Se lo pido yo. Esta tarde no pude ir porque no tenía quien me acompañe. Me iba a escapar, pero justo apareció mi padre. Con él acá, en la casa, no se puede ni respirar. Le juro, quédese...

–Fue un error haber aceptado la idea de Elena. Yo no soy nadie.

–Es mi amigo.

–Sabe que no... La amo, Nieves.

–Pero, por favor, Andrés. Mire qué horrible que está la noche con ese viento que no quiere parar. ¿Ahora se va a ir? Tenemos que comer el postre y tomar el café de sobremesa. Vamos, hombre –exclamó Conrado, quien apareció justo en el momento en el que Andrés le estaba hablando a Nieves de su amor.

Ella se quedó mirándolo en silencio. No escuchaba las palabras de su hermano. Ciega y sorda, se entregaba a un sentimiento que había alimentado en su alma ya desde algún tiempo. No podía creer que fuera tan maravilloso escuchar esas palabras “la amo”. Se sentía afortunada, bella y completa. Nieves estaba enamorada de Andrés y no podía ocultarlo.

En el living-comedor mientras todos conversaban, ellos se acercaron a una ventana para alejarse un poco, mientras Ada les traía un trozo de tarta y una taza de café.

–Qué noche horrible.

–Para mí es maravillosa –respondió Nieves.

Él la miró con tanto amor que tuvo que dejar la taza sobre una mesita porque de la emoción le temblaban las manos. La noche parecía día; se precipitaban los latidos en un ir y venir de abrazos que no podían darse, de miradas tiernas cuando el cariño sana y abriga. Ese lenguaje no necesitaba palabras y se arrobaba con el solo mirar. Las simples cosas eran tan únicas que abarcaban todo y más. Nieves se dio cuenta de que Andrés era su mitad entera.

–¿Me ama? –le preguntó.

–Demasiado.

–Andrés, usted no me conoce...

–No hace falta.

–¡Qué pasa acá! ¡Hay un secreto que yo no sé! –dijo Conrado otra vez interrumpiendo el encuentro. Él no tenía una relación así con Elena. No le despertaba esos sentimientos tan auténticos y puros. Conrado necesitaba interrumpir para olvidarse un poco de su propio vacío, para desterrar los celos de no poder sentir algo parecido, para no correr detrás de la otra. La mujer sin edad que parecía esperarlo, pero que pertenecía a otro hombre.

–Nos vamos –anunció Elena.

Doña Emilia había averiguado la dirección de la casa de Genoveva del Campo.

Quería hacerle una visita para poner los puntos en su lugar. Aquella mujer no iba a arruinar su matrimonio.

Era domingo por la tarde y don Amadeo había salido. Había ido al Jockey Club con sus amigos.

La temperatura, casi primaveral, invitaba a dar una vuelta, y se veían los carruajes abiertos con niños y jóvenes disfrutando de la jornada. Esas imágenes le recordaban a ella misma cuando paseaba con Conrado y con Nieves de pequeños. A Amadeo nunca le gustaba compartir esas salidas, entonces lo hacía sola. No sola, no... con Tomasa. ¡Qué triste era la vida sin Tomasa! Doña Emilia no la había valorado lo suficiente y ahora la extrañaba el doble. Necesitaba tener a alguien con quien compartir sus secretos, pero no estaba tan segura si hubiera podido contarle con detalle lo de Genoveva, aunque la criada algo sabía.

Una plaza hermosa llena de árboles y globos se hallaba frente a una biblioteca por un lado y por el otro se veía, en primer plano, la casa, una residencia antigua, la de los del Campo. Se sentó en un banco y observó los movimientos de los moradores: una mujer con cofia regaba las plantas, un hombre joven se subió a una galera que lo esperaba. Temía ver a Amadeo entrar o salir. Eso la derrumbaría por completo, pero si estaba allí era porque se arriesgaba a todo.

Genoveva era una mujer más grande que Nieves. No se trataba de una jovencita ingenua necesitada de amor y con deseos de casarse. Ella buscaba otra cosa y era demasiado astuta. La odiaba. Es que no podía competir con esa bella mujer; parecía la hija de Amadeo, pero para los hombres esos detalles no importaban. Bajo ese manto de hipocresías se manejaban a la vista de la sociedad porque los riesgos pasaban a segundo plano: la pasión era lo primero. Y así andaban por la vida, derribando mitos, en la búsqueda consciente del placer aunque fuera efímero y quedara manchado para siempre. El presente valía la pena.

Doña Emilia tomó aire fresco que le devolvió las ganas de la juventud cuando era bella y estaba de novia con el hombre que sus padres habían elegido para ella. Emilia no amaba a Amadeo. Nunca lo quiso. Es decir, lo quería a su manera, no con ese amor apasionado que se supone ardiente. Eran amigos y compañeros. Así también lo sentía él, por eso la presencia de Genoveva lo había alterado al extremo de olvidar los principios inculcados por su familia desde tiempos inmemoriales, desde la infancia.

Emilia se distrajo porque en una casa con rejas en el frente entraba una mujer que se parecía a Tomasa. No llevaba el uniforme, pero su pelo al viento y su caminar pausado y melancólico le recordaban a la querida Tomasa. Podía ser... ¿Por qué no? La policía que era quien la iba a buscar no dio señales, por lo tanto la criada no podía estar lejos.

“Tendría que ir hasta la media cuadra o hasta la vivienda con enrejados para averiguar, pero si me voy capaz que me pierdo la entrada o la salida de Amadeo. No, por favor. Qué Dios no quiera. Moriría la verlo o iría derecho a arrancarle los ojos a Genoveva del Campo. Más hipócrita y aventurera no hay. Me quedaré acá hasta que la vea entrar porque quiero decirle unas cuantas cosas que llevo dentro desde hace bastante tiempo. A mí no me engañan contando lo de Tomasa y el hospital, el rescate y toda esa fábula. Se creen que soy tonta y me subestiman. Así hacen muchos con la gente: inventan para convencer a los ingenuos, pero los vivos, los que dudamos de todo, a esos sí que no nos engañan porque ya estamos de vuelta de la vida, de las mentiras y de las injusticias”, pensó Emilia mientras no dejaba de mirar en dirección a la residencia de Genoveva. Lo único que pedía es que no se hiciera de noche porque se tendría que ir. Las sombras nocturnas suelen ser reveladoras, pero ya era demasiado para ella. Las horas se iban con las risas, la infancia que no sabía de laberintos y de encrucijadas, y el sol más cálido que otras veces igual la obligaba a abrigarse con un mantón español porque ese aire demasiado fresco la podía enfermar.

Cuando ya se estaba por ir sin haber visto lo que esperaba, un carruaje llegó y bajó

Genoveva con un niño que tendría tres años. Lo levantó en sus brazos y lo llevó apurada dentro de la casa.

“Los adultos no soportan las sorpresas a no ser que se les prometa de antemano que van a querer poseerlas”.

William Faulkner

23-MARGOT

Fermín y Conrado se preparaban para salir esa noche.

–¿Y si vamos a otro bar? –preguntó Fermín.

–¿Qué te pasa, amigo? ¿Acabo de encontrar a la mujer de mi vida y tú me dices que vayamos a otro sitio?

–No sé. La verdad que es un lugar que aturde. Yo no disfruto mucho.

Fermín parecía no querer ir al café Hansen porque era un hervidero de almas transgresoras o porque sabía algo, un secreto, y se lo ocultaba a Conrado.

–¿No me quieres ayudar, verdad? Me voy solo.

–No. Espera. Somos amigos... ¿no?

–Por eso mismo.

La noche parecía rebelar enigmas en cada recodo, en los tejados donde los felinos tenían sus charlas, bajo la luna escondiendo su faz entre las arboledas y los lapachos rosados que empezaban a florecer. Para Conrado la felicidad estaba a la vuelta de la esquina cuando el cochero gritaba:

–¡Destino!

El Antiguo Hansen se hallaba rebosante de luz y de concurrencia. Casi no se podía entrar. Ella, parada junto al mostrador de los licores, parecía melancólica. Se ocultaba el rostro con el enorme sombrero. Conrado la vio y quiso acercarse, pero Fermín lo tomó del brazo. Es que el hombre que siempre la acompañaba venía caminando hacia Margot. No pudo hacer nada. Conrado y el desconocido quedaron enfrentados.

–¡Qué busca con mi mujer!

–¿Es suya? –le preguntó con ironía.

–¿Y qué le parece? –lo desafió el hombre, y luego lo tomó bruscamente del cuello del saco.

–Mejor preguntémosle a ella.

–¡Margot no tiene nada que opinar!

–Ah... Margot –exclamó Conrado y dio un paso atrás.

–Vamos, ese tipo es peligroso –dijo Fermín que quería proteger a su amigo.

–Ese hombre me las va a pagar, juro que me las paga...

–Deja de hacerte el malevo. ¡Vámonos de acá!

–¡No!

–¡Sí! –gritó Fermín, y lo llevó a Conrado a los empujones hacia la calle. Aquella mujer, Margot, tenía esposo y era obvio que saliera a enfrentarse con el hombre que la quería conquistar. Ella no era libre. Sin embargo, parecía presa y deseando huir de ese mundo gris.

¿Qué hacía allí esa dama?

Todos lo sabían y hasta Fermín. Por eso no quería desilusionar a Conrado. Cuando la vez anterior la vio supo de quien se trataba porque había escuchado comentarios. En realidad, mucho no la conocía pero lo suficiente para saber que no era una mujer para su amigo, no resultaba ser la beldad maravillosa que describía Conrado. Bonita sí, pero no tan dama.

–¿Qué te pasa Fermín? Soy un hombre para que me trates como un niño. Sé defenderme solo.

–Te protejo. Ese ambiente no es para nosotros y esa mujer...

–¡Esa mujer qué!

–Bueno, no es lo que tú piensas.

–Es extraordinaria. Yo no tengo palabras para describirla porque me quedo mudo cuando la veo. ¿Entiendes? No, qué sabes. Si nunca estuviste enamorado. ¡Qué sabes!

–¡Tú no sabes! –le gritó Fermín–. ¿Acaso me preguntas si sufro? ¿Si quiero y no me quieren?

–Bueno, no te pongas así, perdona. Es que esa mujer me vuelve loco.

–Esa “señora” es una mujer de la noche. Disculpa pero te lo tengo que decir porque eres mi amigo y te quiero. Lo sé por los comentarios de la gente. Será hermosa, deslumbrante, pero se nota que le falta clase, comparándola con Elena.

–No puedo pensar mucho porque Elena es una “pobre niña” al lado de ella.

–¡Qué dices! Elena es superior, mil veces superior –exclamó Fermín ofuscado y fervoroso, porque tuvo la necesidad de defender a la novia engañada, a la joven triste y olvidada.

–Eh... cálmate.

Tomasa ya hacía un par de días que se había quedado en la casa de su protectora. Cómo no sabía dónde ir, ella la adoptó. Así lo consideraba Tomasa que se desempeñaba muy bien con la cocina. Es que a pesar de haber perdido el conocimiento, de las tareas culinarias se acordaba bastante. Ella decía que no recordaba nada y que todo lo hacía mecánicamente: sin instrucción y

sin saber nada de preparaciones. A la mujer de la casa, que decía llamarse Julia, le debía la vida, y el hecho de haberle dado refugio la convertía en un ser iluminado. La admiraba.

La criada de la familia Ugarte no pedía dinero por sus labores, simplemente quería quedarse allí en esa casa pequeña donde había un gato saltarín que se llamaba Lolo y que pese a que era cariñoso no se dejaba acariciar mucho. Tomasa lo educó un poco, y se lo llevaba de noche a la cama para que no saliera de ronda a pelearse con otros gatos sobre los tejados vecinos.

Julia, a veces, salía y volvía tarde; otras tenía visitas.

Tomasa preparaba comida y postres; luego se iba a la habitación a leer porque Julia tenía una biblioteca enorme. No miraba quién llegaba y quién se iba. No le interesaba. Parecía haber encontrado su nido: un lugar cálido lleno de amor y comprensión. Atrás había quedado aquella Tomasa que lloraba por todo y que sufría depresión. Con el olvido la cabeza le había cambiado y era otra persona. ¿Ahora era feliz? La pobreza le había traído paz y dicha. Julia era una mujer humilde, no podía compararse con la aristocracia porteña. Bastaba con ver su pequeño patio con madreselvas, malvones y laureles, la cocina y el comedor con muebles de sus padres y los dos cuartos abrigados con acolchados tejidos al crochet por la abuela de Julia.

–Yo no sabía que me gustaba leer.

–Tal vez lo hacías en tu otra casa, sólo que no lo recuerdas.

–Puede ser. Me gusta ese libro “La dama de las camelias”.

–Es una gran novela.

–¿Su esposo viaja mucho? –le preguntó a Julia, de repente–. Digo porque no lo veo.

–Sí, pero a veces regresa muy tarde y se va temprano.

Elena estaba contenta porque pese a todo sentía que su primo sería feliz con Nieves. Los vio tan enamorados la noche del sábado que fue un gran augurio para todos, especialmente para él que se quería ir al sur como intendente de un pueblo. Para eso debía ir con su esposa, era lo más conveniente. Daba prestigio y credibilidad tener una buena y bella mujer que lo apuntalara para gobernar con la mejor predisposición.

A Elena, en cambio, ya no le quedaba estrategias. Conrado no sentía por ella el mismo amor que Andrés por Nieves. Eso se notaba y la deprimía; no quería abandonarlo pero se sentía fuera de su vida: ajena, invisible y hasta fea.

Apareció Andrés eufórico como siempre.

–Felicitaciones, primito. Les deseo todo lo mejor.

–Ahora toca lo más difícil que es hablar con don Amadeo.

–No pienses tanto que todo saldrá bien. Cuando el amor es verdadero triunfa.

–¿Y tú?

–De momento, estoy preparando un traje para ir a la ópera por el cumpleaños de Rufina Cambacéres. Ella nos invitó a todas las amigas que nos reunimos en las “tertulias de las damitas”

–¡Qué bueno, por lo menos te vas a olvidar un poco del ordinario de Conrado!

–¿Por qué ordinario? ¿Qué sabes?

–Nada, nada...

–Ah... primo. Ahora me cuentas.

–Bueno, no sé si debiera decir esto. No sé.

–¡Dilo!

–Una noche lo vi entrar a un tugurio donde va gente de toda clase social a escuchar tango. ¿Te imaginas? Allí van también mujeres de baja reputación.

–¡Conrado en esos lugares! ¡Con razón se escapa siempre! ¿Tango?

–Sí, es una música, un baile lascivo y pecaminoso.

–¡Qué horror!

“El tango en un principio fue considerado como una manifestación indecorosa y obscena”

24-CATALINA Y DALMIRO

Nieves Uriarte y Elena Aldao, cada una en su casa, se estaban preparando para la ópera. Estaban invitadas las amigas de las tertulias, menos Genoveva del Campo. A nadie le importaba ese detalle. Lo valioso era que Rufina Cambacéres había tenido la deferencia de querer compartir esa velada, su cumpleaños número diecinueve, con ellas. Las consideraba del mismo círculo social y eso era un orgullo, aunque el padre de Rufina, ya fallecido, no era muy querido por la gente.

–Menos mal que no va esa loca –exclamó doña Emilia ajustándole el corsé a Nieves por detrás con las cintas.

–¿Quién?

–Nada, hija, nada. Son cosas mías.

–Ay... estoy tan nerviosa.

Nieves sabía que esa noche iba a ir Andrés para estar cerca de ella, aunque no podría aproximarse porque las niñas iban acompañadas por alguna persona mayor, de confianza. Él lo intentaría una y mil veces porque una fuerza interior lo empujaba hacia ese amor que consideraba una bendición y que jamás pensó que podría encontrar. Si eso era estar enamorado valía la pena estar vivo. Igual no quería descuidar la política porque era su vocación.

–Bello, mi niño... ¿dónde vas? –le preguntó su madre al verlo frente al espejo queriendo atarse un pañuelo–. Ven que yo te lo acomodo. Levanta la cabeza.

Andrés frente a su madre parecía un niño tierno. Ella todavía no sabía que se iba a ir al sur. Él tenía miedo de hablar de ese tema con sus padres porque eran mayores y le podía hacer mal. Las emociones intempestivas solían dejar estragos en los cuerpos débiles y en los corazones sensibles.

–A la ópera, mamá.

–¿Solo?

–Con los tíos –le mintió.

Rufina se estaba probando el vestido de gala para festejar su cumpleaños número diecinueve entre las bambalinas y las luces del Teatro de la Ópera.

Luisa, la madre, la miraba con amor y le sonreía.

La joven bella, que amaba los libros y los caballos, pronto sería libre porque los años le traerían experiencia y aires nuevos.

Su madre le colgó un hermoso collar de brillantes unidos por eslabones de plata y una flor turquesa, herencia materna. A Luisa le agradaba la ostentación, ese lado frívolo que le daba poder y autoridad. Rufina, en cambio, lo despreciaba. Quizá, tener demasiado la había obligado a ubicarse en un lugar distante e inalcanzable, cuando la niña rica debía ser lo que no era para que los otros no pudieran hablar. Ella necesitaba desatar cadenas, volar para olvidarse del protocolo y del apellido.

Luisa la miraba desde la puerta y se sentía parte de esa belleza porque la veía única; Rufina había crecido y ella no se había dado cuenta. La niña no necesitaba esos lujos y artificios, Rufina era una “joya” que brillaba con luz propia.

Se sintió mal.

De repente, sin darle una oportunidad a quejarse, cayó en los brazos de Luisa y el universo se silenció para siempre.

Rufina Cambacéres había muerto.

Luisa Bacichi se quedó muda con el cuerpo entre sus brazos. No sabía qué hacer. Llamó a la servidumbre, a los médicos de la familia, a todos. No pudieron hacer nada por la joven rica y rebelde, la que sufría por su padre y amaba la pampa argentina, la que necesitaba vestir su velo de novia y la corona de azahares.

Los tuvo, sí, en el cofre inmaculado.

Atrás quedaron las luces de las marquesinas y los sueños acumulados durante tantos años; ahora le tocaba volver con su padre a recorrer otro paraíso desconocido para ella, pero primero tenía que ver y padecer lo sangrante que podía ser la oscuridad y la desesperación, el lamento, el grito silencioso, el desgarró y los golpes: la prisión.

Don Dalmiro, el padre de Andrés Rosas, regresó de una reunión en la Sociedad Rural.

–Llegaste temprano, viejito –dijo Catalina, quien todavía no había logrado acomodarle el pañuelo a su hijo como ella quería. Era demasiado perfeccionista.

–Es que ya no tuve ganas de quedarme. La noticia me dejó pasmado. Acaba de morir la hija de Eugenio Cambacéres, el escritor.

–¿Rufina? ¿Y de qué falleció?

–Al parecer de un ataque al corazón –exclamó afligido don Dalmacio.

Andrés salió corriendo a la calle y tomó un carruaje que esperaba en la esquina entre las luces de esa noche rota. Tenía que ir a avisarle a Nieves. ¡Qué desgracia! Aquella tragedia le devolvía algo positivo: encontrarse con su amada. Golpeó la puerta y lo recibió Ada. Entró rápido, sin permiso, y se encontró con Nieves y su madre Emilia en el comedor.

–¡Qué es esto! ¡Cómo va a entrar así! ¡Más respeto!

–Murió Rufina Cambacéres –dijo sin preámbulos.

–¿Qué? –agregó Nieves y doña Emilia se sentó en el sofá sin aliento.

–Fue del corazón –contestó Andrés–. Me contó mi padre que la gente, los hacendados de la Rural, lo comentaban entre ellos. Ya lo sabía todo Buenos Aires.

–Hay que ir a avisarles a las jóvenes y a Elena.

–Yo voy –se ofreció Andrés–. Tengo el carruaje esperando en la puerta.

Andrés salió rápido de la mansión sin saludar y Nieves corrió detrás arrastrando su cola de novia.

–¡Niña, ven acá! –gritó doña Emilia.

Ya era tarde Andrés y Nieves, solos en la galera, iban rumbo a la casa de Elena. Se miraban sin comprender demasiado aquella tragedia que los unía inexplicablemente. Él le tomó las manos. Rufina, sin querer, le había regalado ese momento único, angelado e imposible.

–Te amo –le dijo él–. Creo que ya lo sabes... ¿no?

–Sí, yo también.

–No es momento, lo sé. Yo me voy al sur para las elecciones, y si todo sale como espero me tengo que quedar allá. Es mi vocación, luché tanto por llegar a ocupar ese lugar.

–Es una pena que te vayas justo ahora, Andrés –contestó Nieves algo acongojada.

Si bien sabía, por Elena, que Andrés tenía esa misión a la que consideraba un servicio, nunca pensó que lo decidiría tan rápido y menos después de haberla conocido.

–Es que quiero irme contigo.

–Eh, no. Es imposible.

–¿Por qué?

–¿Qué te parece a ti? ¿Tú crees que mis padres me dejarán ir o piensas que me tengo que escapar? No, yo no soy así, Andrés. No me gusta el riesgo y las mentiras. Ya ir en esta calesa después de escuchar a mi madre me heló la sangre. Prefiero sacrificarme antes de soportar peleas y reproches.

–Es que vendrías siendo mi esposa.

–¿Esposa? ¿Yo, esposa?

Nieves se emocionó, no se veía casada: una señora. Era tan joven.

–Piénsalo, y si me respondes que sí yo tendría que hablar con tu padre.

–¡Mi padre!

Los sentimientos encontrados la debilitaban, y entre la muerte de Rufina y la declaración de amor de Andrés existía un abismo insalvable. Bajo ese manto de sombras y luces nocturnas, la vida de Nieves se había transformado. Le parecía que había crecido de golpe. Ser una señora la ubicaba del otro lado: debía independizarse, no escuchar más órdenes, ser libre de alguna forma. ¿Eso era bueno? No tenía ni tiempo de razonarlo porque estaban llegando a la casa iluminada de Elena.

–Lo pensaré –le respondió, y bajó del coche.

Elena salió confundida a recibirlos...

–No hay ópera, querida.

*“Nacer y morir son procesos que experimenta el cuerpo
no el alma, pues ésta es inmortal”*

Platón

25-JULIA

Conrado pensaba demasiado en aquella “mujer de la noche”.

No le importaba su condición. En un primer momento, pensó al observarla en la ópera que era una dama de la aristocracia. Ahora que lo veía con otros ojos y a la distancia se daba cuenta de que no era precisamente una persona distinguida. Él estaba ciego. La dama llevaba, en aquella ocasión, demasiado artificio. Le dio pena. Se la veía triste como siempre. Si iba a la ópera era porque deseaba, en lo más hondo de su ser, formar parte de la sociedad como una más. Sin embargo, la gente, sobre todo las mujeres, murmuraban y la miraban de reojo.

“Qué me importa. ¿Acaso no puedo amar a alguien que me despierta los más puros sentimientos? Yo no busco su cuerpo, no, me interesa su alma y la veo tan distante y desprotegida, tan ausente. El hombre que permanece a su lado debe ser el que se la ganó... ¿Por qué habrá llegado a esos extremos? ¿Por soledad? ¿Por dinero? Yo le voy a dar todo lo que le falta, yo la voy a poner en el lugar que se merece. Ella es igual a todas las damas, ni más ni menos”, pensó Conrado en el escritorio intentando estudiar para dar los exámenes. Cada vez que leía una página tenía que volver sobre la misma porque no podía concentrarse. La vida lo estaba poniendo a prueba para ver si podía cargar con esa responsabilidad y mantener la postura. Enfrentar a sus padres era lo peor; a Elena le costaba menos porque ella casi que lo imaginaba. Podría decirle que necesitaba un tiempo para replantearse muchas cosas, pero hablar con don Amadeo, quien era tan severo, le iba a costar demasiado. Por el momento no quería pensarlo; sino había cruzado dos palabras con ella. Tampoco sabía cuáles eran sus sentimientos y los proyectos que tenía para el futuro. Él le entregaba su alma entera porque desde que la conoció no pudo quitársela de la cabeza y de sus pensamientos más formales. No quería pasar el rato con ella. La amaba.

Tomasa se había quedado a vivir con Julia.

Ella le dijo que no podía pagarle el sueldo, pero que no le iba a faltar nada y que podía quedarse hasta que recuperara la memoria. Tomasa era otra mujer. Ya no se la veía triste como en la casa de los Uriarte, se había liberado de los muros de cristal y de las exigencias de aristócratas excéntricos. No lo sabía.

Desde el día que se cayó al piso en el fondo del patio en la mansión de doña Emilia, no recordaba su pasado. ¿Podría volver a recorrer aquellos pisos como espejos? ¿Escuchar la voz de

su querido Conrado? Era un enigma. Don Amadeo había hablado con la policía para buscarla, pero ya habían pasado muchos días y los efectivos no la encontraron. El destino la llevó a esconderse en una cueva, con amor y calor, donde era respetada y querida como ella lo necesitaba. Tomasa deseaba ese tipo de trato; los Uriarte la apreciaban pero no reparaban en su presencia y en sus vacíos. Esos huecos que parecían ocultos y que respondían:

–Sí, señora.

Julia, a veces, se levantaba tarde; entonces, Tomasa limpiaba y cocinaba, luego leía y tomaba sol en una galería llena de malvones. En ocasiones, ella misma cortaba un gajo y lo hundía en la tierra, y al poco tiempo asomaba una pequeña hoja. Esa sencillez le llenaba el alma a la vieja criada.

“Qué simple que es todo y qué paz. No se escuchan gritos y nadie manda. No hay que apurarse para llegar más rápido ni mirar el reloj para dejar de dormir. ¿Por qué hago estas comparaciones? No sé. Me parece que siempre he vivido acá, y al mismo tiempo siento que alguien desató las cadenas que me tenían amarrada. ¿Estaré loca? Los que me llevaron a ese hospital lo sabían; sin embargo, Julia no me tiene miedo. Y si no le doy temor es porque no hago nada fuera de lugar”, pensó Tomasa sentada tomando mates en una tarde de sol, cuando la primavera le traía el perfume del jazmín del país y los gorrones, con sus charlas, alborotaban el laurel.

–Madre, no puedo creer todavía lo de Rufina.

–Hija, la vida es hoy. Tan joven, qué pena infinita. ¿Y mi madre? Mírala, con tantos años encima, todavía da guerra.

–No digas eso, pobre abuela. Pareces resentida y cruel. ¿Ha pasado algo?

–No.

Don Amadeo seguía distante después de la pelea con doña Emilia, y Nieves no se daba cuenta de nada. De Genoveva del Campo no habían vuelto a hablar, aunque Emilia tenía tantas dudas después de que la vio aquella tarde bajar del carruaje con un niño. Algo le decía que la mujer inescrupulosa que arremetía contra la moral y las buenas costumbres tenía un hijo. ¿Quién sería el padre de esa criatura?

–¿Sabes algo de la vida de Genoveva?

–¿Cómo qué?

–Sí tiene padres, hermanos, esposo...

–Los padres –dijo Nieves– están en Europa. No sé si se fueron a vivir allá o si se encuentran de vacaciones. Creo que tiene dos hermanos varones más chicos que ella. ¿Esposo? No. ¿Por qué preguntas tanto?

–Porque no me gusta esa señorita y no quiero que pise más esta casa. ¿Está claro?

–De eso te tendrás que ocupar tú porque yo, tal vez, ya no viva más acá.

–¿Qué?

–Nada –respondió Nieves y se fue muy feliz a leer al cuarto. Se cruzó con doña Águeda que venía con los dos bastones esquivando estatuas egipcias de bronce por el alfombrado:

llevaba sombrero, collares y guantes.

–Madre ¿dónde va así vestida?

–¿Vestida cómo...?

–Así, llena de adornos. Parece de carnaval lo que se puso. ¡Por favor!

–Vengo a “la tertulia de las damitas” –dijo.

Doña Emilia ya no soportaba las ocurrencias de Águeda. La estaba volviendo loca con sus rarezas. ¿Será por la edad? ¿Qué le pasaba a la abuela?

Entre tantos problemas que afectaban su corazón, su madre se daba el lujo de confundirla y atormentarla. Fue a la cocina a hablar con Ada.

–Vengo a hacerle una consulta.

–Sí, señora. ¿Qué sucede?

–Mi madre, en los últimos tiempos, ha tenido ocurrencias. Digo, actitudes extrañas e inexplicables.

–No. Bueno... una vez fuimos al cementerio a visitar la tumba del difunto esposo y, como era su cumpleaños, ella le llevó una torta. También me hizo cargar una silla para poder estar más tiempo sin cansarse. Cuatro horas se quería quedar en el camposanto. Yo no se lo permití porque usted vio el frío y el viento que corre en esos lugares. Ella le hablaba y le contaba cosas al esposo y hasta le dijo que lo amaba.

–Eso lo hace mucha gente. Lo de la torta sí es raro y me da escalofríos. Ahora está disfrazada en el living y comentó que se vistió así para “la tertulia de las damitas”: la reunión de niñas que organiza mi hija. ¿Se da cuenta?

–Es bien extraño. No le parece que tendría que verla un médico.

–Sí, mi esposo. Le diré a la noche que la examine. Gracias Ada.

Cuando Emilia llegó a la sala, la abuela estaba tomando el té en una taza que había sacado de la colección de porcelana inglesa de la vitrina. Simulaba conversar con alguien y se miraba todo el tiempo en un espejo pequeñito que tenía al lado de la cartera.

–¿No estoy bonita? –le preguntó a alguien imaginario–. Ya sé que sí, pero necesito que lo digas tú. Escuchar tu voz es un bálsamo para mis oídos y me da paz al alma. Gracias por la sortija, es muy bella. No debiste gastar tanto dinero. Los diamantes son muy caros, pero yo sé que piensas que lo merezco. La verdad que sí, soy una gran mujer.

A Emilia se le cayeron las lágrimas.

*“La memoria es como el mal amigo
cuando más falta de hace, te falla”*

Anónimo

26-CEMENTERIO DE LA RECOLETA

Rufina Cambacéres en las tinieblas del camposanto se sintió derrotada. Su grito parecía un aullido y se confundía con los reflejos de la luna. Ese clamor humano que nacía desde su pecho con el más hondo dramatismo.

Abrió los ojos en la oscuridad y se dio cuenta que a esa prisión no la conocía; se derrumbaba su desconcierto y la lucidez de su mente: no era la noche pampeana, no era la soledad del patio sin estrellas de su residencia... El sitio era estrecho y la paralizaba, golpeaba con los puños algo duro encima de su cuerpo, le faltaba el aire, no podía respirar. ¿Dónde estaba? No sabía y se desesperaba. Se ahogaba, y bajo ese manto de encajes se enredaba con el vestido; quería gritar de nuevo pero se le iba el oxígeno. Se volaba por alguna grieta. Nada. La caja estaba herméticamente cerrada.

Por última vez inspiró para ya no volver.

El camino del adiós tan negro como el habitáculo la dejó sin luz otra vez, y su cabeza sobre la almohada del ataúd se hundió en su nido de encajes augustos.

¡Pobre Rufina!

Dirían en los círculos, en los salones, en las reuniones y hasta en el Teatro de la Ópera

donde la esperaron, en alguna noche, para festejar su cumpleaños.

“Ha muerto enterrada viva. Fue un ataque de catalepsia”.

Y lo creerán o no. ¿Quién podría asegurarlo? ¿Alguien inventó esa historia con malicia?

Rufina Cambacéres y la sombra se transformó en un mito urbano, en leyenda, frente a los ritos funerarios y también a la imaginación popular. Las versiones de lo ocurrido eran variables. Al día siguiente del ingreso al Cementerio de La Recoleta, el féretro se encontró ladeado; otros dicen que la tapa estaba rota o que el cuerpo se hallaba en la puerta de la bóveda.

¿Alguien quiso profanar la tumba?

Nieves Iriarte, aturdida por todo lo que se inventaba sobre su amiga Rufina, no dejaba de pensar en la palabra “señora” y en ese rol nuevo que empezaba a vislumbrar con ciertas ventajas. En un principio se vio vieja, una dama, seria y sin curiosidad, para nada jovial. Luego pensó que no tenía por qué ser así si se casaba con Andrés. Esa nueva vida le daba impulsos, y la fantasía no dejaba de ser el más bello de los universos. Tendría que buscar el momento oportuno para que Andrés pudiera hablar con su padre. ¡Qué dolor de cabeza! Le daba tanto temor enfrentarse a las palabras cortantes de un padre severo y conservador. Doña Emilia lo secundaba y se parecían mucho, pero confiaba en su visión sobre el amor y en la sensibilidad femenina.

—Madre, Andrés Rosas quisiera hablar con papá.

—¿Para qué?

—No sé cómo decirlo. No me obligue. Es sobre nosotros.

—Querida, tú te debes a la casa, a tu madre y a esta familia. Conrado debe terminar los estudios y luego se casará con Elena. Así debe ser y así será.

—No, usted no puede decidir sobre la vida de la gente. Es injusto y hasta cruel.

—Tu padre lo decide...

—Ah, ahora le obedece y está de acuerdo con él. Si no acepta la entrevista me escaparé. ¡Así de simple! ¡Me iré!

—¿De dónde sacas esos modales? ¿De Genoveva del Campo?

—¡De nadie! ¡Me defiendo!

—No se hable más —exclamó doña Emilia y se fue a ordenar la cena.

Conrado, quien había escuchado, se aproximó a Nieves y la abrazó. Él sabía bien lo que ambos sentían y cómo se miraban. El amor hablaba sin decir una palabra.

—Yo me voy a ocupar de convencer a papá para que le dé una cita a Andrés.

—¿Sí? Te quiero mucho, hermanito —exclamó Nieves y lo abrazó y lo besó hasta dejarle roja la mejilla.

Don Amadeo, sentado en su escritorio, pensaba...

Después de lo ocurrido con Genoveva, la vida le había cambiado. Ya no prestaba

atención a los conflictos familiares, a las salidas de Conrado y a la enfermedad de Emilia. De todas maneras, ese conflicto interno, por el que luchaba tanto, se tendría que terminar. Él era un hombre serio y se debía a toda una comunidad que lo respetaba, incluidos sus pacientes.

Miró el sobre donde se hallaban los análisis que le había enviado hacer a la abuela Águeda para saber el porqué de su actitud extraña. La memoria se le escapaba por los laberintos de una juventud olvidada donde se veía con Genoveva paseando por una plaza o cenando en un lujoso restaurante, de viaje por París o en la alcoba de un lujoso hotel. Quería borrarlo todo, necesitaba ser el Amadeo hosco de siempre. Había juzgado tanto a esos hombres sin códigos que ocultaban amantes que ahora se sentía traicionado. El otro Amadeo le hablaba al que tenía enfrente para descolocarlo por completo y, desde sus leyes morales, obligarlo a dar un paso atrás.

Abrió el sobre y vio los análisis mezclados con un papel más pequeño que decía: te amo. Genoveva. Lo dobló rápidamente y con vergüenza porque Conrado estaba allí. No lo había oído llegar al escritorio.

–Quiero hablar contigo.

–Sí, claro –dijo nervioso doblando todo rápido y de una manera torpe que a Conrado le llamó la atención.

–Andrés Rosas, el amigo de Nieves, quiere hablarte.

–Sí. Bueno, con todo gusto –exclamó, y Conrado se quedó absorto. Esperaba reclamos, preguntas sin respuestas, gritos y enojos–. Puede ser mañana a las cinco de la tarde en este despacho. Lo estaré esperando, no tengo consulta. ¿Algo más?

–No. Con tu permiso.

Conrado, totalmente confundido, salió rápido del escritorio donde en la sala lo esperaba Nieves.

–No quiso –exclamó.

–Mañana a las cinco de la tarde.

–¿Qué? ¿Y no se enojó ni pidió explicaciones?

–Nada.

–Ay, hermanito. Eres Dios. Te amo, te amo... –le dijo y se colgó de su cuello.

–No soy yo, es él. Está raro, papá.

–Mejor. No importa. Nunca creí que aceptaría. Me muero de felicidad. ¿Le puedes ir a avisar a Andrés, y si no vas a la casa de Elena y le dices a ella?

–Yo me encargo, querida.

Nieves podría haber bailado un vals vienés en medio de la sala de la alegría que tenía. No creía que podría llegar a ser tan feliz en medio de esa vida monótona que llevaba.

–Me haces recordar a mí cuando me iba a casar con tu abuelo –le comentó Águeda cuando la vio venir abrazada a Conrado –. Son tan bonitos los dos. ¡Qué bellos novios!

–¡Somos hermanos, abuela!

–¿Hermanos? Sí, claro.

Ambos se miraron confundidos. ¿Qué le pasaba a la abuela Águeda? Ella seguía

arreglando unas flores en un jarrón junto al retrato de su amado esposo y sonreía como si recordara alguna picardía. Conrado se fue a hablar con Andrés, y Nieves le fue a contar a Emilia que su padre había autorizado el encuentro con su enamorado.

–¡A mí no me hables de ese hombre, ni de tu padre ni de nadie!

–¡Qué injusta eres! ¿Qué te pasa?

–La vida me pasa...

Nieves estaba harta de tantos malos tratos, de oír quejas y de sus retos. Necesitaba el cariño de Tomasa, pero todos se habían olvidado de ella, como si nunca hubiera vivido en la casa. La criada los había educado con amor y dedicación, les había dado la vida entera a esa familia y ya nadie hablaba de la querida Tomasa. ¿Dónde estaba? ¿Con quién?

Amargos y extraviados, eran enemigos de aquellos que los habían amado.

“La indiferencia endurece el corazón y es capaz de eliminar cualquier rastro de afecto”.

Jorge González Moore.

27-EL HOMBRE ARROGANTE

Elena igual que Nieves no podía dejar de pensar en Rufina y en su triste destino. Un ataque al corazón resultaba ser un imposible a la vista de cualquier jovencita. Ese tema era de ancianos. ¿Y lo que vino después?

–¿Qué es catalepsia, mamá?

–No hablemos de algo tan fuerte, me da escalofríos.

–¿Qué es?

–Dicen... que la sepultaron viva porque después encontraron el féretro movido de lugar y otros detalles macabros.

–¡No puede ser! ¿Acaso no la velaron varias horas?

–Sí, por eso resulta inverosímil.

–Dios mío. No quiero ni pensar que pudiera pasarme eso y, de repente, despertar en esa oscuridad sin aire y sin saber dónde estoy. No poder gritar ni pedir ayuda y sentir la muerte de cerca otra vez, pero más rabiosa.

–Ni lo digas.

Elena se quedó triste, con la imagen de Rufina y ese momento trágico como si fuera una novela: increíble y fatal. Ese instante desgarrador la trajo a otra realidad: la de Conrado y sus salidas a esos lugares donde las mujeres se “regalaban”. Se lo había contado Andrés porque lo vio, le creía a su primo.

“Uno deja de ser feliz cuando crece y ama. No todo es tan bello ni tan simple. Se padece demasiado y cuando se instala la ansiedad se necesita escapar para sentir alivio. ¿Qué hice para merecer esto? Será que los deseos de los padres y sus mandatos absurdos no hacen otra cosa que perjudicar a los hijos. Yo creo que sí. La libertad es un derecho. Qué diferente sería todo si nos dejaran elegir. Sé de algunas mujeres que se ha escapado de sus casas para unirse a los hombres que amaban porque su familia se oponía. Acá es al revés. Conrado no me quiere”, pensó Elena

con un bordado en las manos y una canasta, al lado, repleta de hilos de colores.

Tomasa pasó frente a la puerta del cuarto de Julia y escuchó que lloraba. Se preocupó. No sabía si golpear para preguntarle qué le pasaba o esperar. Fue a la cocina y oyó que alguien estaba abriendo la puerta con sus llaves. Se estremeció.

Esa mañana el sol calentaba la superficie demasiado y la primavera tan bella se estaba transformando en verano. Cantaban los zorzales. A Tomasa le daban alegría, y un colibrí se hallaba preparando el nido frente a la entrada. Tantos detalles pequeños eran fuente de virtudes y reflejaban la vida pura y sencilla.

Un hombre, que no conocía, se apareció en la sala. Tomasa se sobresaltó porque nunca lo había visto.

–Disculpe que entre así. ¿Usted es la sirvienta?

–No. ¡Yo no soy sirvienta de nadie! –exclamó ofendida.

–Bueno, no quise decir eso. No lo tome así. Sé, por Julia, que vive acá porque perdió la memoria.

–¿Es el esposo?

–Algo así.

–Ella está en el cuarto.

El hombre, algo arrogante para Tomasa, se fue rápidamente y ella vio, desde lejos, que entró a la habitación sin llamar. Al rato, se escucharon gritos, insultos y llanto. La estaba maltratando. Julia le pedía por favor que dejara de culparla. Por lo menos era eso lo poco que Tomasa podía escuchar. Pensó en irse al patio; la discusión le hacía mal. No quería intervenir en problemas privados, pero oír que Julia sufría le daba impotencia y deseos de correr a ayudarla. A la media hora, el hombre se fue y dio un portazo. No se cruzó con la criada porque ella se mantenía oculta detrás de los arbustos del patio. No quería verlo de nuevo. Le hacía demasiado daño la violencia y los gritos. Amaba esa casa justamente por el silencio de iglesia, la paz y los sonidos de la naturaleza: la falta de conflictos. Era evidente que nada resultaba tan perfecto como creía...

Julia salió de la habitación secándose las lágrimas.

–¿Pasa algo?

–No, querida. Cosas de pareja.

–Claro –respondió Tomasa quien jamás había tenido un amor y menos un esposo. No conocía la convivencia con un hombre y sus ventajas y desventajas. Tampoco podía recordar otras situaciones vividas por personas de su entorno. Dentro de ese hueco oscuro que era su pasado no había lugar para el amor de pareja ni para otras vivencias buenas o malas. Ella se hallaba vacía de luz desde que tomó aquellos fármacos, y lo hizo para encontrar la paz que insistía en buscar día y noche.

Julia miró triste por la ventana; la niebla cubría aquel rostro bello a pesar del llanto y del abandono.

–Si quiere me puede contar –le dijo Tomasa al verla tan sola y desprotegida.

–No tengo voluntad.

–Es que hablar de los problemas hace bien. Si uno se guarda todo para adentro después se enferma –respondió Tomasa y se sobresaltó al escuchar sus propias palabras–. Conozco gente que termina mal por querer huir de los problemas y por querer enfrentarlos sola.

–¿Conoces gente? –respondió Julia porque suponía que Tomasa no tenía recuerdos.

–Sí... Bueno, no sé cómo pude decir eso. No me acuerdo de mi pasado, pero sin pensar digo cosas que yo misma no las comprendo.

–Tal vez, estás comenzando a ver ese pasado a través de las palabras.

Tomasa se enredaba en su propia tela queriendo solucionar el tema de los otros cuando ella no podía dar un paso adelante. Sentía que debía ayudar a Julia; en realidad, su vida siempre fue el servicio y eso lo llevaba dentro como un secreto indisoluble. Era algo innato. Se puso a preparar café y en esa acción mecánica se vio sirviendo mesas, cocinando agotada, arrastrando los pies hasta el almacén, consolando otras lágrimas y también otras almas. Seres que sufrían por desarmar situaciones y curar heridas, seres lejanos con corazones a medio latir.

A la noche, bien tarde, cuando la criada dormía, Julia salió. Tomasa la vio por la puerta entreabierta y no la reconoció en un primer momento. Al rato, como le daba miedo quedarse sola en la casa, fue a ver si Julia había cerrado bien la puerta con llave. Después de haberse asegurado, volvió a la habitación a leer como todas las noches. Nunca la había visto salir a Julia, pero sabía que lo hacía con el esposo. Seguro que ahora, después de la pelea, se iban a reconciliar. Eso era bueno; no le gustaba verla triste y menos por los maltratos de un hombre. ¿Quién se creía que era para gritarle a una mujer tan dulce y buena?

Se durmió con esos pensamientos justicieros porque la quería. Ella había sido tan generosa en darle albergue en la casa sin conocerla. Más sabiendo que venía del hospital para locos. Si estaba trastornada podría hasta haberla matado; sin embargo, Julia no lo pensó dos veces y le dio asilo a Tomasa, quien dormía en la calle luego de que se escapó de aquel manicomio. Ella creía que se trataba de un lugar para enfermos mentales, pero era el hospital Rivadavia donde trabajaba don Amadeo. Si lo hubiera esperado, hoy estaría en la casa con los suyos porque la familia, a pesar de la indiferencia, la quería mucho. Especialmente el niño Conrado.

Frente al mutismo del ambiente donde sólo se oía el ritmo del reloj, Tomasa soñó con un patio interminable rodeado de nieblas como si fuera el paraíso y una puerta al final donde ella quería llegar para salir a la luz porque las cenizas la cubrían y le nublaban los ojos hasta que quedó ciega. Cuando ya no vio nada, se sentó en el piso. Pensó que allí, detrás de esa puerta, se hallaba el sol, pero sólo encontró una noche cerrada.

Se despertó angustiada de ese sueño raro.

Miró el reloj: las tres de la mañana. Era temprano para levantarse. Julia no la obligaba a madrugar.

“¿Habrá vuelto?”, pensó.

El silencio era contundente.

“Las grandes elevaciones del alma no son posibles sino en la soledad y en el silencio”.

Arturo Graf

28-LOS POLÍTICOS

Nieves caminaba de un lado a otro de la sala.

A las cinco iba a llegar Andrés a hablar con don Amadeo como habían quedado el día anterior, pero su padre bajó las escaleras vestido para una gala y bañado en perfume.

—¿Dónde va, papá?

—Tengo unos compromisos.

—¿Pero si hoy me prometió que iba a recibir a Andrés? ¿Por qué me hace sufrir así? ¿Por qué me promete cosas que no va a cumplir? —exclamó Nieves llorando, con un dolor agudo que le laceraba el pecho. ¡Tanto tenía que rogar!

—Es que me surgieron unos imprevistos —dijo don Amadeo con culpa.

—Por favor, papá. ¿Tengo que pedirle de rodillas? Andrés debe estar por llegar. Soy su hija y no me tiene presente nunca.

—¡Tu padre se queda para hablar con el muchacho! —se escuchó un grito desde las escalinatas.

Era doña Emilia que, ante el desplante que Amadeo le estaba por hacer a su hija menor, salió en su defensa, aunque el presunto candidato no le gustaba nada. Es que sospechaba que su esposo se iba detrás de Genoveva. ¡Tanto perfume lo delataba! Igual que su conducta ambigua.

—Es que...

–Nada. Tu padre recibirá, como lo prometió, al joven. ¿No es cierto, Amadeo?

–Está bien, mujer, está bien. Me voy al despacho. Cuando llegue le dicen que lo espero.

Don Amadeo, de mala gana, se retiró y Nieves le dio las gracias a Emilia que parecía furiosa. Es que en esa situación extraña, Andrés pasaba a segundo plano. Nieves no lo sabía.

–¡No me gusta ese jovencito que quede claro! –exclamó y se fue a ver a doña Águeda.

Nieves se miró al espejo. Había llorado demasiado. Es que todo le resultaba tan difícil en la vida. Sus padres manejaban a su antojo los sentimientos ajenos sin contemplaciones y ésa era una injusticia que no podía perdonar. Estaban haciendo de ella una joven melancólica y sin deseos de vivir. Emilia sino le dolía le pecho le venía la arritmia y si no se mostraba enojada y resentida con la abuela y con don Amadeo. En otros tiempos, ligaba retos Tomasa que, la pobre, nunca hacía nada malo. Su padre le prohibía a Conrado salir de fiesta; todo debía ser examen y estudio. Una novia por las dudas y un amigo para conversar los días de lluvia. Mucho compromiso y leyes para seguir y respetar.

Conrado se escapaba; él era un varón y podía hacerlo, pero Nieves tenía que permanecer en esa jaula dorada a la espera, con ansias de volar, cuando le habían cortado las alas el día anterior.

Tocaron el aldabón.

Ada fue a abrir la puerta y recogió el abrigo y el sombrero a Andrés que parecía nervioso, pálido y desorientado.

–¡Qué guapo que estás! No tengas miedo. Mi padre es buena gente.

–Sí, pero muy estricto.

–Bueno, pero tú tienes muchas virtudes. Lo conquistarás con dos palabras, ya verás. Relájate. A mi padre no le gustan los pusilánimes.

–No es fácil.

Andrés fue rumbo al escritorio y Nieves, quien le había dado fuerzas, sentía que se iba a desmayar. Todo podía salir bien o mal. A don Amadeo no le gustaban los términos medios. Nieves lo sabía.

–¿Ya llegó ese jovencito? –preguntó doña Emilia.

–Por favor, madre. No me desafíe, no busque la pelea ahora. Estoy nerviosa y me va a dar algo si usted insiste en armar conflictos en vez de darme un poco de paz.

–No diré nada. Tu padre se va a encargar.

–¿Por qué es tan egoísta?

–Porque sufro.

–Siempre lo mismo. La culpa de sus males la tienen los otros. ¡Hágase cargo!

–¡No me contestes así! ¡Soy tu madre!

Don Amadeo esperaba sentado en el escritorio, en otro mundo, mirando las flores que caían a la vereda del lapacho rosa. Tenía urgencia de salir, pero, ante el pedido de su familia, debía concederles una tregua a sus egoísmos y escuchar, sin quererlo, los deseos absurdos de ese tal Andrés.

Golpearon, con timidez, a la puerta.

–¡Adelante!

Andrés Rosas apareció tembloroso ante la rigidez del rostro de don Amadeo quien parecía un juez que iba a condenarlo, sin oportunidad de defensa, ante el oprobio de su conducta.

–Tengo que salir, hablemos rápido.

Andrés se desilusionó ante tremendo recibimiento: hostil y frío. Esperaba otra cosa, aunque sabía que iba a ser difícil enfrentar a don Amadeo que era muy celoso de su familia.

–Amo a su hija –dijo sin preámbulos y bajó la vista.

–Bien –respondió Amadeo con las manos detrás de la espalda. Caminó hacia Andrés, a quien no había invitado a sentarse, y se le acercó como un verdugo.

–¿Qué ingresos tiene? Digo... porque Nieves está acostumbrada a vivir bien. ¿Sus padres son gente de dinero?

–Yo no tengo nada. La fortuna es de ellos; mientras vivan le corresponde. Yo quiero ser intendente en el sur y para eso trabajo. Tengo vocación de servicio.

–¡Los políticos son ladrones! –exclamó don Amadeo con cinismo.

–¡Yo no!

–Por ahora. Lo dice de ingenuo que es, muchacho. ¿Por qué no trabaja en algo decente?

–Es mi vocación. ¿Sabe lo que es eso? ¿Nunca sintió deseos de ayudar a la gente para que pueda superarse, vivir dignamente y progresar?

Don Amadeo sentía que esa conversación de locos era un fiasco y debía terminar de una buena vez con ese teatro absurdo. A él no le importaban los sentimientos de nadie.

–Mire le voy a decir lo siguiente para que lo piense... Sé que va a superarlo. Nieves vive como una niña consentida. Lo tiene todo. ¿Qué haría en un lugar inhóspito y sin dinero, sin sus padres, sin nadie a quien recurrir por si se siente mal o atormentada? ¿Y Emilia? ¿Sabe que está enferma del corazón? Una hija se debe a su madre, a sus cuidados. ¿Le parece bien que la deje en esas condiciones? Ella la necesita más que nunca. ¡Pero, claro, el amor es mezquino! –gritó y continuó–. No ve un centímetro más allá. Los dos son jóvenes y tienen una vida por delante. Vaya, hombre, y gane dinero si puede... Difícil si tiene buenas intenciones. Luego hablaremos... ¡La vida es larga! En cambio la de mi pobre esposa no. ¿Me entiende lo que quiero decir?

–Sí, señor –respondió Andrés con melancolía. Él era un hombre tan correcto y sensible que las palabras de don Amadeo llegaron a conmoverlo. Debía sacrificar el amor de Nieves, debía dejarlo todo: la vocación, los sentimientos y el futuro. Estaba aturdido. Necesitaba pensar mejor. Se disculpó y se fue con el sombrero en la mano. Nieves lo estaba esperando ansiosa en la sala y Emilia observaba desde el cuarto de Águeda los movimientos del desconocido y su hija. Adivinaba lo que su esposo le había dicho y disfrutaba con aquella con aquella confusión de ideas y con el destrato.

Nieves se acercó a Andrés ansiosa y retrocedió al verlo tan triste.

–¿Qué pasó?

–Otro día hablaremos... –y se fue rápidamente.

Ella imaginó lo peor y pensó en ir al despacho de su padre, llevaba furia en los ojos y

ganas de gritarle demasiadas cosas, aunque debía respetarlo y obedecer. Se quedó inmóvil y afiebrada.

Emilia, detrás de la puerta, sonreía.

–Estás contenta con arruinar el amor de los otros porque ya lo hiciste con el tuyo. ¡Emilia te estoy hablando! –gritó la abuela que sospechaba, de antemano, el ardid de todos.

*“¿Quién dijo que para amar había que anularse y dejar de lado los proyectos de vida?
Para amar no debes renunciar a ti mismo, ésa es la máxima”*

Walter Riso

29-MATUSALÉN

Margot tomaba un licor sentada sola en una mesa del Antiguo Hansen. El hombre que la acompañaba siempre no estaba. No había llegado todavía y ella, envuelta en sus abalorios baratos y llamativos, parecía triste. Siempre lo estaba; esa vida resultaba ser un pozo sin fondo. Permanecía aletargada en la oscuridad de sus propios errores sin poder huir en busca de la libertad.

Conrado esa noche se escapó de Fermín. Le dijo que no iba a salir porque tenía que estudiar para un examen. Quería ir solo al café. Necesitaba acercarse a Margot sin intermediarios y sin que nadie se lo impidiera. Sabía que ella era una “mujer de la noche” y no le importaba porque la amaba demasiado.

Cuando se asomó a la puerta, entre el bullicio y el humo, la vio sola y su corazón comenzó a latir con fuerza. Nunca había sentido nada y ese descontrol de su alma merecía un reconocimiento. Debía valorar lo que se le ofrecía como un don para convertirse en el hombre que deseaba ser.

Unos malevos en un rincón lo miraron y comenzaron a hablar buscando instalar el miedo, pero él los evitó y fue en busca de Margot.

—¿Sola?

—Sí —respondió ella con debilidad.

—¿Me puedo sentar? La invitaría una pieza de baile, pero acá no se puede.

—Conversemos —contestó Margot amablemente y él le besó la mano enguantada.

—Conrado Uriarte —se presentó.

—Sí. Lo vi el otro día. Me imagino que usted no pertenece a este círculo. Lo noto en su ropa, en la forma hablar y de respetar a las mujeres. Acá nadie nos valora.

—Bueno, señora, a mí me enseñaron... ¿Y su esposo? ¿No vino?

–No tengo esposo.

–¿Y ese caballero que siempre la escolta y la cuida?

–No –dijo, y bajó la cabeza avergonzada.

–Entiendo...

Conrado pudo comprobar que el hombre era un acompañante de turno: “el que se la había ganado” como decían por esas épocas en los lugares poco decentes. Y ella se iba con el que mejor había esgrimido el cuchillo, con cicatrices y todo, con el rostro lleno de sangre y el bolsillo con poco dinero.

¿Quién podría querer llevarse una “mujer de la calle”?

Nadie serio, seguramente.

No existían Conrados Uriarte por los alrededores que quisieran tener al lado a alguien que los avergonzara frente a la sociedad y frente a su familia. No había futuro para Margot; sin embargo, Conrado no pensaba igual y estaba dispuesto a transgredir las normas impuestas por los conservadores; aquellos que dictaban leyes en las que excluían los sentimientos profundos.

–¡Qué pasa acá! –escuchó de espaldas la voz rota de un hombre que buscaba desafiarlo porque lo veía como una amenaza.

–Por favor –dijo Margot. No quería que nadie lastimara a Conrado.

–¡Parece que me perdí algo! ¡La “señora” se hace la dama! No me hagan reír que se me caen los dientes postizos. ¡Esta mujer tiene dueño! ¡Sabe!

–Ah, sí. ¿Y quién es si se puede saber?

–El que viste y calza.

–Me parece poca cosa para una gran mujer –exclamó Conrado con altivez y el malevo enloqueció y sacó un cuchillo.

Conrado se puso de pie. No tenía armas. Se enfrentaron cara a cara como dos sabuesos. La concurrencia comenzó a aplaudir porque parecía que comenzaba la verdadera fiesta.

Margot se ocultó en un rincón. No quería ver ese duelo. Era innecesario, pero los enemigos no pensaban lo mismo.

Nieves seguía llorando después del episodio con Andrés.

No quería ir a hablar con su padre porque imaginaba lo duro y exigente que había sido con él. También egoísta. ¿Por qué no? Emilia y Amadeo eran mezquinos. La infelicidad los había llevado a desear que los otros también lo fueran. Una actitud impropia y deleznable, imposible de creer en progenitores que amaban a sus hijos y que les deseaban el bien.

Emilia, egocéntrica, sólo reparaba en sí misma. Ya ni se acordaba de Tomasa y su desaparición. Sus males debían ser atendidos y escuchados, y si los otros reían le hacía mal. Amadeo, bajo el telón de su severidad, quería esconder sus instintos bajos. Los que no deseaba oír, pero que se hallaban latentes para golpear con fuerza su aletargado corazón. Genoveva del Campo bella y joven, Genoveva del Campo, la mujer prohibida.

Amadeo bajó a la sala y miró el reloj. Era demasiado tarde.

–¿Qué le dijo a Andrés? –preguntó Nieves llorosa y dolorida.

–La verdad.

–¿Qué verdad? La suya, la que usted piensa y cree. No la mía sino me escucha. ¿Cuándo le va a importar que sus hijos sean felices? Por suerte Conrado es varón y hace lo que quiere. No puede dominarlo como quisiera.

–Ésas no son formas de hablarle a un padre.

Nieves se fue llorando al cuarto y apareció Emilia a rastrear los hechos; sabía que con ese tema su marido no la había defraudado. Nieves, la niña, debía quedarse en casa para cuidar de ella. Después si le quedaba tiempo, a los sesenta años más o menos, podría encontrar algún viejecito con dinero. Así pensaba Emilia, y Amadeo la secundaba porque también era su plan. Otro podría ser buscarle un marido, pero eso llevaba más tiempo. Debía ser el hijo de sus contactos. De todas maneras, tenían que vigilarla porque, ante los rechazos, podría huir. Muchas jóvenes lo hacían para escapar de la custodia familiar.

–Perra –murmuró Águeda desde la puerta entreabierta.

–Venga a la cama, doña, que va a tomar frío –le aconsejó Ada.

–Si estamos en verano, hace un calor horrible.

–No es verano, abuela, es primavera.

Águeda, desde su mundo gris, veía las miserias de su hija y no podía contenerse. Vivir en la mansión le provocaba vacíos mentales. Reconocía que Emilia era fría y calculadora, pero nunca imaginó que fuera tan cruel, y menos con su propia hija.

–Sabes, Ada, hay gente que sufre y quiere que los demás también porque sienten que si disfrutaran la vida, si son felices, les están quitando a ellos la posibilidad de serlo, que les están robando y que no tienen derechos. Mi hija Emilia es un ser oscuro. Yo no la críe así, la quise tanto. No sé cómo y cuándo le llegó ese resentimiento. El esposo no la ama. Creo que la engaña con otra.

–¡No diga eso! ¿Quién le contó esa mentira?

–Nadie. Yo lo sospecho. Él parece de treinta y ella tiene más años que Matusalén. ¿No la ves?

–No, yo no veo nada. No me meto en cuestiones de familia. Soy una empleada.

–Nada. Tú eres mi hija.

–No diga más tonterías y venga a la cama. Le va a dar un enfriamiento y después va a tener que ir al hospital.

Águeda necesitaba intervenir en favor de Nieves, pero no podía hacer mucho. Ella se casó por amor y quería que su nieta fuera por el mismo camino, pero Emilia era el obstáculo. Una mujer envidiosa no era una buena madre. Según la abuela no se merecía los hijos que tenía, ni un futuro ni nada. No debía aborrecerla, pero su frialdad la convertía en su enemiga.

–Estoy tan vieja que ya ni veo.

–Deje de hacerse la víctima y de mentir.

Águeda disfrutaba.

“No es posible remontar el vuelo si estamos anclados al suelo presos del resentimiento”.

Adrián Triglia.

30-RÍO NEGRO

Las dos caras enfrentadas, y el hombre con el cuchillo en la mano.

–¡A mí nadie me quita lo que es mío!

–Eso está por verse.

Conrado Iriarte, el joven millonario de familia adinerada, le dio un empujón a su adversario que quedó en el piso y se golpeó la cabeza contra un mostrador de madera. El cuchillo fue a parar debajo de una de las mesas. Conrado lo levantó y fue donde se hallaban los despojos de aquel hombre flaco. Lo agarró del cuello del saco y lo sacudió, lo volvió a arrojar al piso y lo levantó otra vez hasta que el enemigo se mostró extenuado y rendido.

–Se le olvidó esto –le dijo y le entregó el cuchillo.

Margot no podía creer lo que había hecho Conrado, sin armas. Lo admiraba más que nunca. La había rescatado de la violencia y de aquel individuo inescrupuloso.

–Ya hice el trabajo sucio. ¿La acompaño a su casa? –le preguntó Conrado: lúcido, sin rastros de peleas en sus ropas y en su rostro, más vivo que nunca, atractivo y seductor.

–Claro –respondió ella con timidez.

Por las calles apenas iluminadas por las bujías, iba la galera desafiando las conductas rígidas de quienes creían saberlo todo. Él la tomaba de las manos y Margot se sentía una adolescente. Conrado le daba miedo. Nunca había conocido a un hombre así y pensaba, en lo más hondo de su corazón, que no merecía el trato de dama que él le daba. Conrado Iriarte era muy educado y formal, y sabía bien qué clase de mujer era ella. No le importaba. La amaba

demasiado.

–Es acá –dijo Margot–. Gracias.

Se bajó rápido y se fue hacia la entrada.

Él se quedó mirándola. Esperaba otra cosa, pero se conformó. Por lo menos ya sabía dónde vivía.

Andrés, al otro día, armó su valija.

Todavía tenía que contarles a sus padres los planes políticos. Seguramente, a don Dalmiro no le iban a interesar y se opondría a semejante riesgo; sobre todo porque la fortuna de ellos necesitaba custodios. Andrés era hijo único.

A mediodía, se fue de los tíos a hablar con su prima Elena. Le quería pedir consejo, buscar las palabras justas para no herir a Nieves porque era una joven muy sensible. Elena parecía más madura y capaz de sobrellevar las posturas a las que se veía obligada por las conductas de Conrado a quien no quería abandonar. La vida y los años se le escapaban esperándolo llegar.

–Me voy al sur. Necesito ir preparándome, ya falta poco para las elecciones y debo estar cerca de la gente. Ya me conocen, pero es bueno que escuchen de mi boca las ideas, las propuestas, que sueño para esos habitantes.

–¿Y Nieves?

–Me voy solo. Ayer hablé con el padre y me hizo ver muchas cosas que, por estar enamorado, no tenía presente.

–El amor es lo primero. ¡Te dejaste envolver por ese viejo egoísta! –exclamó Elena con furia porque notaba que Andrés parecía resignado a perderlo todo–. Ella te ama. No la abandones. ¿Por qué no se escapan juntos?

–No, por favor. Jamás haría algo así, tú me conoces.

–Porque te conozco, te quiero dar ese empujón que necesitas. Andrés, escucha... El verdadero amor pasa una sola vez en la vida. Tú lo dijiste muchas veces, reacciona. La existencia de cada uno es corta y debes ser feliz.

Belia, quien escuchó la conversación desde el cuarto de las costuras, apareció pálida en la sala. Parecía esconder un secreto y eso la hacía sufrir demasiado.

–¡Tía!

–Sí –dijo débilmente–. Vine a tomar unos mates. ¿Me acompañan?

–Yo me voy. Tengo que ocuparme del viaje.

–Mamá. Andrés se va solo al sur. La abandona a Nieves.

Belia se acercó y le tocó la cabeza con inmensa ternura. Luego lo abrazó con lágrimas en los ojos.

–¿Mi hermana ya lo sabe?

–No. Me va a costar mucho decírselo. Ellos viven para mí. Soy único.

–Igual que Elena. Hijito, deja esa locura de ser intendente de un lugar como Río Negro donde no te conoce nadie. ¿Qué ganas? Acá está tu familia, tu amor, tus padres que ya son viejecitos. Por supuesto que no se quedarán solos porque Blas y yo estaremos pendientes de todo lo que necesiten, pero el cariño de un hijo no se reemplaza.

–Tía, la vocación es tan fuerte, es como respirar. La vivo dentro desde que era niño y contra eso no se puede ir porque se siente igual que si te cortaran un brazo.

Belia se secó las lágrimas con un pañuelito de encaje que tenía en el costurero y le dio la espalda para preparar el mate. Elena le tomó la mano a Andrés quien parecía demasiado acongojado. Desde su visión todo se tornaba gris y se le nublaba el llanto, las manos apretadas, sus padres ancianos, la mirada de Nieves, las palabras de don Amadeo...

–No la lastimes a Nieves. Es tan vulnerable.

–Nunca.

Andrés se fue rápido por la puerta del patio como siempre y Belia tuvo que sentarse porque le temblaban las piernas.

–Es un loco, qué necesidad tiene de estar haciendo sufrir a tanta gente –dijo sin parar de secarse las lágrimas.

–Bueno, no exageres tanto. Son cuatro años si gana las elecciones.

–¡Una vida! Mi hermana morirá. Lo sé.

–¡Oh, qué fatalista! Mamá, no tienes que tomarlo así. Peor es para Nieves que pierde el amor.

–El amor es amplio y abarca todo: los padres, la casa, la familia, el suelo donde se nace, tu plaza, el barrio y hasta los muertos.

Elena no sabía cómo consolar a Belia. Semejante reacción le resultaba exagerada. Andrés no era su hijo, pero lo sentía como tal. Pensaba en su hermana Catalina, con sus años, llorando desconsolada por los cuartos vacíos, mirando los retratos y fotos dentro de una caja de cartón. Iba a ser demasiado triste para los tíos.

Julia, al otro día, se la notaba feliz y cantaba mientras barría el patio.

Tomasa, desde la cocina, la miraba y sospechaba que se había arreglado con el esposo. No le gustaba ese hombre autoritario que no la respetaba, pero... ¿quién era ella para intervenir y menos en cuestiones de pareja?

–¡Mira todos los nidos que tiene la planta! Las palomas son porfiadas y los construyen en dos ramitas, luego el viento los destroza –dijo Julia con entusiasmo.

Tomasa notó que se alegraba con las cosas simples de la vida y eso le demostraba, no sólo un alma pura sino un corazón sano, libre de penas. Se alegraba por ella; sabía de ese hombre inescrupuloso, pero si Julia lo amaba todo estaba dicho.

La existencia era una caja de pandora. En su interior se hallaban los males y las desgracias que los humanos podían padecer como la fatiga, la locura, el vicio, la pasión, la tristeza, el crimen y la vejez. Y el vacío en la mente de Tomasa.

Allí, en la casa de Julia, se sentía a gusto, pero había pensado en que debía irse. No era un lugar para ella y menos cuando aparecía el esposo. Desde su abismo interior podía tejer historias, la de los libros que leía, pero no le aportaban nada a sus recuerdos olvidados. Ya ni se acordaba del hospital y de las enfermeras que también eran monjas y que rezaban detrás de las puertas.

–¡Ayúdame con estas macetas! –le gritó Julia desde afuera.

–Sí, claro –salió Tomasa rápido para que Julia no se lastimara.

Mientras arreglaban los canteros, la criada le dijo que se quería ir de la casa y que no se preocupara más por ella, que donde fuera la recordaría siempre como una gran persona: humilde, generosa y sensible.

–¡Ahora que estoy tan contenta me vas a abandonar! –le contestó Julia sorprendida.

–Es que yo, con todo respeto, a su esposo no lo quiero, no me gusta.

–¿Y quién habló de esposo?

“Quien pretenda una felicidad y sabiduría constante, deberá acomodarse a los caminos...”

31-“LA TERTULIA DE DAMITAS”

–¿Por qué lloras? ¡Te gusta verme solterón y sin futuro! –le gritó Fermín a su madre que no paraba de quejarse. Es que Juana había sido una mujer activa y verse en esas condiciones y postrada en un sillón de ruedas le traía crisis de llanto.

–No llore, doña. Nadie la obliga a comer –respondió la chica de turno–. Y usted, con todo respeto, no le grite porque se pone peor.

–Es que no doy más. No soporto este encierro, me dan ganas de huir, de desaparecer.

Fermín, acorralado como nunca antes, se sentía enfermo. Le dolía el cuerpo; la cabeza iba a estallarle en cualquier momento debido a la falta de contención, de amor y de compañía sincera. Conrado había dejado de visitarlo, y las salidas nocturnas eran cada vez más espaciadas.

Lo fue a buscar a la salida de la Universidad.

–¡Amigo! –gritó Conrado al verlo cuando salía de la facultad con unos compañeros. Di el penúltimo examen. ¡Ya me recibo!

–Me alegro mucho. Vine a saber de ti porque hace mucho que no conversamos y que no salimos como antes.

–Es que estuve estudiando, y además tengo novedades –respondió Conrado eufórico.

–No me asustes.

–Ella es fascinante.

–¿Quién?

–¿Cómo quién? Margot. Estamos juntos. Bueno, es una forma de decir. La veo en lo de Hansen y después la acompaño a la casa. Hasta la puerta. Estoy tan feliz.

–¿Con esa mujer? –contestó Fermín desilusionado. ¿Y Elena? Te estás equivocando feo, amigo.

–¿Por qué? ¿Por qué se acostó con otros? Ella está dispuesta a cambiar. Ya me lo dijo. Lo hará por mí para que mi familia la acepte, y Elena tendrá que entender. La vida es una y pasa

rápido. ¡No me mires así! ¡Tantos escrúpulos! El amor es más importante que los juicios de gente sola y envidiosa.

Fermín se sintió tocado con esa frase y bajó la vista dolido.

—No lo dije por ti. Perdón. Es que en el fondo sé que no es bien visto lo que siento y trato de defenderme como puedo. El amor no tiene límites, pero sí fuerzas para arremeter contra el mundo. Tú no sabes de eso.

—No.

—Fermín, no te ofendas. Lo digo porque nunca me has contado nada sobre tu vida sentimental. Discúlpame.

—Nada. Está bien. Nos vemos otro día. Me voy para la Sociedad Rural. Mucha suerte.

—Espera...

Fermín se subió al carruaje para ocultar su dolor. Se parecía a su madre y no quería. Debía ser generoso, pero le molestaban las injusticias, lo que él consideraba destrato, le dolía la pobre Elena. ¡Tan buena! La impotencia lo doblegaba cuando pensaba en Margot y su pasado. “La mujer de la noche”, la que tantos hombres se habían ganado. ¿Cómo habría hecho Conrado? No quería saberlo, no le importaba. Él era una persona decente, honrada y no soportaba ese tipo de ambientes. En realidad, tenía la culpa porque había arrastrado a su amigo a la bajeza más grande, a revolcarse en el fango de quienes lo único que hacían era recorrer arrabales con la cara rasurada por la navaja, tomar alcohol para tener coraje, pelearse por mujeres indignas y escupir a la sociedad que los señalaba con el dedo. Ese pueblo que trabajaba y estudiaba, que seguía las buenas costumbres imperantes y que se dirigía con respeto a las damas, que las valoraba y que las elegía para toda una vida al lado.

Conrado Iriarte traficaba con los sentimientos puros y los pisoteaba demasiado. Ya no quería saber de él, al menos hasta que se le pasara el rencor.

—No lo veré más —murmuró.

Genoveva del Campo paseaba en un carruaje propio con un niño. Siempre lo hacía; solía merodear la casa de don Amadeo y luego el hospital Rivadavia.

Había decidido ir a visitar a Nieves, pero la madre seguro que la echaría a la calle. Acorralar era su especialidad, verse presa la hacía sentirse inútil y débil.

El niño era pequeño y le decía “mamá”.

Genoveva le escribía cartas a doña Emilia que dejaba en un pequeño buzón ubicado en la vereda frente a la mansión.

Como me río de las mujeres con la “nariz levantada” que se creen dueñas de la voluntad de un esposo fiel. Me dan lástima porque yo puedo, si quiero, dar vuelta la historia y dejarlas pobres y humilladas. Se creen que tienen suerte y proclaman el deber, pero no son nada.

Esas esquelas las recogía Ada, pero Emilia se las quitaba y las guardaba muy celosamente como prueba. No estaban firmadas, pero ella calculaba que Genoveva del Campo la extorsionaba para que se cansara de Amadeo, lo dejara y se fuera de la casa; sin embargo, Emilia, a pesar de sus dolencias y achaques, se sentía más fuerte que nunca y no se le cruzaba

por la mente abandonar a su esposo.

Nieves en un descuido se había escapado de la residencia.

Al no tener noticias de Andrés, fue a buscarlo. La llevó Carlos, el chofer, quien no sabía qué hacer ante los ruegos de Nieves. Si estaba bien o no, si debía o no. Ella se lo pidió con tanta angustia; lo tomó de las manos y le suplicó. Carlos no pudo oponerse, sólo le aconsejó volver rápido por si necesitaban el carruaje para Águeda o para Emilia.

La extensa arboleda de tilos se extendía de punta a punta frente a las rejas de la mansión de Andrés Rosas. Algunas ventanas en lo alto se hallaban abiertas, y una mujer con cofia blanca pasaba el plumero.

Tocó la campanilla, pero nadie acudió a recibirla. La mujer cerró la ventana. Nieves esperó un rato y por la mirilla de la puerta escuchó:

–¿Qué necesita?

–Hablar con Andrés. Soy Nieves Iriarte.

–Disculpe que no abra la puerta, pero los patrones me lo tienen prohibido cuando no conozco a la persona, y yo cumplo. Cuido el trabajo, sabe.

–Sí, me parece bien. Yo solamente necesito hablar con Andrés.

–Él no está, señorita. Se fue al fin del mundo. Así le digo yo. Muy al sur del país. Los padres, pobrecitos, no lo pueden entender y no están en condiciones de atenderla. Se imagina que ellos tienen ese solo hijo y que se haya ido es desgarrador. ¿Usted es una amiga? ¿Por qué llora?

–Soy una amiga. No se preocupe. Adiós y gracias.

Nieves se subió a la galera sin más palabras, abrumada por ese lacerante dolor de haberlo perdido todo por culpa de su padre. No entendía por qué Andrés no se había despedido, por qué la había dejado sin una explicación, sin un abrazo, sola.

–Ingrato, mentiroso –dijo por lo bajo. Estaba tan dolida por ese abandono, y no entendía como él, un hombre tan correcto y respetuoso, se había ido sin decirle adiós. ¿Tan duro había sido Amadeo? ¿Qué le dijo que lo asustó tanto? ¿La injusticia tiene más poder que el amor? Andrés no merecía sus lágrimas porque era un cobarde. Se le había caído la careta de hombre dulce y cariñoso, protector, y había aparecido el ser mezquino que llevaba dentro, tan egoísta como todos los hombres.

Cuando llegó a la casa se refugió en su cuarto a llorar.

Doña Emilia la vio desde el jardín de invierno y sonrió. Se imaginaba la escena, sabía todo. Mejor era callarse y seguir como si nada pasara. A los caprichos de las niñas había que olvidarlos porque eran sólo berrinches que con dos gritos desaparecían. Peor era lo que le pasaba a ella con Genoveva, ya que se trataba de una mujer más grande y por lo que había visto cuando la siguió tenía un niño. ¿De quién?

La abuela Águeda se asomó vestida con sus abalorios y volvió a decir que llegaba para “la tertulia de damitas”.

“El egoísta se ama a sí mismo sin rivales”

Cicerón

32-LOS VARONES SON LIBRES...

Doña Águeda seguía hablando incoherencias y su hija Emilia ya no la soportaba más. Oír su voz le hacía mal. Además pensaba en el esposo que la engañaba, en Conrado que no se casaba ni se recibía de médico y en Nieves. Aunque ya estaba solucionado el tema del político. Lo que temía era que su hija pudiera huir detrás de él, pero la tenía demasiado vigilada.

–Mamá, ¿por qué no regresa a la casa? Aquí tenemos demasiados problemas. ¿Entiende? Está Ada que puede cuidarla y llevarla al cementerio a ver a papá cuando usted quiera.

–¿Qué cementerio? ¿Papá? Mi papá era coronel y se murió cuando yo era un bebé de cuna.

–¡No! –gritó Emilia–. ¡No!

–Ay, hija. ¡Qué mal estás de los nervios! Dile a tu esposo que no salga tanto con otras mujeres y que te atienda.

Emilia, sin decir una palabra, se fue a su habitación y dejó a doña Águeda sola, quien se sentó a leer revistas, con total tranquilidad e indiferencia, como si no hubiera hablado, como si viviera aislada en su propia burbuja.

–¿Cuándo te vas a ocupar de tu madre? –murmuró con la convicción de que nadie la escuchaba; sin embargo, entró don Amadeo.

–Hablando sola, suegra.

–No, estaba haciendo cuentas matemáticas en voz alta.

–¿Para qué?

–No sé. Para saber hasta cuándo me alcanzará el dinero.

–Me hace reír.

–Tú también.

Don Amadeo desapareció por las galerías con su valija de médico y doña Águeda lo miró por encima de los espejuelos.

–Son todos tan hipócritas que dan asco –dijo.

Conrado regresó de la facultad y se sentó en la sala junto a la abuela sin decir palabras. Llegó Ada y le trajo una bandeja con café y tarta de manteca y dulce de leche. Él cuando quería era hermético y guardaba secretos que consideraba muy suyos. El más grande e incontable era el de la existencia de Margot. Aunque la amaba sabía que debía ir con cautela porque no quería desbaratar su plan. Conrado ya era un hombre y nadie iba a manejar su vida.

–¿Qué traes debajo del poncho? –preguntó la abuela con simpatía.

–Cansancio. A veces, todo me parece inútil, un esfuerzo innecesario.

–Es que tú no quieres ser médico ni casarte con esa niña.

–Así es el destino, abuelita. Papá médico, hijo médico.

–No. Tú eres un ser aparte que siente y piensa. Debes valorarte y sobre todo respetarte. No escuches a Amadeo y menos a Emilia que es tan narcisista. Ya la ves a Nieves, le “corrieron” el novio y la dejaron hecha un trapo, la pobre da lástima.

–¿Le “corrieron” el novio?

–Sí, el político. Se fue al sur después de que habló con tu padre y lo peor es que no se despidió, ni una esquela le dejó a Nieves.

–¿Y qué le dijo mi padre?

–Quién sabe...

Conrado de tanto pensar en Margot y en sus problemas había descuidado a su hermana y también a Elena, pero ése era otro tema que dejaría para más adelante. No quería lastimar a su novia.

–¡Es tan buena! –seguro diría Fermín y tenía razón. La vida lo colocaba entre la espada y la pared, y lo obligaba a caminar delante de sus propios pasos, con los ojos vendados y los oídos sordos. Si quería ser feliz debía andar por la oscuridad sobrecargado de miedos y de incertidumbre; debía obedecer para no salir de su estado natural y cómodo. Tenía que olvidarse del amor.

La vida, a su corta edad, le resultaba penosa. Demasiados códigos impuestos y leyes acartonadas. ¿Para qué? Para renunciar a la dicha y sepultar los sueños.

Nieves se secó las lágrimas y fue al despacho de su padre.

Lo había visto entrar despreocupado con su familia como lo hacía siempre, pero

pendiente de otros asuntos que ella ignoraba. Ya no le importaban demasiado. A la única que extrañaba era a Tomasa. Pensaba que quizá estuviera muerta porque de lo contrario ya hubiera regresado a la casa.

“Ay... Tomasa. Mi negrita linda, cuánta falta que me haces”, pensó antes de golpear a la puerta del escritorio-biblioteca.

Don Amadeo, disperso como siempre, miraba a través del cristal los coches que iban por la avenida. Siempre alerta. La visita de Nieves lo sacó de su letargo transitorio, lo incomodó demasiado porque sabía que venía a reprocharle muchas cosas. Sentía un poco de culpa, pero más fuerte era cuidar los destinos de su familia.

–¿Qué le dijo a Andrés? Yo se lo pregunté el otro día, pero por “el amor de Dios” le pido que me cuente la verdad.

–Hijita, pareces enemiga de tu padre que te quiere muchísimo y que desea tu bien. ¿Qué harías tú sola en el sur sin tu familia? ¿Y si necesitas algo? ¿Y si te sientes mal? Además estás acostumbrada a vivir bien, a tener de todo. No te falta nada. Eres tan joven.

–Soy una mujer.

–Lo sé, querida, lo sé. Pero ese muchacho es demasiado humilde y está empezando en una profesión que no me gusta. La política es sucia, corroe el alma y la conducta, cambia a la gente porque el poder los lleva al abuso. Se olvidan del pueblo para satisfacer sus ambiciones.

–Andrés no es así.

–Lo será, lo será. Además, Emilia está enferma. Lo sabes bien. Tiene el corazón grande y débil. Sufrió mucho de niña. Tú eres su hija y como tal debes, es tu obligación, quedarte a su lado, cuidarla. Ella morirá si tú te vas. ¿Qué harás después con semejante culpa? Emilia te necesita más que nunca, Nieves. No podemos esperar nada de Conrado, él es un varón.

–Los varones son libres, entiendo –dijo Nieves quien le dio la espalda a su padre y se fue como vino, con el alma desgarrada y vencida. Ya no le quedaban más preguntas. Todo estaba dicho. Hubiera querido ser pobre como Tomasa, fregar pisos y poder salir a la calle. Ser libre, mendigar en los pórticos y tener un hijo en la puerta de una iglesia. Esa vida carcelaria no le gustaba y prefería morir; tampoco tenía el coraje para escapar detrás de Andrés.

Nunca en su corta existencia sintió tanto desprecio por la sociedad a la que pertenecía, sus códigos y leyes que no miraban los sentimientos ni los acompañaban. ¿Cuidar a una madre hasta que muera o hasta el fin de los tiempos? ¿Dejar de ser uno mismo para ser el otro o a costa de la propia felicidad? Nunca había escuchado ese reglamento absurdo, pero debía ser verdad porque muchas jóvenes se escapaban detrás del amor que su familia no aceptaba.

Nieves se vistió de negro y se fue a la iglesia.

No sabía dónde ir, se sentía asfixiada en su propia casa, sin sueños ni esperanzas. El templo no era el mejor lugar, pero era el único sitio al que podía ir sin que nadie se lo reprochase y sin ser vigilada.

–¡Me voy a misa!

–Claro, hija.

–¿Nieves a misa? Y bueno, tendrá que pedir perdón.

Desde ese día su rostro envejeció diez años y se transformó en una mujer sombría,

melancólica y demasiado adulta. Casi no hablaba y llevaba siempre un pañuelito en las manos. Le leía en voz alta a la abuela Águeda y de vez en cuando iba al asilo a enseñar fascículos de la Biblia y a llevarles libros clásicos a los huérfanos. Ya no hablaba de Andrés, y Emilia, si bien estaba feliz por tenerla a su lado, cierto remordimiento no la dejaba en paz. Había hecho de su hija una mujer sin voz, distante, se había muerto aquella Nieves que todo le parecía gracioso y que, con su risa, llenaba los huecos de la mansión. Ahora era un fantasma que pasaba los días dándole las pastillas y el vaso de agua a Emilia a la misma hora.

“Los tristes dicen que los vientos gimen; los alegres creen que los vientos cantan”

33-“LA NIÑA BONITA”

Conrado ya no salía con Fermín, prefería ir solo al café Hansen porque allí se encontraba con Margot. Luego la acompañaba hasta la casa de rejas despintadas y del umbral no pasaba. Cuando ella se descuidaba, él le dejaba dinero en el bolsillo del saco que, al otro día, Margot hallaba cuando acomodaba la ropa. Se lo había querido devolver muchas veces y él no aceptaba. Decía que eran sus regalos y trataba de convencerla para que se comprase vestidos más sobrios y de calidad, sombreros pequeños y zapatos de raso.

Margot parecía otra, ya no quedaba nada de la sofisticada mujer que Conrado conoció en la ópera. Él la estaba modelando a su forma y estilo para que, llegado el momento oportuno, pudiera presentársela a sus padres. Aunque sabía que era imposible ocultar su origen.

Con Elena todavía no había hablado, y “la niña bonita”, como le decía Fermín, todavía lo esperaba entre llantos y enaguas; desde los ventanales españoles de su casa, cuando los gorrones del otro lado del vidrio miraban su desconsuelo, enredaba en los hilos de los costureros los sueños inconclusos.

“Otro día más sin él”, pensaba, y no podía esconder la sensación de vejez que se colaba por los muros, en la mirada de Belia, su madre, y sus palabras de consuelo. No quería que le tuvieran lástima, pero tampoco aceptaba consejos.

Los sábados iba a la casa de Conrado a cenar como lo hizo siempre, pero no la acompañaban sus padres, y ella, tratando de disimular, dejaba que la velada transcurriera en armonía, mientras Conrado se desentendía de todo. No la amaba, pero tampoco la dejaba volar.

Nieves parecía una muñeca de cera, como si le hubiera pasado un siglo por encima y la abuela Águeda bostezaba y tejía arropada en pleno verano, calzando botitas de piel y sombreros

con plumas despeinadas.

–¡Qué invierno tan caluroso! –decía, y Emilia se levantaba y se iba sin decir una palabra.

Las monjas-enfermeras en la casa de Fermín cumplían con sus tareas.

Algunas, las que eran sólo criadas y que en muchas ocasiones no le daban la pastilla para dormir a doña Juana, se despreocupaban y la anciana dormía toda la noche. Es que Fermín ya no salía y se lo notaba triste y distante. Cumplía con sus obligaciones en la Sociedad Rural y a veces iba a almorzar a la casa de Conrado porque lo invitaba Nieves. Es que necesitaba hablar con alguien y desahogar la pena que llevaba dentro como un secreto indisoluble.

Conrado los miraba de lejos; no se acercaba porque Fermín no le perdonaba su romance con Margot y el desaire a “la niña bonita”. Hubiera querido ir a la casa de Elena a contarle todo: el engaño, la ausencia y la imprudencia de amar a una mujer de pasado turbio. Tenía tanto para declarar, pero se quedaba mudo porque ése no era un tema propio y debía callar. Desde sus ojos juzgaba las conductas. ¿De qué le servía ser tan formal si nadie, a su alrededor, lo era? Parecían actores fingiendo ser felices cuando por dentro hubieran querido gritar.

–¿No sabe nada de Andrés? –le preguntó a Nieves, quien le ofreció un café casi a medianoche.

–No. Debe haber sido elegido intendente en aquel pueblito perdido del sur. No lo culpo, no me quejo. Era su vocación. Sólo me duele la forma de irse y de dejarlo todo. Es difícil arrancarse los sentimientos cuando están dentro del corazón.

–Ya lo creo –respondió Fermín con melancolía–. ¿Y Elena?

–Hoy no vino, pero siempre es invitada los sábados. Ella también sufre por mi hermano, es tan inestable. No sabe lo que quiere y mi padre, de alguna manera, no lo deja elegir.

–Elegir qué...

–A quien amar –respondió Nieves como al descuido. Se notaba que lo dijo sin pensarlo mucho. No sabía nada sobre la existencia de Margot, y Fermín, por cortesía, se calló. No era el momento, no era su problema.

–Pobre Elena.

–Las mujeres somos débiles o nos obligan a serlo.

Tomasa, en compañía de Julia, cantaba por los cuartos mientras limpiaba. Los zorzales que alegraban la mañana parecían enamorados y lo estaban, tal vez... como la dueña de la casa.

A Julia se la veía feliz, como si hubiera desatado cadenas y abrazado el presente que, igual que un rayo de luz, le iluminaba los ojos.

La criada seguía sin recordar su pasado. De una cosa estaba más que contenta y era el hecho de no haber visto más al desconocido: el esposo de ella. Aquel hombre cruel que no respetaba a una dama digna y humilde no merecía el perdón.

De pronto, miró por la ventana y vio un carruaje detenerse. Tembló. El hecho de que aquel individuo regresara la partía en dos como si ella hubiera tenido algo que ver con esa

relación tóxica. Es que la perturbaba demasiado. No quería oír gritos e insultos; eran igual que un golpe de martillo, la perforaban, la aturdían. Quizá, necesitaba ese sacudón para recordar. No lo sabía.

Julia salió al encuentro de la galera y una persona le dio un paquete. Lo tomó con alegría y beso a alguien... Luego entró a la casa y el carruaje siguió su viaje.

–Mira, Tomasa. ¿No es bello?

–Mucho.

La caja envuelta en papeles dorados traía un vestido color malva amplio y principesco. Julia se lo probó sobre el cuerpo y le quedaba perfecto.

–¿Quién se lo regaló? –preguntó con indiscreción, y al rato dijo: –. Perdón.

–No te disculpes, amiga. Fue “él”.

–¿Su esposo?

–No tengo esposo. ¿Cuántas veces te lo he dicho? No soy casada.

Tomasa, de a poco, estaba comenzando a entender, y lo que suponía no le gustaba nada. Ella tenía escrúpulos: un indicio claro de una vida pasada.

Emilia discutió otra vez con Águeda.

No soportaba su falta de lucidez; si bien sabía que era una enfermedad mental, no podía asumir que ella era su madre. Es que la sentía otra y eso le daba dolor e impotencia. Cuidar a un paciente así era desgastante y ella también se sentía mal.

Escuchar a Águeda contradecirla en todo, acusarla de no atenderla ni de quererla como se merecía, inventar amores clandestinos de Amadeo y vociferar que él tenía amantes, la volvía loca, la dejaba al borde de la depresión.

Entendía que a todos los hijos les tocaba cuidar a los padres ancianos y a veces con dolencias irreversibles, pero ella estaba pidiendo a gritos una tregua que no llegaba. Resistía como podía los embates groseros de doña Águeda, quien no se daba cuenta de nada porque obviamente no comprendía que el tiempo se le acortaba y que ella estaba en el último tramo del viaje. Iba y venía de la habitación a la sala arrastrando los pies con el bastón, los collares y los aros, las estolas de piel y los sombreros que, con el calor, parecías disfraces italianos. Llamaba a Ada para que le diera una merienda y se comportaba de manera normal, pero solía tener crisis que desconcertaban al mismo Amadeo que era médico.

–Es arteriosclerosis.

–Yo la noto bien, salvo los trajes que se pone y lo desorientada que se encuentra con respecto a las estaciones. No sé cómo no se desmaya con el calor que hace tan abrigada –respondía Ada, su asistente.

–Hipócritas –murmuraba doña Águeda que parecía odiarlos a todos, pero más a su hija Emilia porque no le perdonaba haberla dejado sola cuando murió su esposo, porque la visitaba una vez por mes y porque no se preocupaba por su salud o por si necesitaba algo.

Mientras tanto...

Nieves bajó del piso superior llamando a los gritos a su padre:
–¡Mamá está muerta!

*“La muerte es dulce,
pero su antesala, cruel”*

Camilo J. Cela

34-BENICIO

Afuera, las torres de la iglesia se coronaban con el brillo lunar, y una hilera de luces conducía al puerto. La noche parecía tranquila. Elena miró a través de la cortina de voile y terciopelo en ambas direcciones y llamó a Benicio, el gato, que solía correr por los tejados en busca de grillos. Por un momento, añoró la libertad de los campos. El rocío nocturno, y el aroma de los jazmines de los patios le recordaban a la Navidad y a su abuela Clotilde. Se detuvo mirando el muro blanqueado con cal y miró el cielo. Una estrella pálida y nueva miraba la negrura de la noche.

Elena tenía sueños inconfesados que sólo aparecían en momentos de soledad absoluta, casi de desamparo.

“Andrés estará mirando el mismo cielo”, pensó.

–Emilia murió –dijo Blas, quien apareció por la misma puerta por donde solía entrar Andrés.

–¿Qué, papá?

–Emilia Paz y Bustos, tu suegra, falleció. Me lo dijeron en la cooperativa, vengo de allí porque iban a renovar las autoridades.

–¿Estaba don Amadeo?

–No, pero las malas noticias corren rápido.

–Tengo que ir a ver a Conrado –exclamó Elena con resolución.

–No, mi querida, acá nadie avisó nada. ¡Basta de ir detrás de él! ¡Deja que te busque! Si te necesita lo hará...

–Es que debe estar abatido, pobre Conrado.

–Como todos cuando se nos va un ser querido. No lo aceptamos, no lo creemos y nos echamos todas las culpas. Así es la vida.

–No voy a poder dormir pensando en la soledad de Conrado y en el velatorio. ¿Cómo no

voy a ir?

–Mañana, hija, mañana.

Fermín, a pesar de las diferencias que tenía con Conrado, dejó a su madre con las criadas y se fue para la mansión.

“Los verdaderos amigos están en los momentos tristes”, pensó.

Le dio miedo golpear al ver tanta oscuridad. Sólo un farolito se veía desde una ventana a través de los postigones de madera.

–Lo siento –le dijo a Ada, quien abrió la puerta.

En la sala estaba Conrado y Nieves sentados uno al lado del otro. En silencio. Desde la angustia sólo se percibía el vacío. Bajo ese manto de sombras, la ausencia era una sombra más: contundente y fatal, que los hermanaba. Conrado y Fermín se dieron un abrazo. Eran como hermanos, por eso Fermín se enojaba tanto con los deslices amorosos de ese niño grande que no quería entender y que no valoraba lo que en verdad tenía importancia.

–¿Qué sucedió?

–Durmiendo. No se dio cuenta de nada. Ella sufría del corazón desde hacía mucho tiempo –respondió Conrado.

–Pobre mamá –agregó Nieves–. Ella no sabía querer.

–¡No digas eso! ¡Cada uno quiere como puede!

–No se peleen...

Don Amadeo, sin una lágrima, bajó las escaleras dispuesto a organizar el velatorio. La frialdad era mayúscula y la indiferencia lo delataba. El trámite debía ser ligero para acabar más rápido. En un primer momento, nadie dijo nada; organizar un sepelio era un tema áspero y doloroso que no querían enfrentar. Y si había alguien que lo sabía hacer, mejor.

–No quiero velatorio –dijo Nieves.

–¡Qué dices! ¡Así amas a tu madre! –exclamó don Amadeo con reproche.

–¿Acaso tú la quieres?

–¡Insolente! ¡A los muertos se los respeta!

–¿Por qué tanto enojo en un momento tan triste? No quiero ver gente en la casa, me hacen mal las charlas y los murmullos de los chismosos. ¡Porque eso son! ¡Curiosos! Mamá no tenía amigos ni familia. ¿Para qué exponerla? A ella no le hubiera gustado.

–¡Por favor, ser hará como se acostumbra! –gritó Conrado.

–Entonces, no estaré presente. ¡Que vayan a besar a otro!

Doña Águeda permanecía en la cama con los ojos abiertos mirando los tirantes del techo. Ada iba y venía con los preparativos del velatorio. Debía imaginar la llegada de estancieros amigos de don Amadeo y médicos del hospital Rivadavia, compañeros de estudio de Conrado, “las damitas” amigas de Nieves, los suegros de Conrado y Elena, los vecinos y los otros: los curiosos, como los llamaba Nieves. Ella dijo que no bajaría y así lo hizo...

En la habitación junto al zaguán, que era una especie de vestidor, prepararon el ataúd, las flores, las velas y las banquetas. Desde el mismo cielo otros ojos miraban a la discípula que se entregó a ese universo con todas las fuerzas desplegadas. Emilia estaba cansada de la lucha diaria, pero quien terminó por apagarla del todo fue la abuela Águeda: la mujer anciana y desviada que no sabía cuál era su rol, que había olvidado los deberes y las responsabilidades porque merecía toda la atención y más, la viejecita enferma y sin cura que atosigaba a su hija para que le diera el oxígeno cuando Emilia ya no podía respirar.

Llegaron a dar el pésame los protagonistas de siempre.

Don Amadeo permanecía incólume en la silla y se ponía de pie cuando le daban la mano. Conrado más lejos, entre las estatuas de la sala, no podía creer que su madre había muerto. Él era un hombre grande, pero la necesitaba. Sentir que ya nadie le cuidaría las espaldas era como quedarse desnudo y huérfano, a la intemperie de un guerra que buscaría desplomarlo con esa barbarie.

Llegaron Elena y sus padres.

La abuela Águeda no se levantó de la cama. Ya no hablaba. Nieves se quedó en el cuarto, y sus amigas fueron a saludarla de improviso y sin su consentimiento. No quería ver a nadie. Hubiera preferido estar allí con Andrés, el único ser que amaba, pero tenía que conformarse con las condolencias frías y a destiempo de unas amigas inmaduras que todo les daba lo mismo. Nieves, en cambio, había madurado y los vestidos negros le daban un aire de tía solterona.

Llegó Genoveva del Campo. Nadie se dio cuenta de su aparición intempestiva.

Abrazó a don Amadeo con demasiado amor y luego fue a ver a Emilia en su lecho de muerte, como una burla a su condición, a una mujer que ya no podía defenderse. Allí se quedó fingiendo; lloraba con un rosario de perlas negras que arrastraba por el piso. Parecía una novicia: pura y santa. La enemiga, la rival, la que tanto dolor trajo para desarmar una familia bien constituida. Era lo que creía Emilia, por eso no la quería ver. Luego Genoveva subió a saludar a Nieves.

El aroma a café se mezclaba con las flores y las lágrimas de Conrado. Elena se sentó junto a él al lado de Fermín. Los tres juntos.

–Es la vida –le dijo.

–No lo puedo creer, no lo acepto. Puedo enfrentar la muerte, pero no la reconozco en una persona joven y con tantos años por delante.

La gente entraba y salía como en una tertulia. Eso odiaba Nieves. Le parecía una frivolidad, una falta de respeto hacia los deudos que estaban sufriendo como nunca antes.

“La muerte siempre es ajena hasta que llega”

Tantos años perdidos, los sueños.

Emilia ya no los tenía porque vivía atormentada por los miedos y por la traición. El enemigo siempre se hallaba cerca y al acecho para demostrarle su fortaleza frente a la debilidad que ella no podía ocultar. No disfrutaba de nada y nadie ya la alegraba.

Águeda colocaba sobre su espalda la pesada carga de reproches cuando don Amadeo se escapaba, cual fugitivo, detrás de Genoveva. ¿Y Nieves? La había dejado morir por amor, mostrando su egoísmo en cada retazo de sus vestidos oscuros. Su disconformidad con la vida arrastró el resentimiento y no tuvo oportunidad de revertir los errores para calmar las almas

tristes que la rodeaban y que le rogaban con los ojos húmedos algo de sosiego.

A última hora, llegó una dama y fue derecho a saludar a Conrado. Lo abrazó fuerte, fuerte, y él lloró igual que un niño, mientras Elena miraba absorta y Fermín se levantó y se fue a la cocina con Ada.

*“Cada partida es una clase de muerte,
del mismo modo que cada reunión es un tipo de cielo”.*

Jean P. Richter

35-ALBERTINA

Diciembre.

Doña Emilia había elegido el mes clave para morir: La Navidad.

Ellos ya no volverían a ser los mismos para esa fecha porque su alma, más allá de la distancia, les recordaría su esencia en la silla vacía.

Después del sepelio en aquel mausoleo solitario e histórico, todos se retiraron a descansar. Lejos de cualquier vaticinio, Conrado se recostó mirando el techo con la imagen de Margot guardada en el corazón.

“A mamá ella no le hubiera gustado”, pensó imaginando un futuro cercano sin reparar en Elena y en sus sospechas y sufrimiento.

“La niña bonita” era desplazada por una mujer con demasiado pasado, mucho mayor, que no podía caminar por la calle con la frente en alto.

—¿Por qué lloras? ¿Por doña Emilia? Ella estaba enferma y la familia no colaboraba. Todos los días le traían más disgustos. ¡Así quién no se muere! —le preguntó Belia a Elena sentadas juntas en la sala con Benicio reposando en la alfombra.

—¿Tú la viste?

—¿A quién?

—A la mujer, la que llegó escondida con un sombrero negro y demasiado abrigada por ser verano. La que abrazó tanto a Conrado que casi lo deja sin aire. ¿Y él? Cuando la vio lloró igual que una criatura en los brazos de su madre.

—Debe ser alguna tía lejana. A veces, los familiares sólo se encuentran en los velatorios. Para eso sirven, para reunir hipócritas. No se ven ni se visitan, pero luego lloran como si el

mundo se fuera a acabar.

–Para mí no es una tía.

–Ay, mi querida. Cuánto daría yo porque fueras feliz. No puedes seguir con esta vida.

Tomasa y Julia tomaban mates en la galería frente a un patio pequeño con madreselvas, tacos de reina y narcisos.

Estaban calladas; a ambas le pasaba algo y no podían disimular.

–Hoy en el diario vi una noticia –comentó la criada–. Un fallecimiento.

–¿Sí? ¿De quién, querida?

–Emilia de Iriarte, decía algo así. Cuando leí ese nombre me vino un temblor en todo el cuerpo, un dolor indefinido. No sé. Yo no conozco a nadie con ese nombre. ¡Qué triste es vivir en la oscuridad! Tal vez, esa señora tiene algo que ver conmigo. ¿La conoce?

–No. Por el apellido parece de la aristocracia porteña. Yo estoy a “años luz” de esa gente. Soy pobre.

Tomasa sabía que Julia era una mujer humilde, pero no podía entender de qué vivía... Tampoco se lo preguntaba. No quería ser indiscreta. En un rincón de la casa, cerca de la puerta de entrada, había una máquina de coser. Supuso que era costurera, pero nunca la vio con una clienta, ni cosiendo ruedos de vestidos.

Seguramente, el esposo, el maltratador, le pasaba un dinero para sobrevivir porque gustos no se podía dar y se notaba. Tomasa seguía confundida por las conjeturas que hilaba día y noche y por el deseo de irse de allí. No sabía dónde porque, a pesar de que Julia era muy amable, se sentía una intrusa que vivía de prestado.

Julia le regalaba ropa que ella no usaba y hasta le dejaba algún dinero para sus cosas sobre la mesa. Tomasa no quería aceptarlo, pero Julia decía que era por colaborar en las tareas domésticas.

–Algún día recuperarás la memoria y te irás con tus seres queridos –le decía y a Tomasa se le llenaban los ojos de lágrimas. Entonces, pensaba que no podría irse así, que no dejaba de quererla por haberla rescatado de la calle como un perro abandonado, y que su corazón era enorme y necesitaba el amor que no tenía.

“¡Pobre Julia está tan sola como yo!”

Doña Catalina no dejaba de llorar por la partida de Andrés.

En aquella cocina antigua con muebles oscuros y tacitas colgadas de porcelana inglesa tomaba el té, entre sollozos, con Albertina, la criada que vivía con ellos desde que se casaron porque era huérfana. Tenían casi la misma edad y apenas podían moverse porque las articulaciones inflamadas le daban guerra. Se querían demasiado, parecían hermanas.

–Hay que pensar que el Andrecito debe estar feliz.

–Sí, pero yo no.

–Bueno, bueno... venga un abracito.

Albertina hablaba en diminutivo y eso la transformaba en una mujer tierna, demasiado afectuosa y compañera.

–Si yo me muero ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? –le dijo doña Catalina a la criada anciana.

–De eso no quiero hablar.

–Pues tendrás que hacerlo aunque mi hermana Belia se interponga. Es mi último deseo. Dime que lo vas a cumplir. ¡Dime!

–Está bien, si eso la tranquiliza. Lo haré. Pero no hable de morir. Eso llega cuando Dios lo decide.

–Yo creo que él ya lo tiene pensado. Estoy demasiado vieja y aburrida de la vida. Si Andrés se queda por el sur es que no me necesita. ¿Para qué voy a seguir? Tú sabes que ese niño ha sido mi luz en el camino.

Albertina se secó las lágrimas y le tomó las manos a Catalina que se sentía derrotada sin su amado Andrés. Pensaba que mejor hubiera sido verlo casado, con familia en Buenos Aires, trabajando en otra cosa. Tenía sus campos para administrar ya que Dalmiro no podía hacerlo y debía dejar todo en manos de su secretario, un hombre de confianza, pero en definitiva un extraño.

–Yo creo que cuando menos lo pensemos volverá...

–Y si recién acaba de irse. Cuatro años es mucho para estos viejecitos desvalidos y necesitados de amor.

Dalmiro bajó del despacho a tomar el té.

–¿Qué es este velatorio?

–No soporto la soledad. Vivir sin Andrés me parte en dos.

–Él eligió ese camino. Hay que respetarlo. Nosotros de jóvenes también tuvimos sueños y, a veces, nos enfrentamos a nuestros padres.

–A los padres ancianos no se los deja solos.

–No estamos solos. Tenemos a Albertina, Inés y también Belia, Blas y Elena.

Catalina no quería entrar en razones y se entregaba a los días esperando que pasaran rápido para ver a su hijo. Albertina también lo extrañaba porque lo había criado junto con Catalina y Dalmiro; necesitaba de su bondad y de su risa. Recordaba cada vela de cumpleaños, cada abrazo de cariño y de gratitud, las veredas rotas rumbo al colegio cuando lo llevaba de la mano. A veces, tenía que acercarlos a los dos, Andrés y Elena, porque Belia debía acompañar a Blas a buscar a otra ciudad los cheques de los tamberos.

–El tiempo se lleva todo y nos deja estos trastos para que recordemos las horas consumadas en un reloj que camina cada vez más lento.

–Vamos. No se ponga así. El Andrecito nos va a venir a visitar. Tenemos que pensar en eso y esperararlo todos los días. Mirar la puerta e imaginar que entra por allí gritando:

–¡Madres!

–Oh... qué ingenua eres o soñadora. Quisiera ser como tú, pero no puedo.

–Basta, mujer. Teje o borda para entretenerte. Así el tiempo pasa más rápido.

–Mi esposo quiere acelerar el tiempo para que me vaya pronto al paraíso. Se ve que le molestan mis quejas. ¡Pues, me iré cuando yo quiera!

–Capricho de niña. Mira a Albertina que bien que lleva la ausencia de Andrés.

–Los hombres nunca ven más allá de sus narices.

“Hay cosas que, para que notemos su existencia, tienen que dejar de existir”.

36-EL MIEDO

Don Amadeo se quedó viudo y Genoveva del Campo perdió el interés. Extraña actitud para alguien que, desde que lo conoció, trató por todos los medios de acercarse a él. No era momento para romances, pero Amadeo extrañaba el asedio permanente de Genoveva.

Se quedaba esperando en el consultorio hasta tarde con la ilusión de verla entrar a la sala de espera como lo había hecho otras veces y él la había rechazado. Genoveva no apareció.

—¿No vino esta mañana una joven alta?

—No, señor.

Don Amadeo volvía a las sombras de su casa con más dolor que antes porque la ausencia de Emilia había llegado a perturbar más que si estuviera viva. La venganza, desde otro nivel, era atroz y lo violentaba. Necesitaba huir de esa cueva oscura para no ver a Nieves que parecía un ánima vestida con su ropaje negro y a doña Águeda que no emitía palabras. Conrado nunca estaba en la casa porque asistía a la facultad y luego cenaba con Fermín a pesar de las diferencias. Necesitaba también escapar de esa angustia y de las paredes de su enorme residencia que pedía a gritos por la dueña de casa.

De repente, el caos de una familia se había convertido en ceniza de ultratumba y en un presente en agonía continua. Bajo la aparente sobriedad se escondían los reproches, las culpas, los deseos de volver el tiempo atrás para enmendar los errores cometidos. La vida resultaba ser tan complicada que lastimaba más que la muerte.

—Qué callada que está, abuela —dijo Nieves mirando los pájaros en sus nidos a través de la ventana.

—No tengo perdón de Dios.

—¿Por qué dice eso?

—De vieja que estoy nomás.

—¡Extraño tanto a mamá! Me prohibía todo, pero sin ella siento que me caigo y que no

voy a poder levantarme. Papá ni repara en nosotros. No sé lo que le pasa. A mamá no la tenía en cuenta, me enviaba a mí a cuidarla. Y ahora se escapa de la casa peor que cuando ella estaba y le reprochaba cosas al mismo tiempo que se las perdonaba. Conrado también se esconde, parece que ya no vive acá.

Ada fue a abrir la puerta y Águeda, con sus bastones, se retiró a descansar.

Elena venía nuevamente a darle las condolencias a Nieves y a acompañarla un rato. De paso, veía a Conrado. Una buena excusa para salir de su casa sin escuchar lamentos y demasiados consejos.

—¿Cómo te sientes, querida?

—Nada bien. Quisiera dormir un año seguido, pero está la abuela que necesita apoyo. Se le murió la única hija que tenía y debe ser un dolor inimaginable para una madre. No puedo permitir que ella se desplome.

—¿Y tú? Ahora nadie se opondría para que te fueras con mi primo. Ve al sur y búscalo. Debe estar allá solo y triste.

—No, Elena. Mi padre se opone y está siempre vigilando mis pasos. ¿Y la abuela? No puedo dejarla.

—Piensa en ti una vez en la vida. Ellos ya hicieron la suya.

—No puedo, soy demasiado sensible. ¿Y tú? ¿Y Conrado? Acaso haces tu vida, aprovechas la juventud. El tiempo te la arrebató como lo hace conmigo. Es fácil dar consejos a otros.

—Sí, tienes razón. Yo soy una tonta que no tiene compostura. Debería dejarlo porque se nota que no me quiere y sigo como una ciega detrás de él inventando excusas para verlo o para buscarlo. Ahora mismo sé que no está y más tarde tampoco y seguro que a medianoche tampoco.

—Es verdad. Parece tan ausente igual que mi madre.

—El otro día una rara mujer lo saludó en el velatorio. ¿La conoces?

—¿Una de sombrero enorme? Creo que es una amiga de Fermín. Cuando la vio se retiró. Algo pasó entre ellos. Digo... por la extraña actitud de Fermín.

Conrado, después de cenar con Fermín en un bar discreto y sobrio, cercano a la residencia de su amigo, se dirigió hacia la casa de Margot. Necesitaba estar con ella, recibir el abrazo de la mujer que amaba. Por momentos se sentía mezquino al querer evadir el dolor y dejar solas a Nieves y a la abuela, pero era más grande el deseo de sanar con el amor, tal vez con la pasión.

Margot ya no iba a lo de Hansen.

Desde que se relacionó con él sólo asistía cuando sabía que Conrado pasaría por el bar en la noche. De lo contrario, prefería esperarlo en la puerta. Conrado todavía no entraba a la casa de ella. Situación que le molestaba o que le intrigaba. Bajo ese alero de luz tenue, con una farola de chapa antigua, ellos demostraban que la pasión reprimida no podía esperar más.

—Vamos adentro —le dijo en susurros.

–No. Por ahora no.

–¿Por qué? ¿Acaso ocultas al otro? ¡Lo tienes allí dentro! –gritó.

–Por favor. Van a escuchar los vecinos. No hay nadie, pero tengo miedo.

–¿Miedo?

–Sí.

–¡A mí con todos los hombres que tuviste! –le gritó furioso Conrado y enseguida, al ver que ella comenzó a llorar, se disculpó–. No, perdón, no quise decir eso. Soy tan torpe. Es que la muerte de mi madre me volvió un poco agresivo y me llenó de preguntas, de resentimiento y de furia. Perdón –volvió a decir.

–Mejor ve a tu casa y descansa. Ya va a pasar –respondió ella y entró a la casa y cerró la puerta. Él, que no entendía la situación, se quedó perplejo. ¿Miedo? Conrado debía ponerse en el lugar de una mujer con pasado que se enfrentaba a un hombre que arrastraba no sólo a una familia adinerada y con prejuicios sino a toda una sociedad conservadora. No quería enamorarse o no debía...

Margot, detrás de la puerta, lloró muchísimo hasta que ya no tuvo lágrimas. Amar a ese hombre le estaba costando caro. En la oscuridad, sin encender una vela y con los ojos llenos de agua, se fue a la habitación. El temor a enfrentar a esa gente la dejaba desnuda y sin armas. ¿Qué haría cuando llegara el momento?

Conrado parecía decidido a darle una nueva vida: la relación sería que siempre había soñado. Ser una señora con todas las letras y ocupar un lugar digno en la sociedad; que la gente la mirase con respeto. Sin embargo, sentía que Conrado era un niño caprichoso que había encontrado el juguete perdido y que lo quería usar para ver sus engranajes y para comprobar si le gustaba por completo. Lo veía ansioso y desesperado, ajeno. Cuando se iba y se quedaba sola volvía a recorrer su galería humilde y devastada con rostros conocidos y rasurados por las peleas de compadritos. Ése era su mundo, el lugar del que intentaba escapar para unirse a otro donde sería humillada hasta el hartazgo.

Cuando fue al velatorio de doña Emilia lo hizo escondida, casi disfrazada. ¿Por qué? La oportunidad era darse a conocer; sin embargo, no tuvo el coraje. No quería incomodar a Conrado y que él luego se enojase con ella. Pudo haberlo perdido después de la locura de ir a verlo a su casa, pero pensó en la angustia que seguramente debería sentir por la partida de su madre y no lo pensó dos veces.

Desconfiaba de Conrado. No quería enamorarse, pero ya lo estaba y contra ese sentimiento tan hondo no podía pelear. Lo mejor era esconderse, pero ¿dónde? No tenía dinero, apenas el que le regalaba Conrado para que cambiara su actitud y perfil.

¿Le gustaba ser la nueva Margot después de haber caminado firme delante de los pasos de tantos hombres que pelearon por su amor? No lo sabía, tenía miedo y la paralizaba, la confundía, la obligaba a actuar dejando de ser ella misma: una Margot libre.

Se durmió con la luna que la miraba por la ventana. El futuro resultaba ser incierto y, a la luz de sus temores, una pesadilla. Debía enfrentarlo porque se podía arrepentir de no haber luchado por superarse.

“La mejor manera de predecir el futuro es crearlo.”

37-LA CRIADA

Fermín se sentía más solo que nunca.

Ya no salía con su amigo por las noches porque Conrado se veía con Margot. No sabía bien dónde, pero no le importaba. Mujeres como ésa no valían la pena. Su compañero, su hermano, lo había defraudado. ¡Qué vacío se siente cuando la persona en quien confías actúa de una forma incorrecta o contraria a tus valores! Te dan ganas de no verla, de alejarte.

Fermín, una tarde, fue a visitar a Elena.

La apreciaba tanto, la amaba. No quería reconocer ese afecto y lo callaba, pero no podía permitir que la humillaran tanto. Elena era la mujer ideal. Tal vez, esa soledad que veía en ella, tan inocente, la llevaba a querer protegerla. Sabía que con su actitud Conrado iba a aborrecerlo, pero él ya no podía ocultar varios sentimientos, pero uno en particular.

–¡Fermín, qué sorpresa! –dijo Elena cuando lo vio entrar detrás de la criada.

–Estoy de paso. Fui a la Caja de Conversión a realizar unos trámites y pasé a saludar – mintió.

–Siéntate. ¿Quieres un café?

–Sí, gracias.

Elena, rubia y angelical, parecía una virgen. Pensaba en Conrado y en lo despreciativo

que era. Abandonar así a una joven tan bella y virtuosa resultaba ser un pecado imperdonable.

–Tú has venido por algo. ¿Me equivoco?

–Bueno... –dudó–. Somos amigos. ¿Y Andrés?

–Está en el sur. Pobre Nieves. ¿Verdad? No se merece esa tristeza. En esta historia todos sufren: mi tía, Nieves, nosotros y Andrés, supongo. Ya hace bastante que no sé nada de él.

–¿Y Conrado? –preguntó Fermín con curiosidad.

–No sé. Si no sabes tú de él, yo menos. Nuestra relación no es perfecta. Bueno... –dijo lamentándose–, creo que no existe.

Fermín no quería hablarle de Margot, pero sentía que la estaba traicionando al ocultarle la verdad. Si la mencionaba defraudaba a su amigo. No sabía qué hacer. De todas maneras, había ido a visitar a Elena con un propósito.

–¿Y tú no tienes novia? –lo sorprendió ella con una pregunta que no esperaba.

–No.

–El otro día, en el velatorio de doña Emilia, una mujer de oscuro saludó a Conrado. Ella se ocultaba el rostro con un enorme sombrero. ¿La recuerdas? ¡Era tan llamativa! Lo raro es que tú te fuiste cuando llegó. Yo pensé que era una antigua relación que habías tenido con ella. Alguien que quizá amabas y ya no querías ver.

–No, yo no tengo nada que ver con esa mujer –exclamó y miró para abajo, dejó la taza de café sobre la mesita y tomó el sombrero.

–Fermín... ¿Qué quieres decir? ¿Tú no? Entonces... Es ella. ¿No? Andrés me contó que Conrado visitaba lugares poco decentes. ¿Es ella?

–Es tarde, me voy. Disculpa que haya venido a inquietarte. Olvida la conversación. Es un poco absurda.

–No quieres delatar a tu amigo, pero lo haces. ¿Por qué?

Fermín se fue. El corazón le latía a mil. Hubiera querido gritarle: ¡porque te amo!, pero no correspondía. Tampoco quería quedar expuesto. Ella estaba enamorada de Conrado. ¡Qué iluso! Lo único que hizo fue traer más problemas a la vida de ambos y a la de él también. Es que la soledad le hablaba un dialecto incongruente que no debía escuchar. Desde esa perspectiva era más difícil saber por dónde iba a caminar; sin embargo, no hacía otra cosa más que repudiar la actitud de Conrado y su traición a Elena. Ahora comprendía cada paso y elogio a Margot de su amigo que estaba tan ciego que no podía ver lo maravillosa que era Elena.

Llegó a la casa y se cruzó con la monja enfermera. No la miró y subió al cuarto. No podía creer lo que había hecho: despertar sospechas en la vida vacía de “la niña bonita”. Su amor era necio, su amor no podía esperar.

Una tarde de lluvia, Conrado, triste por la ausencia de su madre, se fue a buscar consuelo a la casa de Margot. Sabía que ella no se lo permitía, pero desconfiaba. Él la trataba como una dama a pesar de que, en algún momento enojado por su frialdad, le dijo cosas lastimosas. Margot sabía que la amaba de verdad y eso, lejos de entusiasmarla, le daba miedo. Se hallaba envuelta en un torbellino, sin freno ni límite, del que necesitaba escapar pero se quedaba. Algo le decía que

debía luchar por lo único auténtico que tenía y que alguien superior le había enviado para darle la oportunidad de ser mejor persona. Quería ser otra, aunque en el fondo pensaba que no lo merecía.

Las calles castigadas por la lluvia y el viento dejaban ver su invalidez frente a las ramas de los árboles caídos y hojas, pájaros heridos y niños pobres que corrían en el agua por las aceras. Estaban demasiado felices. Conrado se entristeció aún más. En su infancia la sonrisa de su madre era vital, ya que don Amadeo desaparecía para volver cansado del hospital.

“Qué simple que es la dicha cuando somos pequeños”, pensó al ver a aquellos niños rotos por fuera, pero enteros de esperanza e ilusión.

Margot fue a atender cuando golpearon a la puerta. Parecía otra: despeinada, sin arreglo, con un vestido desteñido que usaba para limpiar. A Conrado le dio pena; sabía que pese a su vida desordenada era una mujer humilde. La vio igual de bella porque sus sentimientos eran profundos.

—¿Puedo pasar?

—Bueno. No quería que llegara este momento, por eso lo retrasaba. Es que tú vives en un palacio.

—Y eso qué tiene que ver.

—Me da vergüenza.

—¿Qué tengo que hacer para que te convenzas de que te quiero de verdad y que tu vida pasada no me importa. Tampoco tu pobreza.

—Pero a tu familia sí. No quiero sufrir más, no quiero sentirme humillada y despreciada.

—Ellos son así y si me amas debes ser fuerte. Yo siempre estaré contigo. Soy un hombre y mi padre, que es el único que se puede interponer, ya no ejerce su influencia. Me voy a recibir de médico y haré mi vida.

—¿Y tu noviecita?

—Ella entenderá, es inteligente y ya se da cuenta. A veces, no hacen falta las palabras; se puede evitar el mal momento de decirle a alguien, tan puro y simple como ella, que la relación no es tal y que no tiene futuro. Es lo mejor para los dos.

Conrado y Margot hablaban en murmullos como si temieran ser escuchados por alguien. Eran cómplices de un amor transgresor para una época que no permitía sentimentalismos. La ley se ajustaba a un patrón de conducta y no debía desviarse de su carril. Los que buscaban otra senda eran mal vistos y discriminados. Margot no tenía nada que perder, pero Conrado sí. De todas maneras, estaba dispuesto a todo por el amor de esa mujer que consideraba suya.

—No llores.

—Es que estoy agotada. Mi vida nunca ha sido fácil. Reconozco que es mi culpa, pero siento que no merezco esta dicha.

—¿Cómo no? —respondió Conrado—. Te amo. ¿No basta con darte todo lo que está a mi alcance: mi vida, mis pasos, mi familia, mi corazón es tuyo?

De repente, alguien se asomó por una puerta desde el pasillo en penumbras. Un gato salió corriendo asustado en busca de libertad.

–¡No maltrate a la señora porque le irá mal! ¡No se atreva a pegarle! ¡Ella no lo quiere!
¡Otra vez molestándola! ¿Hasta cuándo? ¡Yo estoy dispuesta a defenderla con “uñas y dientes”!
¿Entiende? ¡Váyase ya mismo!

–¡Tomasa! –exclamó Conrado al ver a la criada defender a Margot con tanta pasión.

–¿Quién es usted?

“Todo lo que la experiencia vale la pena que nos enseñe, nos enseña por sorpresa”

Charles Sanders Peirce

38-NO ME IMPORTA LA VIDA...

Doña Catalina, la madre de Andrés Rosas, se hallaba en la cama y no se quería levantar. Se entregaba a las horas porque pensaba que había llegado el final del camino. Estaba tan deprimida que no podía hablar o no quería. Pedía por el regreso de Andrés porque necesitaba despedirse de él.

–Por favor. El médico dijo que no tienes nada. Deberías poner un poco de voluntad –la retaba Belia, la hermana, y madre de Elena.

Albertina iba y venía de la cocina con tisanas y ungüentos que Catalina le pedía para calmar los dolores que no tenía y que su mente inventaba.

Dalmiro leía el diario y parecía indiferente, como si conociera de memoria los caprichos de Catalina. Sobre todo después de que Andrés se fue al sur a ejercer su vocación solidaria.

–¡Me voy a morir y tú no te vas a dar cuenta! –le gritaba-. ¡Viejo inútil! Tratar así a una mujer anciana y encima que le dio un hijo.

Albertina la miró a Belia y las dos se quedaron calladas y cómplices.

–Si me muero ya sabes lo que tienes que hacer –le volvió a decir a Albertina.

Belia escuchó y gritó:

–¡No!

–¿Qué es esta locura? –preguntó Dalmiro, quien apareció en el cuarto con una vela encendida en la mano porque Catalina necesitaba oscuridad para ocultar el rostro-. Belia dile a tu hermana que nos va a enfermar a todos con esa actitud, ya bastante tenemos que soportar la ausencia de Andrés. Y yo solo no puedo con las responsabilidades del campo.

–Le diré a Blas que te “dé una mano”.

–¡Andrés tiene que venir a ayudar! –gritó Catalina.

Albertina, la criada, vestida con un traje negro y un delantal blanco no quería oír la palabra “muerte” porque si doña Catalina llegaba a fallecer el mundo se le venía encima. La quería mucho y sabía que debía cumplir sus últimos deseos. Lo habían hablado hacía treinta años, cuando ella llegó a la casa de los Rosas.

–Cuando me muera, tú debes hablar –le había dicho Catalina a una mujer pobre e indefensa, castigada y aturdida, lastimada por fuera y por dentro.

–¿Y si yo me muero primero? –agregó, por aquellos días, Albertina.

–Lo mismo. Seré entonces yo misma la que deba hablar.

En estos momentos, tan intensos y prontos al desenlace, la criada sentía un dolor en el pecho que no la dejaba respirar. El día llegaba, aunque se sentía tan mal que no sabía, con certeza, cuál de las dos iba a morir primero.

–Necesitamos a Andrecito –dijo.

–Por favor, Albertina no compliques la vida de la gente que está enferma. Con ese pesimismo no haces otra cosa que entristecer, derrumbar y condenar a mi pobre hermana a las sombras, al adiós a destiempo. Ella no se puede morir. Si no tiene nada.

–Es vejez y soledad –respondió Albertina.

–¿Y nosotros qué somos? –preguntó Belia, nerviosa, e intentando ocultar algún misterio que le preocupaba más que la muerte de su hermana.

Dalmiro no sabía el pacto que habían firmado hacía treinta años su esposa y la criada. Belia sí lo sabía, por eso quería callarlos a todos.

Albertina se fue para la cocina a refugiarse entre las ollas negras con el corazón herido y palpitante. Le faltaba Andrecito; temía a la muerte inoportuna, al adiós silencioso cuando la noche nefasta desdobra su clarín y calla las voces para siempre. Desde ese presente veía su pasado de ausencia, de indigencia y de culpa. Llegó a la casa de los Rosas suplicando por un trozo de pan y se quedó una vida.

Nieves, Águeda y don Amadeo parecían ánimas que habían dejado su cuerpo en el camposanto vecino.

–¿Por qué no hablas, abuela? Siempre fuiste tan conversadora. Yo sé que la muerte de mamá te ha golpeado tanto o más que a nosotros, pero la vida sigue y tú todavía tienes tu tiempo para disfrutar.

–Yo no espero nada. No me importa la vida.

–¡Qué bonito! Ahora tú te deprimes y nos cargas de angustia a nosotros que hacemos un tremendo sacrificio para salir adelante. ¿Dónde están tus collares y sombreros con plumas? ¿Y los labios rojos?

–Sepultados con tu madre.

Águeda no quería vivir después de la muerte de Emilia. Se parecía a Catalina Rosas quien se entregaba por la falta de su hijo Andrés. Ésa era una forma de manipular al entorno, buscar la

atención y ser protagonistas, porque se sentían relegadas a último lugar por ser ancianas.

–Yo tengo la culpa de la muerte de Emilia. Nunca me lo voy a perdonar –dijo justo en el momento que entraba Amadeo con la cara por el piso y el malhumor de siempre.

–Ya empieza a divagar –exclamó.

–¡No! –gritó Águeda–. ¡Está muy equivocado yerno! ¡No estoy loca!

Don Amadeo desapareció por los cuartos con perfume a jazmines. Nieves había colocado ramos pequeños en floreros transparentes en cada lugar. Le daban energía. Se acercaba la Navidad. Intentaba, con esfuerzo, olvidarse de Andrés y de Emilia. No podía lograrlo. La muerte se colaba por los muros, iba y venía, llevaba voces y perfumes, fotografías que todavía latían con la esperanza de regresar cada día a mirar desde sus marcos el devenir del tiempo.

Ada ayudó a la abuela a recostarse y Nieves se quedó sola junto al farolito de puerto. El viento silbaba a lo lejos y hacía calor, pero el silencio era tan contundente que la dejaba sorda. Revivir la mirada de su madre o la voz de Andrés le resultaba difícil. Sentía los días como siglos y la vejez atrapada en su falda oscura. El presente le había amarrado cadenas al sofá rojo para que no tratara de escapar en busca de una pócima, del sosiego y de su amado Andrés.

En ese momento llegó Elena de visita. Se acostumbraba, después de un fallecimiento, acompañar a los deudos.

–Elena... ¡Qué sorpresa!

–Nada. Vine un ratito. Me dejó el cochero porque mamá fue a ver a mi tía Catalina que no está bien.

–¿Qué le pasa? –se preocupó Nieves–. Ella no me conoce, pero puedo colaborar si me necesitan. Una vez fui a la casa a preguntar por Andrés y me atendió una criada joven.

–Debe ser la que ayuda a Albertina, que es la criada más antigua.

–Sí, me dijo que los padres de Andrés no podían atenderme.

–Son viejecitos.

–Acá, mi abuela está perdida sin mi madre. Eso les pasa cuando muere un hijo. Pobrecitos.

–Tal vez, Andrés deba volver –respondió Elena, y a Nieves se le iluminaron los ojos–. No sabemos si mi tía va a vivir mucho tiempo y ella lo quiere ver. Ese capricho de irse al sur le costó caro a mi pobre tía.

Nieves no dijo nada porque no correspondía. Lo importante era que doña Catalina estuviera bien y que saliera adelante.

–¿Te acuerdas de la mujer del sombrero oscuro que saludó a Conrado el día del velatorio de tu madre?

–Sí, la desconocida, la amiga de Fermín.

–No, Nieves, creo que es la enamorada de tu hermano. La mujer mayor que se ve a escondidas con él y me parece que se trata de esas “señoras” de poca reputación. ¿Tú me entiendes?

–¿Y dónde la conoció?

–En un bar donde van los compadritos, esos hombres que se pelean hasta con armas

blancas por el amor de una mujer y luego se la llevan...

—¡Qué espanto!

“De nada vale ser honesto si no se tiene reputación de serlo”.

39-VIEJO MUNDO

–¿Eres tú, Tomasa? –dijo Conrado al ver a la criada, bajo la penumbra, asomarse y desafiarlo como si lo conociera o como si fuera otra persona. Quizá, creía que era el otro. Se sorprendió al saber, por las palabras de Tomasa, que aquel hombre maltrataba a Margot. Eso lo enojó mucho, pero en ese momento la sorpresa era mayor porque, sin quererlo, había hallado a su querida “mamá de la infancia”, la que estaba perdida.

–No sé quién soy.

Conrado se acercó y la abrazó con inmensa ternura, le besó la frente y le acarició el pelo.

–Tomasa, querida. Por fin.

Ella comenzó a llorar y tuvo que sentarse porque no la sostenían las piernas. Se secó las lágrimas con el delantal y Conrado se arrodilló junto a ella para preguntar:

–¿Cómo es que llegaste a la casa de Margot? ¿Qué te pasó?

–Para mí ella es Julia, y yo a usted no lo conozco. No recuerdo nada de mi vida pasada. Julia me recogió en la calle y me dio asilo en esta casa, porque yo me escapé de un hospital para locos donde alguien me llevó. No sé quién...

–Mi padre te internó, pero es el hospital Rivadavia donde él trabaja de médico. No es un lugar para enfermos mentales, es un sanatorio como cualquier otro.

–Bueno, no sé. No me obligue a recordar porque no puedo –dijo y se fue angustiada a su

cuarto. Las emociones eran muchas y ella se sentía obligada a revivir el pasado cuando su mente estaba en blanco.

–Déjala. De a poco volverá a ser aquella que fue alguna vez o parte de la Tomasa que los amó a ustedes.

–¿Por qué Julia? –preguntó Conrado con curiosidad.

–Porque es mi verdadero nombre. Margot es un invento; me imagino que no hace falta mucha explicación para darse cuenta Yo soy esto que ves: una mujer simple, desarreglada, pobre y sin estudio. La otra es un personaje.

–Yo te amo igual, pero conmigo dejarás de ser humilde para convertirte en la señora de Iriarte: una dama.

–No sé –dudó Margot–. No sé, no quiero pensar ni imaginar ese mundo que no conozco y que no merezco. Será incómodo para mí ser observada, con vehemencia, por esas damas de alta sociedad.

–Eso no pasará porque tú serás igual que ellas, vestirás con las mejores modistas de la ciudad de Buenos Aires, lucirás joyas y viajarás en la galera más sofisticada. Y tendremos niños.

Margot, con una risa débil, trató de complacerlo. Ese universo que le pintaba era un sueño y la ilusionaba demasiado. No podía ser verdad.

–¡Tomasa! –gritó Conrado.

–¿Qué haces?

Conrado quería llevarse para la casa a la criada ahora que la había encontrado. La necesitaba mucho y la quería tener cerca.

–Se tiene que venir conmigo, hace meses que la estamos buscando. Hasta la policía estuvo rastreando los sitios cercanos al hospital Rivadavia. Sin suerte, claro. Ella ya se había venido a vivir acá.

–Por eso mismo. ¿Cómo pretendes llevártela? No es un objeto, es una persona que sufre y que ha pasado momentos duros y difíciles. Me extraña, eres inteligente y médico. Tomasa debe quedarse conmigo hasta que se recupere y hasta que recuerde. No servirá de nada llevarla porque no los conoce y puede tener una recaída. Pobrecita. ¿No te da lástima o piensas solamente en ti?

–¿Cómo dices eso? Tomasa es como mi madre.

–Entonces, cuídala.

Conrado se fue desorientado y casi furioso. Estaba acostumbrado a hacer su voluntad siempre. Era caprichoso y soberbio. Esa conducta a Margot no le gustaba; ser sensible no lo hacía menos hombre. Evidentemente, no era una de sus virtudes y debía quererlo así porque la gente no cambia.

Tomasa, en la habitación, ya se había acordado de “su niño”.

Don Amadeo no soportaba la ausencia de Genoveva del Campo.

El acoso que había padecido por parte de la joven había dejado huellas hondas en su corazón, le había cambiado la manera de ver la vida y sabía, muy en el fondo, que iba en contra

de sus valores. Por lo menos de aquellos principios que él mismo anteponía frente a los impulsos, no solamente propios sino también los de su familia; sin embargo, ahora era viudo.

A pesar de todo, esa libertad parecía una cárcel donde Emilia había puesto el cerrojo. Un recuerdo, el alma piadosa, su porte de gran dama y la reputación no le permitían avanzar.

Don Amadeo, en el hospital, todos los días le preguntaba a la secretaria si no había visto a una joven fina. Salía a la calle y miraba en todas direcciones, dentro de los carruajes que pasaban por la avenida, en las esquinas y bares, en las reuniones de jovencitas que paseaban con quitasoles por las plazas y parques.

¿Dónde estaba Genoveva?

No quiso preguntarle a Nieves para no despertar sospechas, pero lo hizo buscando atajos.

–No hacen más “las tertulias de damitas”

–No, papá. Las hemos dejado para más adelante.

Don Amadeo se recluía en su escritorio a revisar historias clínicas y pensaba en Conrado, el único que podía darle una alegría recibiendo de médico y casándose con Elena. No estaba tan seguro de esa unión, pero sí que debía seguir sus pasos en el hospital. No cualquier hijo tenía el camino tan fácil para iniciar su profesión.

–¡Papá, soy Conrado! –escuchó detrás de la puerta.

–Pasa.

–Encontré a Tomasa –dijo con la alegría de saber que lo valioso eran los afectos–. Ella está viviendo con una mujer que le dio albergue porque la encontró perdida en la calle, casi moribunda. Tomasa se olvidó de nosotros, no recuerda nada de su vida anterior, y la mujer piensa que, por su salud, debe quedarse con ella porque volver a la casa puede hacerle daño.

–¿Y qué sabe esa señora de medicina? Hay que traerla, donde queda la vivienda. Voy ahora mismo –exclamó don Amadeo con resolución y dispuesto a ir en busca de la criada para darle mejor atención.

–No, por ahora mejor es que se quede dónde está. Sería un golpe muy duro. Ella se encariñó con la dueña de la casa y le parece que ha vivido allí siempre. El desarraigo le haría peor.

–Las cosas que hay que escuchar, siempre me desautorizas. Me voy porque tengo una visita a domicilio, pero ya hablaremos de Tomasa y de su recuperación. Yo sé muy bien lo que tiene y necesita medicación. ¡Tú deberías entenderlo!

–Sí, pero la quiero y me da pena.

–Hay que dejar de lado los sentimentalismos cuando se trata de salvar la vida, de recuperarla; no eres un sacerdote sino un hombre que va a sanar personas, que va a intentar, con todas las herramientas posibles, llegar a curar los cuerpos, no las almas. ¿Comprendes?

Don Amadeo salió rápidamente con el maletín y casi se lleva por delante a la abuela Águeda que venía con sus dos bastones desde el pasillo hacia la sala. Ya no llevaba un zapato de cada color, ni se vestía con sus trajes armados de colores vivos y llenos de plumas. Ni siquiera se pintaba los labios de rojo.

–Disculpe, doña.

–Malparido.

Amadeo subió al carruaje manejado por Carlos, su chofer. Dio varias vueltas alrededor de la mansión para comprobar que nadie lo siguiera y se fue a buscar noticias sobre Genoveva del Campo. La dirección la había encontrado escrita en una libreta que Nieves tenía sobre la mesa del living. Doña Emilia también, en su momento, la había encontrado en el mismo sitio y el papel estaba marcado con tinta roja.

–Buenas tardes. Se encuentra Genoveva. Es por un asunto confidencial –le comunicó a la criada que atendió la puerta.

–Ella se fue a Europa con el esposo y el hijo.

“No hacemos más en la vida que ir buscando el lugar donde quedarnos para siempre”.

José Saramago

40-LICORES Y PASTILLAS

Genoveva del Campo había hostigado y confundido a don Amadeo Iriarte por capricho, sólo por el hecho de molestar a doña Emilia a quien consideraba una mujer soberbia.

Emilia Paz y Bustos había sido una víctima más de la inmadurez de una joven sin escrúpulos. Amadeo no podía comprender; se sentía humillado. Él, un hombre tan respetado, había caído en las redes de una mujer sin códigos. Le daba vergüenza pensarlo, pero estaba a salvo porque nadie lo sabía. De todas maneras, prefería esconderse, no ser observado ni cuestionado.

¿Con qué cara iba a ponerles límites a Conrado y a Nieves?

Ya no tenía derechos. Se había enamorado de una muchacha casada y farsante, una joven que, sin tapujos, se había burlado de él y de toda su familia. ¿Por qué? ¿Por resentimiento?

Don Amadeo se recluyó en el escritorio a pensar. La vida le había dado una cachetada artera y él todavía no lo podía superar. No creía que una niña lo había envuelto en sus redes como un muñeco de cuerda. No tenía que ser verdad, no lo soportaba, y tampoco podía desahogarse con nadie. Debía guardarse el secreto para siempre y desconfiar más que nunca de la gente y de su entorno. Se lamentaba por los años perdidos junto a Emilia; cuando ella lo necesitaba tanto, él se hallaba ocupado en el consultorio. Siempre cumpliendo leyes impuestas y rígidas, dejando pasar la vida detrás de los papeles y de otras vidas por salvar. Así se le fueron de las manos los segundos incontables, el amor de una buena mujer, el cuidado de sus hijos pequeños y hasta la enfermedad de su querida y fiel Tomasa. Hasta fue engañado y se enamoró.

No tenía perdón de Dios.

Sin embargo, todavía le quedaban intenciones de dar batalla. Debía ir a buscar a Tomasa.

—¿Cómo es eso que te llamas Margot? Si se puede saber...

—Es una larga historia querida amiga. Yo no soy lo que tú piensas, pero te agradezco que

me hayas defendido siempre.

–Es que no soporto la agresión, las palabras fuertes, el maltrato y los gritos. No importa que te llames Julia o Margot.

–Soy Julia y tengo un pasado oscuro.

–¿Y el niño Conrado qué hacía acá anoche? ¿A qué vino?

–¡Niño Conrado! ¿Te acuerdas de él? –exclamó Julia con euforia y cariño. La abrazó intensamente a Tomasa que se emocionó muchísimo.

Toda su vida, como en una película, pasó delante de sus ojos y recordó a Nieves de pequeña con los rulos al viento en el carruaje de paseo con Emilia.

–¿Emilia?

–Falleció...

Tomasa tuvo que sentarse porque las piernas le temblaron y el dolor, que era más fuerte, quería derribarla. Ahora se acordaba de un aviso fúnebre que había visto en un diario y que le llamó la atención.

–Yo soy una mujer depresiva, tomaba licores y pastillas. No me he curado porque, al recordar, he vuelto a sentir que la vida es gris y aburrida, inútil. La alegría de estar olvidada me traía paz, una inexplicable tranquilidad de ser otra. En la casa de los Iriarte se respiraba humo y había que correr arrastrando las piernas. Siempre estar bien para ellos, para los demás, y cuando quería mirar para adentro me veía anciana y sin proyectos, con el final hecho sombra pisándome los talones. Nadie se daba cuenta, sólo el niño Conrado quien quería ayudarme. Un día, medio mareada, me fui para el patio y caminé entre las plantas. Después ya no recuerdo nada más...

–No te preocupes, ya te sentirás mejor. Aquí puedes quedarte todo el tiempo que necesites. Sabes que te quiero mucho. Y deja esa depresión. La vida es bella, amiga. ¿No quieres ser sirvienta? Pues no lo serás nunca más.

–Gracias Julia.

Andrés Rosas regresó del sur en una visita rápida porque su madre, que parecía querer despedirse de él, lo reclamaba.

Catalina se hallaba entre los cobertores respirando con dificultad. El médico había dicho que no tenía nada y que se abandonaba a la tristeza por la ausencia de su hijo.

Desde la puerta, Andrés la miró con piedad.

“Qué difícil me haces la vida”, pensó con inmensa melancolía porque no podía verla así. La amaba demasiado.

–Ella está mal desde que te fuiste. Yo sé que no debería decir esto porque es egoísmo, pero es la verdad –le confesó Albertina a su lado desde una distancia prudencial–. Ella ha vivido para ti desde el primer día y no verte más le ha provocado una profunda soledad. Algo así como si estuvieras muerto, sólo que vives y te has ido al sur a ayudar a otros en vez de quedarte al lado de tus padres ancianos. Perdón, es lo que pienso.

–Ya lo sé. Pero me parece una actitud mezquina y manipuladora.

–Y bueno, así somos los viejos. Nos aferramos a los hijos cuando nos sentimos débiles y nos golpean los miedos.

–Tú no tienes hijos.

–No, pero Catalina y yo somos una.

–¿Quién está por ahí? ¿Tengo los ojos cerrados o alguien apagó la luz?

–Es usted que quiere todo oscuro.

Andrés se acercó despacio a la cama.

–Madre.

–Hijo, ahora sí te veo en sueños. Escucha a Albertina que tiene mucho para contar. Ella sabe, y me prometió que no dejará pasar un día sin que lo sepas cuando yo me vaya al cielo.

–Estoy acá.

–¿Qué?

Catalina se incorporó como si no estuviera enferma y se sentó en la cama.

–¡Prendan velas y faroles!

–¿Qué dije yo? –agregó don Dalmiro que observaba detrás de los espejuelos las manías de Catalina que lo tenían agotado–. Ahora que Andrés está de vuelta, ella resucita. Siempre lo mismo. Yo también quiero que nuestro hijo vuelva, pero me pongo en el lugar de él. Cuando un hijo es feliz, los padres, por obligación, deben ser dichosos junto con él.

–Pero no estamos juntos, viejo.

Catalina no quería entender los reclamos de Andrés, su vocación de servicio, porque la vida se le acortaba y no podía estar lejos de su amado hijo. Sentía el llamado de Dios que no quería esperar y que manejaba los hilos. “Más tarde o más temprano”, decía y había que prepararse, tener la maleta lista y los bienes repartidos. Bajo ese manto de religiosidad extrema, era más fácil abandonar el terreno para ubicarse en el infinito donde ya no hacía falta pedir ni prometer.

Albertina se había retirado a la cocina cansada de tanto lidiar con las amenazas y los secretos. Todo era oscuro en esa casa y, desde que se había ido Andrés al sur, se hallaba alerta, con deseos de desprenderse de esa opresión que, como una soga al cuello, la dejaba sin aire. Ella también quería que Andrés volviera, pero callaba porque cortarle las alas a un joven ilusionado podría provocarle la mayor frustración de su vida. Ella sabía mucho de eso, sobre todo de renunciaciones.

–Me voy a morir, hijito.

–No diga eso, madre. Me parte el alma su deseo de morir.

–Es que estoy demasiado vieja y sin ti no soy nada. Tengo miedo deirme y necesito estar acompañada. Hay muchos fantasmas en este cuarto que me acosan y me culpan de mi silencio y de querer robarme la vida de otro.

–¿Qué dice? No la entiendo.

–Vuelve del sur, renuncia. Quieroirme en paz.

“Renunciar a nuestra libertad es renunciar a nuestra cualidad de hombres, y en eso a todos los deberes de la humanidad”

Jean Jacques Rousseau

41-¡UN IRIARTE!

Fermín continuaba atormentado por haber hablado con Elena. Temía que ella le fuera a hacer una escena a Conrado sobre la supuesta mujer con la que se veía a diario. Él sufría por Elena porque la quería demasiado y no le gustaba que estuviera triste por culpa de un hombre que no podría amarla nunca, pero que tampoco la dejaba libre.

¿Era amor lo que sentía Fermín por Elena?

Él era un hombre tan impenetrable y austero, tan solo.

Las enfermeras que cuidaban a Juana, su madre, lo miraban con demasiado cariño e inventaban historias románticas para olvidarse de que Fermín no las miraría nunca como posibles esposas.

En otras épocas una de ellas no le daba la pastilla para dormir a doña Juana para que Fermín tuviera que quedarse forzosamente en la casa. Estaba celosa de las salidas, lo quería allí para verlo ir y venir por los cuartos, leer en el living, tomar café solitario observando la luna. Detrás de las cortinas pesadas que llevaban a las galerías, se quedaba mirándolo obnubilada, con un amor desnudo que no requería análisis; cualquier mortal se hubiera dado cuenta menos Fermín.

Los días se iban tan rápido bajo las esperas.

Cada minuto era un tiempo que se acortaba y el desenlace que se aproximaba porque algo tenía que terminarse. Fermín lo sabía. Doña Juana se iría a besar estrellas y él, solterón y triste, se quedaría a la sombra de los muros a contar billetes que le sobraban y que no le servían para alcanzar la felicidad.

La dicha no tenía que ver con todo el lujo que lo demolía...

La paz y la felicidad llegaban desde la compañía y de los afectos, y Fermín estaba más solo que un perro vagabundo.

–Hay que ir ya mismo a buscar a Tomasa.

–Padre, ella puede sufrir un colapso. No recuerda nada.

–Tú no tienes que decirme a mí que soy médico cómo tratar a un enfermo en esas condiciones. Tomasa debe estar vigilada. ¿Cuál es la dirección de esa mujer que la protege? –le exigió don Amadeo a Conrado mientras tomaban café en la sala.

–Necesito hablarle de esa dama, padre –respondió Conrado ya que vio una oportunidad para contarle sobre el amor que sentía y su decisión de unirse a Margot para siempre.

–¿Qué tiene de particular?

–Es la mujer que elegí para casarme. Estoy enamorado de ella.

–¿Qué? ¿Y Elena? –exclamó furioso Amadeo.

–Cálmese. Yo ya soy un hombre. No se moleste de esa forma sino me verá obligado a tomar una determinación drástica.

–¡Por favor! ¡Ya no estoy para tantos disgustos!

–Tranquilícese. El amor no se elige, aparece, y contra él no se puede ir. La vida nos pone de frente a ese ser que puede ser perfecto o no. Eso no importa. Margot es la mujer de mi vida.

–¿Margot? ¡Con ese nombre no hace falta saber más nada! ¡Margot! ¡Bonita dama! Me imagino la fila de hombres que debe tener para cumplir con sus afamados servicios. ¿Me equivoco?

–No me importa su pasado. Ella lo dejó todo por mí y hace tiempo.

–Cómo me río, por favor. ¡Mi hijo! ¡Un Iriarte! ¡Un médico!

–Padre, usted no sabe lo que es el amor si habla así. Con respeto, usted no debe haber querido a mi madre.

Don Amadeo recordó a Genoveva y se calló por unos minutos. Con las manos en los bolsillos, miró hacia la calle por la ventana y cierta nostalgia lo trajo a la realidad. Él había cometido demasiados errores y pretendía poner orden. No tenía autoridad moral. Se sentía sucio e imperfecto, pero entendía que vivían en una sociedad que todo lo miraba con recelo y con juicios, y que había que hacer buena letra para continuar perteneciendo a esa comunidad que esperaba lo mejor de cada uno.

–Conrado, hijo, sabes que te quiero mucho. Eres mi esperanza y el que va a heredar mis pasos, el buen nombre que tanto me costó alcanzar. La vida es lucha también, es levantarse temprano y acostarse tarde, es entrega y servicio. Tu madre y yo dejamos de pensar en nosotros para vivir para ustedes, hicimos demasiados sacrificios. El abuelo también y falleció joven. Todo en pos del futuro de las familias, del bienestar y del buen hacer. Eso me dio un lugar de privilegio en el hospital y frente a la sociedad, ese prestigio que quiero y necesito que tú, sobre esas bases, puedas construir tu futuro y el de tus hijos. Imagina tu vida con esa mujer, las reuniones sociales y de trabajo frente a las autoridades del hospital y en la Universidad. Tendrías que soportar las murmuraciones, serías desplazado de ciertos lugares propios, tus hijos, tal vez, serían objeto de comentarios malintencionados. La mujer puede ser muy bella, pero eso no alcanza para un hombre como tú. ¿Y las conversaciones? ¿Tiene estudio o trato social? No me digas nada. No me contestes. Lo sé bien. Elena es una joven preparada, inteligente, culta y educada en la mejor familia, y en colegios. Tú estás ciego por los encantos de una desconocida

que puede volver a ser, en cualquier momento, la que fue... ¿Qué harías? Ya habrías dejado manchado tu apellido y el de todos nosotros. Te pido que lo pienses. Por favor, en nombre de tu madre que te adoraba, no quiero pelearme más contigo porque eres mi última esperanza. Llevas mi sangre.

–Está bien, padre. Lo pensaré –contestó, a media voz, un Conrado que parecía vencido por las palabras que no quería escuchar, pero que esperaba. No podía pretender que don Amadeo aceptara a Margot. Hubiera sido un milagro si su padre hubiera tenido esa reacción.

–Hola, hijo, escuché sin querer la conversación –exclamó doña Águeda, quien venía desde el jardín con un ramo de jazmines–. Lucha por ese amor, querido. Aquí somos muchos los que nos hemos equivocado y estamos pagando las culpas.

–¿Qué culpas?

–Otro día te contaré...

–No, abuela. ¿Qué culpas puedes tener tú?

–Muchas y pesadas. Todas las que te puedas imaginar. Estoy arrepentida, pero ya es tarde –respondió, y comenzó a llorar.

Conrado la abrazó con tristeza, él también necesitaba consuelo. Después de las frías palabras de su padre, la vida le parecía sólo un papel viejo con artículos detallados que debía cumplir por el bien de la humanidad más que por la dicha de él mismo. Siempre los otros. Nacer y morir bajo la mirada inquisidora de la gente.

–Sabes, yo maté a tu madre. ¡Pobre Emilia!

–¿Qué?

Conrado pensaba que Águeda había caído otra vez en el delirio: el de los zapatos de dos colores, el de la torta del cementerio, y tantos otros. ¿Y los labios rojos y los sombreros cargados de aves?

–Emilia murió por mi culpa.

–Eso no es verdad, ella estaba enferma del corazón desde hacía mucho tiempo.

–Por eso mismo, hijo. Yo aparecí en esta casa a reprocharle su falta de cariño y su incompreensión, el abandono al que me sometía por ser una anciana. No iba a verme o muy poco, entonces me vine a vivir acá para estar cerca de ustedes, pero sentía la misma soledad o peor porque Emilia me ignoraba. Parecía preocupada por quién sabe qué cosa. Yo era un estorbo para ella, y debía soportar sus retos y malas caras, las contestaciones. Entonces, inventé la falta de memoria, las excentricidades y las respuestas absurdas. Solamente para molestarla, para que se ocupara de mí, para que pensara que estaba enferma y me diera algo de amor. ¿Qué hice? La mortifiqué más, y eso la llevó a la tumba. Yo no sabía que le iba hacer tanto mal. ¿Me puedes entender?

–Abuela, ¿por qué mintió así? No era necesario.

–¡Sí! Yo quería amor. ¿Acaso los viejos estamos condenados a la soledad y a la indiferencia? ¿Somos un trasto más después que de niños les hemos dado todo?

“La edad madura es aquella en la que todavía se es joven, pero con mucho más esfuerzo”.

Jean-Louis Barrault

42-LA NAVIDAD

Ada había preparado una mesa de Navidad a su gusto porque nadie le había dado instrucciones. Extrañaba a doña Emilia; ella se había ido justo antes de una fecha como marcando el sendero de los recuerdos. Nadie podría olvidarla. Sus deseos siguieron siendo órdenes después de haber dejado su voz en cada espacio de la mansión.

Nieves no sabía que Andrés se hallaba en la casa de sus padres. Seguía vistiendo de negro y los años le pesaban como si fueran muchos y tenía que obedecerles, marcar el paso, escuchar sus mandamientos. La abuela Águeda, igual que una vagabunda, había cambiado tanto que hasta Ada, quien la había cuidado tantos años, no podía reconocerla y don Amadeo y Conrado se miraban de costado, con recelo. No querían adivinar lo que pensaba el otro porque sabían que, a simple vista, nada los unía; sin embargo, los dos habían cometido errores y se habían dejado llevar por los sentimientos dejando atrás cada artículo de la propia ley impuesta.

Sentados a la mesa parecían fantasmas adormecidos. Ada los acompañaba porque no tenía familia propia.

–Tomasita tendría que estar acá, con nosotros. Dicen que la encontraron... –exclamó Nieves mirando el plato inglés con arabescos azules.

–No puede venir porque no nos reconoce –agregó Conrado.

–Otra vez con este tema. Tengamos la cena en paz porque es Nochebuena. Ya veremos qué haremos con la criada.

–Hablas como si fuera una extraña. Ella es como una madre para nosotros.

Doña Águeda golpeó el plato con la cuchara. No quería escuchar peleas justo ese día que era tan duro para ella. Vivir sin Emilia le estaba costando más que a nadie, sobre todo porque se sentía culpable.

–Acá la única pobre mujer es Emilia que tuvo que abandonar este mundo. Nosotros estamos vivos y, mal o bien, seguimos adelante. ¡Qué costumbre tienen de decir: pobres los

deudos! ¡Cuánto van a sufrir! Lástima hay que tenerle al que debe partir.

Todos se miraron como si la abuela estuviera delirando otra vez.

Sabían que decía una gran verdad, pero consideraban que no era el momento.

Es que la Navidad para muchos es sólo nostalgia.

–No sientes deseos de estar con ellos –le preguntó Julia a Tomasa que iba y venía de la cocina con unas ensaladas de pepinos y de tomates.

–No, prefiero quedarme acá con usted. Si no le molesta.

–¿Cómo me va a molestar?

–¿Con quién pasaba siempre la Navidad?

–Con mi “esposo”.

–Claro. Ahora la próxima será con mi niño Conrado. Es tan buena persona, un dulce, tan cariñoso. Lo quiero mucho y estoy feliz de que estén juntos y que se amen. Él tenía una novia, bella e inteligente, pero creo que no la quería. Doña Emilia había armado ese noviazgo. Y cuando es así no alcanza.

–¿La joven va a la casa?

–Hasta que yo estuve allí, sí, pero él la trataba igual que si fuera una amiga.

Julia se quedó callada mirando el plato y las velas que Tomasa había encendido. El gato, sentado a la mesa, entrecerraba los ojos cada vez que oía la voz de Julia. Eran tres almas solitarias que festejaban una fecha que podría ser cualquiera. Les daba lo mismo.

Los creyentes, después de las doce, iban a misa.

Las calles se atiborraban de coches, de voces y de risas. Es que la Navidad tiene sus magias, bendice y envuelve, trae sueños y esperanzas hasta los más desvalidos porque abraza con el mismo cielo a todos: solos, acompañados, libres o prisioneros en los vacíos, cuando extrañar al que no está, al que se fue prematuramente, se transforma en presente.

–¿Te sientes mejor ahora que recordaste toda tu vida pasada?

–No, porque volver a ser yo me trajo una profunda tristeza. Es por eso que no quiero regresar a la mansión. Me da pena la niña Nieves, debe estar sufriendo por su madre. Pobrecita.

–Me parece que perdió un novio también...

–¿Se le murió el novio? –exclamó Tomasa asombrada-. ¡No lo puedo creer, qué desgracia!

–No. Por lo que sé la abandonó y se fue al sur del país a hacer política.

–¡Andrés Rosas, novio de Nieves! ¡Y la abandonó! ¡Tan bonita y tan buena! No tiene perdón de Dios ese muchacho. Si yo estuviera en la casa le hubiera dicho unas cuantas verdades.

–¿No es que el amor así no alcanza? –le preguntó Julia con una sonrisa.

–Bueno, sí. El afecto debe ser algo espontáneo y natural que nace o no. No se puede imponer. Pero acá me parece que la culpa la tiene don Amadeo y hasta la pobre patrona Emilia; aunque es preferible amar y que no te amen, a no haber amado nunca.

La Navidad no es sólo una palabra.

Elena y sus padres la festejaban solos. Podrían haberse reunido con Catalina, Dalmacio y Andrés, ahora que estaba de regreso por las fiestas, pero Catalina les iba a amargar la velada. Además con una persona en las condiciones que ella se hallaba no parecía grato reunirse para brindar. Belia hacía un tiempo que no la visitaba a la hermana. Algo temía.

–Tengo ganas de ver a Andrés –dijo Elena cortando la fruta para hacer una compota–. Quisiera preguntarle tantas cosas: ¿por qué dejó a Nieves? ¿Por qué no se despidió de ella?

–Tú no mires tanto la vida de los otros y preocúpate por tu novio –exclamó Belia cansada de soportar, largo años, los desplantes de Conrado.

–Ya sé, madre. Lo mío no tiene compostura. Conrado tiene otra mujer.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo dijo Fermín. Él sabe bien quién es y se trata de una “señora” poco decorosa.

–¿Y tú le crees a Fermín que es un resentido?

–¡Bueno, madre! ¡No me confunda más, quiere!

Llegó Blas tocando unas campanas navideñas y Belia se enojó.

–¡Mi hermana está enferma, está mal, y a ti se te ocurre hacer semejante bulla!

–Perdón. Es que la Navidad tiene algo especial. Uno se vuelve otro: más joven, más condescendiente, más permisivo, y se olvida del presente. Es como una tregua a los días, un descanso, para volver renovado y con más fuerzas.

–Yo no siento eso, soy más realista. Mi hermana está por dejarnos y en estos momentos no pienso en otra cosa. La Navidad me da lo mismo desde que murieron mis padres o desde que era una niña. Quisiera dormirme el veintitrés y despertar el primero de enero.

Blas colocó las campanas en un armazón triangular de madera con anaqueles para sostener figuras navideñas decoradas con ramas de abetos y pinos, coronas de acebo, muérdago y una estrella en lo alto.

–Parece un niño, padre –le dijo Elena.

–Es que se necesita alegría para quitarse el cansancio, luz para ver la huella, campanas para recibir a “El Salvador”, olvido para no renunciar a la existencia que nos toca a cada uno como regalo.

No debemos estar tristes.

La Navidad de Fermín no podía ser diferente a su vida diaria: silenciosa, oscura, con su madre sentada en la punta de la mesa rectangular y él en la otra. La anciana, a pesar de su invalidez, no dejaba de dar órdenes. Sin embargo, Fermín pensaba que ella lo sostenía, y que de no existir no sabía qué hacer con su vida. Ya no tenía amigos; solamente dinero y, a la hora de hacer un balance, lo material era una herramienta para usar por si la necesitaba.

Había pensado que luego de las doce de la noche iría a saludar a Conrado, pero no se llevaba bien con él después de la noticia del noviazgo con aquella mujer procaz que no compartía. Elena siempre en el medio de los dos sin sospecharlo y rendida a la poca atención que Conrado le daba para ocuparse de lleno a la otra relación: la oculta y la prohibida. Sabía que no

sería bien vista, por eso retrasaba su anuncio, y a Margot la seguía ocultando entre las sombras de aquella casa enrejada y pobre donde también vivía Tomasa.

La monja-enfermera cenaba sola en la cocina porque doña Juana no quería que los empleados usaran la mesa del comedor. A la anciana no le importaba que se trataba de la Navidad que, en definitiva, es una celebración del espíritu y que su verdadera esencia está en el amor y en el acercamiento, en compartir y en agradecer.

–Qué fiesta inútil –dijo desde la distancia. La mesa era tan larga que parecían monarcas del siglo XVIII–. Si por lo menos estuviéramos en Europa con nieve y frío resultaría más atractivo. Con tu padre nos íbamos a caminar después de las doce por La avenida de los Champs-Élysées en París. ¡Qué maravilla! Resignarse a esto es como morir y seguir respirando todavía.

–¿Le gustaría ir a vivir a Europa? –le preguntó Fermín como para darle el gusto de verla sonreír.

–Ah, claro. ¡Cómo no! Pero tenemos nuestros intereses acá.

–Podemos dejar un administrador.

El rostro de doña Juana se iluminó y Fermín sintió que su madre volvía a ser joven como en los años escolares cuando la vida les sonreía y él sentía el calor de su mano, el abrazo de mamá dulce, la contención que siempre necesitó y que ella, con todo el amor, le daba. Luego con el fallecimiento de su esposo y más tarde con su invalidez, se volvió áspera y sin retorno.

Fermín sonrió junto a Juana esa Navidad recordando las calles de París.

Esa simpleza le devolvió luz a sus ojos.

–¡Apúrate Albertina que ya me llega la hora! –gritaba Catalina intentando llamar la atención de la criada y amargando a toda la familia. Tal vez, ése era el momento que había elegido para partir con gloria y dejar el recuerdo triste en la fecha de celebraciones. Su egoísmo era mayúsculo, pero Andrés no se daba cuenta y trataba de calmarla.

–Madre, relájese. Le aseguro que usted no se va a morir. Al menos no ahora.

–Si tú te vas, sí. Dejaré este mundo que ya no tiene sentido para mí. Te pedí que renunciaras a esa política sucia, pero me has dicho que no lo harás. Te importan más los desconocidos que tus padres que te necesitan. Somos viejos y nos vamos a ir pronto.

Albertina trajo a la habitación un trozo de pastel con frutas y les sirvió a todos, intentando sobrellevar el momento lo mejor posible. A ellos le debía la vida entera y con lo único que podía pagarles era con servicio, aunque ya se sentía cansada y anciana, tanto como Catalina.

Las velas encendidas daban el marco propicio a las despedidas.

Don Dalmacio, igual que la mayoría de los hombres, hubiera querido que la tierra se lo tragase antes de escuchar las palabras y los ruegos de su esposa. Ella no se quería morir, sólo que amenazaba a Andrés para que renunciara a la intendencia. Quizá tres años eran muchos para sus pocas fuerzas, pero no debía actuar de esa forma. Era su madre.

–¡Albertina tú tienes toda la responsabilidad! ¡Ya te lo dije y quiero que me des tu palabra de honor! ¿Puedo confiar en ti?

–Claro, doña Catalina.

Andrés no entendía nada. Pensaba que su madre había entrado en la etapa previa a los delirios de la muerte, cuando aquellos que se van escuchan o piden ayuda a sus padres, ven palomas blancas y exigen el perdón. Pero Catalina solamente amenazaba a la criada que prefería huir por los pasillos de la antigua casona para no contradecirla porque sabía bien que no había perdido la memoria y que una verdad, oculta por años, estaba latente en su mirada, en las manos extendidas, en el dolor interno y en ese día que Catalina aguardaba y que podía ser el del nacimiento de Jesús.

Su muerte sería celebrada y eso la conformaba más que quedarse de este lado del camino respirando el día después...

“La Navidad es espíritu, valores y empatía, confianza, afecto, generosidad y paz”

43-¡NIÑO!

La abuela Águeda le había aconsejado que tenía que luchar por el amor y Conrado así lo había decidido. Las palabras de su padre no dejaban de retumbar en su mente cada vez que pensaba en Elena y en el matrimonio. Margot era el destierro, la marginalidad, pero el sentimiento único y desconocido lo llevaba a desoír aquellas leyes impuestas que ya no le importaban. Conrado no quería vivir preso de los formalismos y al lado de una mujer que no amaba.

Esa tarde fue a la casa de Margot y lo atendió Tomasa.

–Hola Tomasa, vengo a hablar con Margot.

–Ella salió, pero pase que le sirvo algo.

Conrado la miraba detenidamente desde el comedor mientras Tomasa preparaba el café. El gato, sentado a su lado, entrecerraba los ojos como era su costumbre. Se mostraba tan sociable que parecía humano. Tomasa no daba señales de reconocerlo y él no quería forzar la situación. Es que si confesaba que ya recordaba todo se la llevarían a la casona de los Iriarte, y Tomasa quería quedarse con Julia. En ese espacio, humilde y sencillo, se sentía a gusto, aunque sabía que si ellos se casaban tendría que irse.

–¿Usted ama a Julia? –le preguntó con disimulo cuando le sirvió el café con unas galletitas–. Yo no quiero que sufra, sabe...

–De eso no te tienes que preocupar, querida Tomasa. Seremos muy felices los tres.

–¿Los tres?

–Sí, porque tú te vendrás a vivir con nosotros. Yo te quiero muchísimo y aunque no me

recuerdes sé que el amor y los cambios te sanarán. Podrás volver a ser la que eras.

—¡No, la que era, no!

Tomasa, sin querer, dejó al descubierto la verdad. Conrado la miró fijo, sin hablar, y a ella se le nubló la vista. Él también se emocionó y la abrazó fuerte. Volvió a sentir su calor de madre, la ternura reparadora, la caricia a tiempo, esas alas que le cubrían la espalda, el abrigo... pero ése era un sentimiento egoísta. Tomasa no quería volver a la mansión y debía respetarla porque esa vida, por más que la amara, no le pertenecía.

—Querida.

—Niño.

Ambos se hallaban demasiado emocionados, y Julia vio la escena cuando quiso entrar a la cocina, pero se quedó oculta detrás de la puerta. Ese momento le pertenecía a ellos.

—¿Has recordado todo?

—Sí, niño Conrado, pero no me obligue a volver. Sé que doña Emilia ha muerto y no podría ver la casa vacía. Sabe que sufro depresión desde antes que me llevaran al hospital de locos.

—Tomasa, no era un hospital para enfermos mentales. Mi padre te llevó al lugar donde él trabaja para vigilarte de cerca y darte las mejores atenciones. Ahora ya has recuperado la memoria. No hace falta, aunque él debe querer que regreses porque eres parte de la familia.

—Yo iré con usted, niño Conrado. ¿Su padre qué piensa de esta relación?

—No la acepta, pero a mí no me importa, Tomasa. Es mi vida y no la de él.

Julia, detrás de la puerta, comenzó a llorar y, sin hacer ruido, se fue al patio para desahogarse tranquila porque no quería hablar con Conrado. Los miedos que siempre tuvo se hallaban latentes. Ella no era una mujer para un hombre tan prestigioso, con dinero y de alta sociedad. Julia se sentía sucia frente a los desprecios que imaginaba y a las malas caras y los silencios cómplices que seguro la juzgarían desde la cima del poder.

Conocía demasiado a los hombres que frecuentaba, no así a los jóvenes estudiantes que sólo se burlaban de ella. Conrado no formaba parte de esos frívolos y casi adolescentes que escapaban de las mujeres mayores como si tuvieran lepra o que las querían usar para luego reírse o demostrarle a los demás que eran más “hombres” por haber pasado un momento con ellas. Julia tenía sentimientos y estaba golpeada, demasiado herida, por haber equivocado el camino. Ser tan bella le había costado caro y hoy esa virtud la colocaba frente a una decisión inesperada.

—Me gusta que luche por lo que siente; por fin alguien que va a ser feliz.

—Así es, Tomasa. Basta de hipocresías. Estoy agotado de tanto palabrerío inútil y de sostener lágrimas de gente triste que sueña y que no puede reír.

—¿Por qué lo dice?

—Por Nieves.

—Pobrecita. Lo que sufrirá sin su madre.

—Y sin Andrés.

Fermín visitó varias veces a Elena.

Lo hizo a escondidas de Conrado porque sentía que estaba traicionando aquella amistad de años. Elena no sabía bien o no quería admitir que su amigo, el fiel compañero de las salidas de su novio, se había enamorado de ella. Lo sospechaba. Le llegaban sus halagos porque Fermín era un hombre correcto, educado y de excelente familia. No hablaban de Margot, pero Elena sospechaba que algo no estaba bien y que Fermín quería suavizar las malas noticias antes que llegaran a su destino.

Belia, con un malhumor aumentado por la conducta de su hermana, no dejaba de preguntar:

–¿A qué vino otra vez?

–No sé, madre. Quizá quiere decirme algo y no se anima.

–De ese joven te tendrías que enamorar y casarte de una buena vez. Es un excelente “partido”, con dinero y clase. El otro no sabe lo que quiere –vociferaba Blas cansado de la espera, de las idas y vueltas de Conrado a quien consideraba un irrespetuoso.

–Usted no puede manejar los sentimientos.

–El romanticismo tonto me saca de mis cabales.

–Fermín es muy mayor para mí.

–¡Tonterías!

–Déjala, está sufriendo porque no encuentra el camino y tú no haces otra cosa que buscar pleitos –rezongó Belia.

–Es que se va a quedar para “vestir santos” por culpa del indiferente de Conrado. ¿Quién se cree que es? ¡El hijo del rey! Hay miles mejores que él. ¡Soberbio! –gritó enojado Blas y desapareció con su maletín de trabajo.

La situación de Elena era insostenible.

Debía, por su bien, ponerle fin a esa relación que le estaba haciendo mal. Tal vez, eso era lo que Conrado esperaba. Dejar a una joven tan maravillosa como Elena lo perturbaba, le daba pena, y prolongaba el desenlace con la intención de que fuera ella la que pusiera el punto final a ese noviazgo. Así él quedaba fuera de culpa y cargo, y con esa libertad podía huir en busca de Margot sin sentir que había lastimado a nadie. Un planteo cómodo e inmaduro.

Bajo ese cielo gris donde el futuro parecía desdibujado, “la niña bonita” seguía imaginando bodas irreales como la princesa que era... En todas las secuencias la sonrisa encantadora de su novio le mentía y ella lo aceptaba conociendo, de antemano, sus ficciones.

–¡Andrés!

–Hola Nieves.

Los dos se miraron con amor y emoción. Ella parecía una monja vestida de oscuro. La palidez de su rostro le daba un marco victoriano a su figura endeble.

–Mis condolencias –dijo Andrés parado en el dintel.

–Pasa... ¿o estás apurado?

–Mi madre me espera en la casa porque está enferma. Me pide que renuncie a la intendencia, y que se va a morir si me voy, pero yo me ahogo. Mi vocación es tan fuerte. Tú lo sabes.

–Sí. Haz dejado los afectos por el bien de otros. Yo no lo comparto, pero trato de entender. Para mí primero están mis padres y mis seres queridos.

–Ya me di cuenta –exclamó resignado Andrés que esperaba otra cosa de Nieves. Tal vez, que corriera a sus brazos para irse al sur con él, ahora que su madre había muerto. Sin embargo, ella, resignada y doliente, prefería la soledad, y Andrés se dio cuenta. Quizá ya no lo amaba.

La abuela Águeda iba y venía con sus bastones mirando la escena de los enamorados en el zaguán, y pensaba que estaban malgastando la vida y que eran dos necios que no enfrentaban a los demás para tomar, de verdad y asumiendo las consecuencias, sus propias ideas. Sabía que eso era un riesgo; ella lo había experimentado cuando abandonó su casa para darle guerra a su familia y, en esa lucha, casi silenciosa, había perdido a su hija. Igual, a pesar de todo, pensaba que derribar escollos era el mejor camino.

“A la felicidad hay que buscarla porque huye, hay que tenderle trampas, y dejarla sin aliento. De lo contrario, pasa sin que podamos advertirla”, pensó cuando vio que aquellos dos seres parecían momificados por las palabras justas y correctas, vacías, sin aliento. ¡Tan teatrales! ¿De qué les servían?

Andrés se fue y Nieves sintió que otra vez perdía, que el corazón demasiado herido volvía a sangrar y que la vida la colocaba en el sendero de los desposeídos, de los marginados, de aquellos que necesitaban limosnas para saciar la sed. Desde su perspectiva, ya no tenía ilusiones y prefería hundirse en las sombras de su cuarto porque el amor de su vida no le había dicho: acompáñame al sur, casémonos.

“La confusión es el primer paso hacia la claridad”.

Syd Field

44-INMORAL

Cuando Andrés llegó a la casa, encontró a Albertina, la criada, llorando sobre la mesa de la cocina, con media docena de pañuelos húmedos y el pelo blanco revuelto dentro de la cofia. Su padre Dalmiro miraba hacia el patio con las manos cruzadas en la espalda.

–¿Qué pasa? –preguntó Andrés angustiado.

–Mi doñita Catalina ha muerto –exclamó Albertina ahogada por el llanto.

–¡No! Si estaba bien cuando me fui hace dos horas. ¡No puede ser verdad! –gritó Andrés y corrió al cuarto a ver a su madre.

Catalina, entre los cobertores, parecía una momia egipcia. Se había acomodado para morir con las manos en forma de cruz sobre el pecho. La habitación oscura, como le gustaba a ella, sólo tenía una vela encendida y traspasaba el brillo de una pantalla verde. Afuera, se oía el canto de los pájaros y se percibía el calor de ese verano agobiante.

–Andrecito, ella preguntó por ti. Yo le dije que habías salido a solucionar un trámite, pero no me creyó y se puso mal. Gritaba, decía que le mentía y que le ocultaba que te habías ido al sur otra vez. Le subió el pulso y le faltaba el aire; no nos dio tiempo para llamar al médico. Igual el doctor Santos acaba de irse. Dijo que sufrió un infarto. Ella lo sabía, era visionaria; tanto llorar y sufrir le debilitó el corazón.

–No digas así que me haces sentir culpa, Albertina. Por favor, déjame solo que quiero estar con ella. Necesito desahogarme.

–Sí, Andrecito. Perdón.

–Madre, nunca quise hacerte daño –le habló Andrés de rodillas al lado de la cama–. Despierta, necesito despedirme de ti. No puedes dejarme así, solo, te necesito. Irme al sur no fue una buena idea, perdona, cómo hago para que me perdones. No he sido un buen hijo porque he abandonado a toda la gente que me quiere.

Dalmiro, detrás de la puerta, no dejaba de emocionarse con Albertina que lo sostenía. Nunca creyeron que las amenazas de Catalina tuvieran fundamentos porque no la vieron enferma, ni demacrada ni pálida. Creían que quería atención y el amor de su hijo, y porque se sentía sola necesitaba retenerlo a su lado. Tal vez, tenía miedo, mucho temor, a partir sin despedirse y ese mismo miedo la dejó sin luz cuando todavía no era su tiempo.

Blas, Belia y Elena encontraron a Andrés destruido junto al lecho de su madre. No estaba preparado para su fallecimiento, lo veía lejano o le parecía... De repente, se le había venido encima una realidad impensada: la muerte. A pesar de que era un hombre no podía concebir la idea de separarse de su madre para siempre y eso lo transformaba en niño.

¿Cómo entenderlo?

Los había abandonado por un sueño, no solamente a ellos, sus padres, sino también al que creía el amor de su vida, a Nieves.

Ahora, frente a esa verdad irrecuperable, se desangraba por dentro y se olvidaba de sus tantos errores, faltas que ya no podía reparar.

–Así es la vida, hijito –le dijo Belia y lo abrazó tiernamente.

–Primito, lo siento mucho. La tía te extrañaba tanto –exclamó Elena con imprudencia, sin entender que esas palabras desencadenaron otra crisis de llanto que el pobre Andrés no pudo manejar.

Dalmiro y Blas, solos en la sala, se miraron en silencio.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Blas esperando una respuesta.

–Lo que corresponde –dijo, como en un murmullo, Dalmiro a quien se lo veía fuerte y sostenedor a pesar del golpe–. Lo primero es pasar este momento. No quiero ver gente. El velatorio será íntimo.

–Yo me ocuparé, no te preocupes.

Albertina y Belia, en la cocina, no podían creer la partida de Catalina y buscaban respuestas en los silencios. Belia necesitaba callar a la criada. Mirarle el rostro le daba incertidumbre y desasosiego, pero quería controlarla, frenarla, impedirle cualquier movimiento raro. Dejarla sin voz.

–Albertina... ¿qué piensas hacer? –le preguntó con miedo.

–Lo que me dijo la doñita el día que la conocí. Se lo prometí toda la vida.

–¡No! ¡Es que no puedes esperar! Tantos golpes y quieres dar uno más. No tienes corazón, te falta humanidad.

–Soy fiel a mi palabra.

–¡Calla! –gritó fuera de sí Belia justo en el momento que entró Blas a la cocina y la escuchó pelear con Albertina, quien todavía derramaba lágrimas por el fallecimiento de Catalina, mientras que Belia, su hermana, sólo pensaba en seguir ocultando secretos familiares que arrastraba desde antaño y que tenía sepultados.

No reconocía esa muerte y no quería hacerse cargo de nada.

El tiempo le daba una cachetada y la ponía en su sitio para que reaccionara y cumpliera con el rol que hubiera querido doña Catalina.

Al otro día en aquel cementerio de vidas célebres donde descansaba Emilia Paz y Bustos y donde dormía, sin quererlo ni esperarlo, la joven Rufina, sepultaron a Catalina Rosas. El cortejo pequeño y en silencio parecía desoír el llanto de Andrés que no podía aceptar la muerte de su madre. Desde su inmadurez exigía a una realidad otro fin y provocaba desazón en los presentes.

Nieves, al final de la hilera de deudos, con el traje negro de novicia destinada a los credos, caminaba despacio con un ramo de jazmines en las manos. Nadie de su familia había querido acompañarla, si siquiera Conrado. Si asistía, tenía que cruzarse con Elena, no quería verla porque su conducta en los últimos tiempos había sido antagónica y confusa. Tampoco

podía saludarla con una sonrisa; esperaba lo que tantos hombres desean, que ella se marchara, que fuera Elena quien tomara la decisión de dejarlo definitivamente.

Después de las condolencias y las tantas lágrimas y ruegos, todos se marcharon en sus respectivos carruajes.

–Lo siento mucho –exclamó Nieves cuando vio a Andrés al borde de la galera.

–Gracias por venir –le dijo y se subió rápido sin más preámbulos.

Nieves miró el rayo de sol que penetraba por las ramas de los árboles como una señal divina y le fue a llevar los jazmines a su madre.

“Protégeme, mamá, cuídame. Te amo. Sé que tú también y es por eso que te pido señales de amor para sostenerme, para sobrevivir; es difícil continuar andando en este sendero sin tus enfrentamientos, sin tu forma complicada de querer. Es que me has dejado sola y me siento grande, vieja, con la espalda desabrigada y el futuro incierto. Nos peleábamos y mucho, me prohibías todo, pero así con tu presencia, igual que una sombra, no me caía. Ahora debo aprender a dar los pasos y no sé si puedo. Ayúdame”, rogó Nieves a la lápida de doña Emilia, mientras Carlos, el chofer, la esperaba a cierta distancia. Le daba pena la niña Nieves. Parecía tan frágil y despertaba cariño. La dejó hacer el duelo y la esperó hasta que cerró el panteón con llave y se despidió otra vez de Emilia con un beso sobre el cristal de la puerta.

Por aquel camino estrecho, con el sol como testigo, Carlos iba delante y Nieves detrás arrastrando la falda oscura; los rulos al viento debajo de su capota dejaban al descubierto su rostro triste. Sentía que allí no estaban sus muertos, que ellos ya se habían ido en vuelo eterno al infinito a compartir abrazos interminables y sanadores.

–¡Por qué tardaste tanto! –la retó don Amadeo cuando Nieves llegó a la casa con la palidez propia de quien ya no le importan las opiniones ajenas–. ¡Hay que ir a buscar a Tomasa!

–No sé, papá. Vaya usted.

–¿Y Conrado? ¡Debe estar con esa loca!

–El amor sino es loco se muere –contestó la abuela desde la sala.

–Bah... –rezongó Amadeo con resentimiento, malhumorado y mezquino. Siempre lo había sido, pero con los años el pesimismo lo dominaba a tal punto de no soportar nada del presente, ni bueno ni malo. Todo lo veía oscuro, y pretendía que los demás así lo tomaran porque si él no era feliz los otros tampoco.

–Padre, deje de pelearse con la vida. Siempre pierde el que se enoja. No quiera manejar los destinos cuando cada uno de nosotros puede armar y desarmar, encontrar y perder, escapar o quedarse. Somos dueños de nuestros propios pasos.

–¡No me hables! ¡Hasta que no te recibas y te cases con Elena no me hables! Ya sabes lo que pienso y lo que espero de ti. Está de más volver a dar el discurso aburrido de los códigos y valores morales, del respeto hacia la familia y hacia ti mismo. ¿Te miraste? Eres un joven con *charmé*, elegante, sofisticado, culto. ¿Hace falta que te diga más? La sociedad necesita de gente como tú que lleve adelante los destinos de una patria desde su lugar, tratando de enaltecer la honra y el prestigio de un apellido digno por generaciones enteras.

Don Amadeo parecía un político en campaña buscando virtudes a su candidato y menospreciando a otros. Lo que quería era que Conrado recuperara la cordura y dejara a Margot; necesitaba orientar la brújula en busca del bien común y que se olvidara de sus frívolas salidas.

Ser su continuación, aunque por momentos se olvidaba de Genoveva del Campo y de su loco amor frustrado, el que sospechaba Emilia y la perturbaba, el que Amadeo no pudo detener porque fue una burla mayúscula de una joven inmadura y entrometida que buscaba desarmar matrimonios felices porque odiaba a la gente dichosa o a las mujeres de alta sociedad con glamour a las que todo el mundo respetaba y quería.

Genoveva desapareció por las calles de París con su esposo e hijo y se olvidó de Amadeo cuando murió Emilia. El trabajo ya estaba terminado.

“La sola idea de que una cosa cruel pueda ser útil es ya de por sí inmoral”

Cicerón

45-LA TORMENTA

Un mes después...

Andrés, todavía melancólico y sin poder superar la muerte de su madre, estaba preparando la valija para irse al sur. Allá lo esperaban para solucionar problemas y hacerse cargo del pueblo. Entre las ropas, colocó el retrato de los padres. Parecía resignado a vivir en el infortunio eterno por la culpa que lo perseguía desde que llegó a la conclusión de que hacer lo que amaba había perjudicado a la gente que más quería en el mundo. Obedecer a los otros para que fueran felices parecía ser el único camino. No había que pedir ni que opinar, solamente dejarse llevar por el deseo de los demás.

—¿Ya te vas? —preguntó Dalmiro apesadumbrado.

—En una hora. Por Dios, papá, no me digas nada porque adivino cuáles son tus argumentos.

—No adivinas.

—Tu mundo está acá, tus propiedades, la herencia... Yo soy tan viejo. ¿Qué va a ser de mí? Es como si te escuchara... Mamá lo diría así.

—Yo no soy igual. Yo me sacrifico por un hijo —agregó Dalmiro y se secó las lágrimas con un pañuelo enorme que sacó del bolsillo del pantalón.

—Mírate. Ya estás llorando. ¡No ves que tengo razón!

—Es que no te pones en mi lugar.

—¿Y en el mío? ¿Y a mí quién me entiende?

—Yo —dijo una voz suave que se escuchó desde el pasillo.

—Lo sé, Albetina. Tú eres una santa. Así lo decía mamá.

—La doñita Catalina sí fue una santa porque me dio todo desde el primer día que llegué acá. Sin ella hubiera muerto. Me había convertido en una pobre vagabunda, sin dinero y sin techo. Ella se conmovió y, en vez de darme un trozo de pan y dejarme ir a la buena de Dios, me ofreció una casa a mí y a mis hijos. Recuerdo que llovía tanto ese día...

—¿Hijos? —preguntó Andrés y miró a Dalmiro quien parecía saberlo todo y no gesticulaba. Permanecía mirando el piso, como rezando.

—Mis niños, tan bellos. ¡Los amaba tanto! Quería verlos crecer, que estuvieran bien y con salud. Yo no podía darles nada. Quería llevarlos a un orfanato con todo el dolor del mundo, pero la doñita no lo permitió.

—¿Y a quién se los entregaste? —volvió a preguntar Andrés con tristeza, pero también con impotencia, con la responsabilidad de saber que su madre había hecho un acto de bien y de

solidaridad, de amor al prójimo—. ¿Y tu esposo?

—Se emborrachaba dos por tres y me pegaba delante de los niños. A ellos también los maltrataba a pesar de que eran tan pequeños. Por eso me fui y lo abandoné. No quería que me encuentre, no quería saber más nada de él. Anduve por las calles, pensé en ir a una iglesia, a un asilo... Hasta que me sorprendió la lluvia en una plaza con mis hijos tapados con periódicos. La doñita Catalina pasó en el carruaje y me vio, se detuvo, y al rato ya estaba en esta casa y bajo techo. Bendigo el amor de la señora; ella no me conocía y confió en mí. Éramos muy jóvenes los dos. Le conté la triste vida que llevaba y ella me dijo que debía volver porque aquel hombre era el padre de mis hijos, y yo me encapriché, Andrecito, amenacé con entregar a los niños a quien los quisiera adoptar y huir muy lejos. Estaba como loca. Por momentos deliraba. Luego caí enferma y estuve un mes en la cama con una fiebre rara que no se quería ir. Tenía anemia, dolores corporales, no comía... Don Dalmiro se ocupó de los niños y hasta Belia, la hermana de doña Catalina. Parecía que iba a morir, es que no deseaba vivir más. Sentía una profunda depresión, no quería molestar a nadie. Ser una intrusa en una casa de gente honesta y con apellido. Recuerdo que venía un hombre, creo que era un médico, y no sabía qué decir porque no me encontraba nada. Yo escuchaba muy lejos sus palabras, a mucha distancia, y el doctor estaba al lado mío. Catalina me contó que pasé un año así, era piel y hueso. Cosas de la cabeza, sabe. Ella manda y domina todo el cuerpo.

—¿Y tus hijos? ¿Me imagino que mamá no permitió que los entregues a algún orfanato?

—Ellos se quedaron acá, al cuidado de Catalina y Dalmiro y también de Belia y de Blas.

Andrés permaneció en silencio. Miró a su padre buscando respuestas.

Albertina se retiró sin dar una palabra más. Había cumplido con la promesa. Doña Catalina se lo había pedido desde que eran jóvenes, desde el día que llegó a la casa con la lluvia adherida al cuerpo y el alma amortajada de tanto llanto.

A Andrés ya no le importó el viaje, dejó la valija a un lado.

En la noche cerrada, solo en el escritorio de su padre, escribió una carta de renuncia a la intendencia. Sabía que tenía que ir en persona, pero en ese momento no podía viajar porque la confesión de Albertina era más fuerte. Se quería ir detrás de Catalina a otro lugar donde no tuviera que pensar.

Al otro día, fue a la oficina de correos a llevar la esquela.

La ciudad le parecía otra, sin risas ni palabras, gris por todos lados, muerta. Si bien hacía tiempo que no la recorría, la había vivido y sentido de cerca porque era hijo de esas calles y de cada plaza; sin embargo, parecía un extranjero.

Entró por la puerta del patio a la casa de Belia.

—¡Primito, siempre lo mismo! No te reto porque estás triste.

Andrés abrazó a Elena con toda la fuerza y lloró con la soledad dentro, con la angustia del desprotegido, del que tiene hambre y frío, del humilde, y le dolió la infancia y la desesperación, cuando muchos caminos no conducían a ningún lado.

Belia se asomó y lloró con él sin decir una palabra.

—Te entiendo, pero tienes que poner voluntad. Eres un hombre grande y tienes toda una vida por delante. Te esperan los ciudadanos para que les soluciones los tantos problemas que los otros políticos inescrupulosos no escuchan.

–No volveré al sur.

–¿Qué? ¿Abandonas la política? –preguntó Elena con ansiedad.

–Sí, lo dejaré todo. Acá tengo lo que amo. Acá está el futuro. Mi padre me necesita para organizar las tierras. Lamento no haberme dado cuenta antes. La muerte de mi madre fue el detonante. Me culpo por eso. No tengo perdón de Dios.

–No hables así, somos humanos por lo tanto imperfectos.

Andrés se vio reflejado en los ojos de Elena, y ella contempló un brillo extraño que la confundió más. Lo notó cercano, con el mismo cariño dentro del alma y el mismo pasado.

–Hijo, ven que te serviré algo. Vamos a la cocina que estaremos más cómodos –lo invitó Belia temblando como una hoja frente a la conducta desconocida de Andrés que había dejado atrás al otro, al caprichoso y porfiado, al inmaduro que veía a su tía como una mujer solidaria y sacrificada, tan silente como una monja, que defendía causas justas a pesar del ceño fruncido.

–¿Y Dalmiro? –preguntó Belia por decir algo.

–Él es fuerte y puede sobreponerse a las pérdidas. Yo no soy parecido a él, más bien me parezco a mi madre. ¿No?

–Sí, claro. Catalina era muy sentimental.

“Cuando dirás lo que guardas tan dentro tuyo. Sé que sufres por callar tantos años sabiendo que este momento llegaría a golpearte la puerta. Gracias por tanto, gracias por ser tan honesta y por tener códigos. Ahora estoy golpeado, pero voy a necesitar que me cuentes cosas, las que mi madre no pudo o no quiso, las que se guardó para después... Recuerdo tantos momentos, hasta los veo pasar al lado: risas, juegos, abrazos de primos, travesuras, paseos en carruaje por plazas llenas de globos de colores. Una vida feliz, una vida que no me pertenecía del todo, pero el amor pudo más y la humanidad y la entrega. Pienso también en Albertina y su derrotero. Desprenderse de su identidad, dejar de ser ella para convertirse en una criada que espera de los otros no sólo un abrigo sino la comprensión, el buen trato, y a pesar de tantas atenciones una existencia prestada. Ella tuvo que renunciar como lo hacen muchas para crecer y sobrevivir, cuando la pobreza y la falta de respeto la ahogaban, en medio de golpes e insultos, sin poder soltar del todo las ataduras de un hombre ciego. ¿Qué habrá sido de él? No quiero saberlo, no importa. Soy grande y le debo a todos un minuto de vida, de fuerza y de agradecimiento”, pensó Andrés mientras miraba la seriedad de Belia y el rostro de Elena que, a pesar de la indiferencia de Conrado, mantenía fresco y jovial. Era tan bella y tan buena. No podía entender el rechazo de ese novio inventado que buscaba en los suburbios un amor gastado e irreal, cuando tenía enfrente a la mujer más virtuosa del mundo.

–¿Nieves sabe que te quedas en Buenos Aires?

–No. Lo decidí anoche. Igual no voy a insistir, me he portado mal con ella.

–Primito, el amor siempre es lo primero. ¿Acaso la ves cómo va vestida?

–De negro por el luto de su madre.

–No. Se vistió así desde que tú te fuiste.

Andrés no podía creer lo que escuchaba. Cuánto camino tenía que recorrer para reparar los dolores causados. Algunos ya no tenían vuelta atrás. Doña Catalina se había ido con el corazón destrozado y él juntaba los retazos de un pasado lluvioso para traerlo al presente y

comenzar de nuevo, si lo perdonaban, un futuro cercano con Albertina y con Elena, su hermana.

“Un hermano es el que te da su paraguas en la tormenta y luego te lleva a ver el arcoíris”.

Karen Brown

46-TODO LLEGA Y TODO PASA...

Fermín se fue a vivir a Francia con su madre el día que se enteró que Elena se casaba con Conrado.

La última esperanza que le quedaba se esfumaba y “la niña bonita” iba a ser feliz como siempre lo había soñado. Por eso, a pesar de todo, estaba contento.

Fue a saludar a su amigo y a felicitarlo antes de irse, y lo encontró sereno y con deseos de empezar una nueva vida.

–Al final se hizo tu voluntad, querido Fermín.

–Me alegro más por Elena que por ti –le contestó y le dio un abrazo.

–¿No te quedarás para la boda?

–No. Lo siento; necesito cambiar de aires y darle a mi madre el último deseo.

De Margot no hablaron porque sabían los dos que dejaban un pasado de frivolidades y de equivocaciones. Aquello debía ser sepultado bajo cuatro llaves porque había sido un desliz juvenil propio de la inmadurez y de la pasión por transgredir las leyes.

Don Amadeo, a pesar de seguir medio aturdido por la humillación de Genoveva, se lo veía tranquilo y hasta sonreía. Su mayor anhelo se había convertido en realidad: Conrado se recibió de médico y se iba a casar con Elena.

La abuela Águeda parecía contrariada por tener que apoyar un matrimonio arreglado, pero volvió a pintarse los labios rojos.

–¿Te enteraste que Elena y Andrés son hermanos adoptivos de Catalina y Belia, y que la verdadera madre de los dos es Albertina, la criada de los Rosas de toda la vida?

–Sí, me contaron la historia. Muy conmovedora. Me alegro que ellos no hayan quedado dolidos y que estén enteros después de la noticia.

–Yo creo que se alegraron de ser hermanos porque siempre se quisieron mucho –agregó Conrado.

“Estoy hecha así cuando tengo ganas de reír, y me olvido un poco de todo. Y estrecharte en mis brazos por millares de años, ser uno solo donde quiera que sea, más allá de ti y de mí...”, pensó Nieves después de haberse reconciliado con Andrés.

Él había renunciado a la intendencia del pueblo y se quedaría en Buenos Aires para ocuparse de su herencia y disfrutar del futuro, de una historia de vida que jamás imaginó, pero que lo sanaba tanto. Amaba a Catalina, no sólo porque lo había educado y criado sino por el

gesto solidario de acoger a Albertina y darle todo para que pudiera salvarse de aquel hombre cruel. Era su padre, no le importaba. Tener a Elena como hermana lo rescataba de la soledad porque, aunque no lo sabía, ella siempre le había despertado una ternura enorme, deseos de protegerla, de estar cerca y de ayudarla a encontrar su destino.

Nieves lo había perdonado.

Desde su inmaculado universo de plegarias, ella lo había esperado sin reproches ni rencores. Era una mujer de aquellas que amaban una vez, como él.

Andrés se fue al sur con la convicción de que se quedaría soltero y que la única mujer de su vida era Nieves, así pasaran los años, así ella se casara con otro. La amaba más que a sí mismo.

Iban a unirse en matrimonio después que lo hicieran Conrado y Elena.

“Qué feliz que hubiera estado mamá. Lo sé. Lástima que no pudo sentir la paz de este hogar después de que Conrado dejara su loca bohemia. Ella se asustaba tanto de sus salidas a medianoche cuando se oían gritos y disparos. Hoy hubiera esperado a sus nietos arropada del frío con los leños ardiendo en la chimenea y los ovillos de lana esperando en el canasto para tejer calcetines rosados... o celestes”, reflexionó Nieves con un dejo de tristeza.

Siempre le falta algo a la felicidad. Alguien le quita su luz y la devuelve luego con otra mirada y diferente latido. Suceden cosas y nadie se sienta en tu silla y la puerta se abre y es otra la risa...

Tomasa se quedó a vivir con Julia.

Pensó que debía cuidarla más que nunca después de que Conrado la dejó para casarse con Elena. Él se portó bien con ella y le habló de frente; le dijo lo que sentía, le entregó su amor.

Debía casarse con Elena, su novia, dulce y buena, la misma que muchos respetaban y querían porque se merecía todo. Así lo decía la sociedad, el futuro y su padre.

Julia lo despidió sin una palabra. Comprendía y esperaba, de alguna manera, ese final. Su opinión y los sentimientos no valían nada, tampoco importaban.

Conrado Iriarte era el amor de su vida y le dio las gracias por haberlo conocido. Si no hubiera sido así, ella no hubiera conocido nunca ese sentimiento puro.

—No comprendo al niño Conrado. Si la quiere... ¿Por qué la deja?

—Por los otros, amiga.

Julia volvió a ser Margot en las noches oscuras.

Al café Hansen, donde ahora se podía bailar, regresó con sus mejores luces y se rio hasta las madrugadas con uno y con otro. Desfilaban los hombres: ricos, pobres, guapos... A ella le daba lo mismo, y si se peleaban mejor. Nunca faltaban las lágrimas cuando un caballero la abrazaba y ella entregaba besos cargados de hielo que ellos disfrutaban igual. Cuando volvía, a veces, la esperaba Tomasa dispuesta a tomar café juntas y otras la criada la oía, desde el cuarto, llorar hasta que salía el sol.

La vida, un continuo pasar de los días, le había dejado ese mundo de mensajes que Margot, con la sabiduría de Julia, llevaba guardados en el alma y en sus arrugas marcadas a

fuego.

Cuando Tomasa partió a estepas heladas, Margot se perdió por las calles con el pelo blanco y la mirada ausente. A veces, sabía regresar a la casa y otras aparecía en el Antiguo Hansen dormida sobre las mesas, con el ropaje gris heredado de alguna abuela que por caridad le había regalado. El dueño ya la conocía y la acompañaba hasta su casa.

Una noche ya no pudo regresar.

Una noche se durmió para siempre con azahares en las manos.

“En la vida todo llega, todo pasa y todo cambia”.

El personaje de Margot está inspirado en una mujer que le decían, por aquellas épocas, “rubia Mireya”. La leyenda tanguera sostiene que se llamaba Margarita Verdier y que era hija de inmigrantes franceses, que había nacido en Uruguay, por lo que también la conocían como “La Oriental”.

Cuentan que vivió en un conventillo en Almagro (Buenos Aires) y que frecuentaba los bailes de los compadritos, como definían a las milongas de entonces. No era la única en lo de Hansen, además se recuerda a Emma Bóveda y Elsa O’Connor.

Pero la magia de Mireya siempre atrajo demasiado. El origen del nombre parece haber surgido de un poema escrito por Frédéric Mistral, un francés que recibió el Premio Nobel de Literatura en 1904. El poema se titulaba “Mireio” (en lengua de Provençe). Al francés pasó como Mirelle y a Buenos Aires llegó convertido en Mirella.

Para el arrabal fue Mireya.

Afirman que “la rubia Mireya” falleció a los ochenta y cinco años enferma de tuberculosis en el Hospital Muñiz.

La rubia Mireya.

¿Mito o realidad?

CONSULTAS

*"Historias ocultas en la Recoleta", de María R. Lojo. Investigación histórica Roberto L. Elissalde. Alfaguara 1999.

*"Buenos Aires desde 70 años atrás", de José A. Wilde. Sociedad Comercial y Editorial Santiago Limitada. 1993.

*Páginas de internet:

--"El café de Hansen donde comenzó la era del tango".

--"Lo de Hansen el arcón de la historia argentina."

--"La rubia legendaria"-La Nación.

--"El misterio de la rubia Mireya"-Clarín.